

DAVID MEANS

Instrucciones para un funeral

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativa sexto piso



INSTRUCCIONES PARA UN FUNERAL

DAVID MEANS

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Instructions for a Funeral

Copyright
© David Means, 2019
Todos los derechos reservados

Primera edición: 2019

Traducción
© Francisco González López

Imagen de portada
© Ximo Abadía

Copyright
© Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2019
América 109 Parque San Andrés, Coyoacán 04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda 28014, Madrid, España.

www.sexto piso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego Conversión a libro electrónico Newcomlab S.L.L.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

ISBN: 978-84-17917-42-7

A Jonathan Franzen y Kathryn Chetkovich
Para refinar, clarificar, intensificar el momento eterno que es el único en que vivimos no hay mas
que una sola fuerza: la imaginación.

WILLIAM CARLOS WILLIAMS
La primavera y todo

CONFESIONES

EL TRABAJO

Llevo treinta años escribiendo relatos. Muchos se han publicado; otros, en cambio, han sido descartados, desechados, no han conseguido salir a flote, como quien dice; se han disuelto en mí, en la eternidad, cualquiera sabe. Es sencillamente imposible sintetizar o describir el contenido de los relatos, lo único que puedo asegurar es que yo intento, cuando menos, respetarlo que cada relato quiere, no sólo lo que quiere ser, también lo que quiere decir y la forma de decirlo. A mi modo de ver, son una expresión de un interés concreto, criaturas concretas en situaciones concretas y, en ocasiones, una voz que necesita decir lo que dice porque (y así es como yo lo siento de veras que sí), de lo contrario, se perdería para siempre en el vacío, en el mismo lugar donde acaban irrevocablemente la mayoría de relatos, las historias reales de hombres y mujeres que vivieron vidas ¡de tranquila desesperación!,¹ para luego morir, desaparecer para siempre en la eternidad, como quien dice. Responden a una corazonada, a la necesidad de revelar algo y darle una forma definitiva, y conllevan un importante trabajo de revisión, corregir errores, cubrir rastros, hacer enmiendas en el propio material, para que aquello que salga a la luz sea la versión más definida, exacta y clara, al menos para mí mismo, tal vez no para el lector, que podría o no entenderlo que yo quiero que entienda, y con toda seguridad entenderá algo que yo no sabía que podía entenderse siquiera. Ésa es la mejor parte, saber que vas a ser, como quien dice, traicionado por el lector, da igual lo que hagas, no importa el cuidado que pongas en tu trabajo: te adentras en la absurda visión de la visión. Lo revisas todo para que quede lo más claro posible y, por fin, te plantas y dejas que salga al mundo, «y si acaba en brazos de La imprenta, tanto mejor», te dices a ti mismo al tiempo que te asalta la sensación de que tal vez no sea lo mejor: en otras palabras, podría fallarte, y también al lector, y tu nombre podría quedar flotando en el aire, sobre el relato, durante varios días, años, cientos de años, tal vez más, con el único fin de seguir el camino que lleva al vacío de la eternidad, como quien dice, para después perderse y desaparecer. Eres consciente —al menos yo lo soy— de que la eternidad lo va a devorar todo a su debido tiempo, y que cualquier huella que dejes acabará por desaparecer, porque ser consciente de ello es una parte esencial de tu trabajo: la sensación de arrancar un gajito de tiempo, de detenerlo, de hacer que se quede quieto. Si no por el bien del lector —en algún lugar en el futuro—, sí al menos por tu propio bien, durante un instante, en tu escritorio, una calurosa tarde de verano o un frío día de invierno (sí, *es importante*). Y al mismo tiempo sabes que, en realidad, no importa un comino,

porque La pertinaz naturaleza del tiempo en relación con la vida no es otra que consumirla, el tiempo consume la vida hasta convertirla en huesos, hasta reducirla a polvo, como quien dice, polvo eres y en polvo te convertirás y todo eso, pero durante un instante eterno, tu trabajo podría, o no, habitar en el fuego de las neuronas, de cerebro en cerebro, en el suave silencio del tiempo, sí, del tiempo, y luego desvanecerse, o más bien precipitarse, a la nada.

VIOLENCIA

Más te vale saber Lo que es, saberlo de verdad, en tus propias carnes, antes de meterte en ese berenjenal; y si estás escribiendo un relato sobre algún acto violento simplemente porque ése es el tema central, o porque tu imaginación no da para más, o porque quieres crear un puente entre tu vida interior y la cultura —que, por supuesto, es a todas luces violenta—, entonces estás condenado al fracaso, ya que al convertir la violencia en una herramienta útil, la estás trivializando y, sin lugar a dudas, ésta acabará por remplazar la situación, La situación humana; y aunque la situación humana sea irremediamente desoladora en el relato, en la vida siempre está rodeada de paisajes, o de personas que, aparentemente sin quererlo, procuran una belleza simbólica, algo que va más allá del horror de la propia violencia, o eso creo yo, al menos ahora, cuando pienso en mi padre, que me enseñó a verlas cosas tal y como las veo, para bien o para mal, y que incluso cuando él mismo hubo de plantarle cara a distintas formas de violencia, confió en la realidad. «En fin. más vale que sepas lo que estás haciendo», me digo a mi mismo. «Más vale que tengas a mano una visión del mundo amplia y un sentido de justicia cósmica». ¿Quién soy yo para decir esto? Al escribir sobre ello siento que estoy poniéndome un poco solemne, pero el hecho de que recurra al estilo confesional en este caso no es por remordimiento, ya no, sino por un sentido de humildad y respeto a la verdad, por mi deseo de no traicionar a la verdad. En realidad no es porque tenga miedo de exponer a mi familia —mis hermanas, mi madre, mi difunto padre—, sino porque el único modo de hallar el camino a la verdad en la Acción es protegerlos, lidiar con ellos, ser respetuoso con la complejidad de una realidad que Les despachó cierto tipo de violencia, por difuso que esto suene, y es así, de veras que sí, como si estuviese eludiendo la intensidad de ver a mi hermana devorada por la enfermedad, viviendo en La miseria, angustiada, caminando sola un día de invierno, por el barrio de Westnedge Hill en mitad de la nieve y el viento, llevando mi sombrero de fieltro, el que estuve buscando como loco un día en mi casa, hace años.

PÉRDIDA

«Considerar la pérdida es considerar lo que no se ha perdido», pienso a veces al mirar por la ventanilla del tren mientras contemplo el río y trato de imaginar la historia que, algún día, podría brotar de él, mientras observo las rugosas colinas que dan paso al parque estatal Bear Mountain, el túnel, el puente arriba hundiéndose a medida que las vías se acercan a West Point, al otro lado

del río, los señoriales edificios de caliza: no hay señales de guerra ni de formaciones militares. Cuando mi padre se estaba muriendo, yo le preguntaba una y otra vez, junto a su cama:

—¿Cómo te encuentras? ¿En qué piensas?

Quería que hiciera alguna reflexión profunda, que me ofreciera alguna noción amplia, extensa, sobre cómo se sentía en relación con el pasado, alguna noción cifrada sobre cómo la angustia rozó otros momentos de su vida. Quería una declaración dramática que hiciese mención a su pasado: el embarcadero del lago, un momento bajo el sol con sus hermanos, tumbados en aquella playa canadiense de piedras, con el pecho henchido después de nadar, un recuerdo que, de algún modo, pudiese traer a colación en el contexto hospitalario; alguna noción extraña y enrevesada y al mismo tiempo inequívoca que pudiese llevarme conmigo, algo que rumiar y, finalmente, usar en un relato. En vez de eso, sus declaraciones fueron romas, afiladas, y rudimentariamente internas, siempre sobre su cuerpo, sobre cómo se sentía en cada momento, indicando todo lo que le dolía — brazos, piernas, pies, pies, pies—, o haciendo notar su necesidad de mear, cagar o aflojar el manguito del tensiómetro. «El vórtice del momento lo consume», pensé, sigo pensando, y eso fue todo; sus ojos me contaron —al inclinarse hacia delante para salir de la cama, rechazando mi ayuda, el suave temblor de sus brazos, la piel opaca y fina, el nacimiento de un moratón en el punto donde se insertaba la vía intravenosa— que su única preocupación en el momento estaba enredada en la angustia, entrelazada —como solía pensar yo, y aún pienso—, como si la totalidad del tiempo quedase anulada por una única y sencilla tarea; como si mi única obligación en aquella coyuntura fuese reprimir mi propia necesidad de algo más, tal y como había hecho en el pasado, año tras año. Mi padre era un hombre estoico y franco. «Había venido de las frías e inalterables llanuras y se disponía a regresar a ellas», dijeron sus ojos. «Desapareceré y todo esto desaparecerá y yo dejaré de verte de igual modo que no puedo verte ahora», dijeron sus ojos. Me puse a llorar en el pasillo, tratando de hacer el menor ruido posible, y luego me dirigí a la sala de espera, donde, a través de los ventanales que llegaban al techo, la oscuridad negro-azulada del invierno intentó, sin éxito, proporcionar una respuesta honesta.

A PUÑETAZO LIMPIO, SACRAMENTO, AGOSTO DE 1950

La pelea empezó en una taberna llamada All Star, en las afueras de Sacramento, cuando un joven llamado James Sutter se inclinó sobre la barra y dijo, así como quien no quiere la cosa, como si no estuviese hablando con nadie en concreto:

—Joder, qué asco me dan los paletos de Oklahoma.

Y, a modo de respuesta, un joven llamado Frankie Bergara se acercó el puño a la barbilla y apuntó en dirección a la puerta con la cabeza, un gesto que decía; «{Sal fuera!}». Sutter, por su parte, levantó el puño y se rozó la barbilla con un nudillo. (A las chicas les encantaba la barbilla de Sutter, cuadrada y con un hoyuelo en el centro. De eso no había duda. Les encantaba La autoridad de sus movimientos, su forma de irrumpir en la taberna con esas botas tan caras. Admiraban su soltura, el modo en que sus atavíos de vaquero, hechos a medida, descansaban sobre sus fuertes hombros). Bergara era bajito y fortachón, tenía hombros robustos y redondeados, una pelambreira rizada, y el rostro ancho y curtido por el sol. Cojeaba un pelín, como si las piernas se le arquearan alrededor de una silla de montar imaginaria. Sus pesados brazos se mecían a sus anchas a ambos lados del cuerpo mientras se dirigía a la parte de atrás entre olores a serrín y pastillas desinfectantes para urinarios. Tras abrir la puerta trasera de una patada —consciente de las botas baratas de imitación que había heredado de su hermano mayor—, y salir al aire cálido de fuera, tomó conciencia también de otra herencia, más profunda, que se remontaba a las incontables peleas que había tenido con Cal, en el granero, hasta que a los dos les daba la risa y entonces su hermano Lo soltaba, se ponía de pie y le daba algunos consejos técnicos sobre el combate cuerpo a cuerpo, y al final siempre decía:

—Que no se te olvide, chaval. Si ves que no puedes con tu adversario limpiamente, tienes que pillarlo a traición o como sea, porque perder no vale de nada, hay que ganar siempre.

Entretanto, Sutter salió por la puerta principal —y varios espectadores con él, la mayoría amigos— andando con aire chulesco, impaciente. La persona que le había enseñado a pelear había sido el encargado de mantenimiento de la familia, Rodney, un tirillas que iba siempre vestido con monos y que a la primera de cambio soltaba la Llave inglesa, el rastrillo o la brocha y se ponía a darle consejos;

—Baja el hombro, redondea la espalda y lanza el puño; vuelve lo más rápido que puedas, concentra el peso en el arco del pie. Siempre que seas consciente de tus pies (incluso si no eres consciente de que eres consciente), siempre que los tengas en mente, ganarás.

Rodney, que iba de aquí para allá arreglando cosas por La casa, podando setos, taciturno y

silencioso, había peleado en el torneo Golden Gloves de Chicago antes de mudarse al oeste. Cuando hablaba de peleas, sus palabras adquirían una cualidad profética. Durante los escasos segundos que necesitó Sutter para ir a la parte de atrás del edificio, donde Bergara lo estaba esperando, solo, bajo la luz de una única farola, rotando los hombros, durante esos escasos segundos tuvo la certera sensación de que llamar a Bergara «paleta de Oklahoma» había sido una broma de mal gusto. La familia de Sutter tenía raíces en Oklahoma. Su bisabuelo era originario de Tulsa. Pero esta verdad —así lo sintió mientras hacía rotar sus propios hombros— había sido enterrada bajo una reciente racha de buena suerte. Se había propuesto seguir los pasos de su padre e ir a Yale en otoño. De todas formas, Bergara era más bien vasco, o algo así, una mezcla de sangres que le hacía tener el pelo rizado, los hombros anchos y un pecho macizo.

Sutter tenía detrás unos quince chavales, la mayoría de ciudad. Tras Bergara, varios chicos de rancho dirigían sus miradas al suelo o a las tierras que se extendían más allá de la taberna. Los chavales de ciudad llevaban cinturones con hebilla de plata auténtica, camisas a cuadros con broches automáticos y tenían el pelo corto, la nuca bien perfilada. Los chicos de rancho llevaban vaqueros descoloridos, camisetas remangadas, marcando bíceps, y el pelo alborotado. Observaron a Sutter lanzar varios puñetazos al aire, después vieron cómo se detuvo, se quitó el anillo de graduación y se lo metió en el reloj de bolsillo. Bergara puso los puños en posición de ataque mientras escudriñaba a Sutter, el cual se estaba tocando al cuello de la camisa; después se peinó la tupida cabellera con los dedos y alzó también los puños. Tocarse el cuello de la camisa era el movimiento habitual de un chaval que llevaba corbata la mayor parte del tiempo. Parecía estar diciendo: «Venga, tú primero, sabandija, dame tú primero, empecemos de una vez que quiero llegar a casa y darme un buen baño de agua caliente».

Los chavales del lado de Bergara lo habían visto pelear bastantes veces, las suficientes para conocer sus tics, el modo en que se retiraba después de asestar un puñetazo y andaba varios segundos arrastrando los pies, con los brazos caídos y sacando pecho, antes de volver de nuevo a la carga. Había tumbado a hombres mucho más grandes que él. La velocidad se vendía barata por estos lares, pero la habilidad que tenía de tomarse su tiempo, su metódica forma de pelear parecía tener origen no sólo en la brutalidad de su vida, en sus quehaceres de rancho —arrastrar tuberías, construir cercas, bregar con el ganado, marcar a los animales, meterlos a empellones en corrales y ese tipo de mierdas—, sino también en la paciencia que había desarrollado al tener que quedarse en mitad del campo, bandera en mano, esperando el avión de fumigación, vigilando el horizonte, atento a los terrenos que se extendían a su alrededor. Entonces, con el pañuelo tapándole la boca y la bandera levantada, guiaba el primer rociado de pesticidas, se quedaba lo más lejos del lateral que podía pero lo suficientemente cerca para poder volver y guiar la siguiente descarga, mientras el ruido del avión iba enmudeciendo hasta que daba la vuelta y regresaba. Al mirar a Bergara —durante ese ínfimo instante de tensión previa al primer puñetazo—, vieron cómo éste echaba el peso sobre sus talones al tiempo que adelantaba los brazos y daba un paso atrás, repentinamente, a modo de advertencia, para no golpear a Sutter a traición. Seguidamente lanzó un enérgico directo al plexo solar de Sutter. Fue un buen golpe, limpio. Sutter lo vio venir, pero aun así no pudo evitarlo. (Algunos de los chavales ricos del lado de Sutter no habían visto el movimiento de advertencia, ni el paso atrás, por lo que lo consideraron un golpe a traición).

Justo antes del directo, en ese momento de tensión en el que Sutter se quedó ahí de pie, con la brisa ahuecándole el pelo, habría sido posible ver —de haber prestado atención— que Sutter

estaba pensando en el Lugar que ocupaba en el mundo en relación con el punto de vista de Bergara. En una pelea, el tiempo se vive de una forma retrospectiva. No se ralentiza. Se tensa de modo que cada movimiento establece una relación con Los movimientos que lo preceden. El objetivo de una pelea como ésta era invertir el flujo del tiempo, reducirlo todo aun efecto y a una causa, y de esta forma, eliminar La cotidiana monotonía del tiempo. Todo lo que ocurrió antes del directo tuvo un significado. Todo Lo que ocurrió después del directo adquirió un significado en los momentos previos a su creación.

—*Nunca pierdas de vista el lugar que ocupas en el mundo para los demás* —le gustaba decir al padre de Sutter—, *La suerte nos ha acompañado a lo largo del camino, pero no ha sido más que eso, suerte; pensar en ello como en una verdad otorgada por Dios te pone en una situación peligrosa. Creer que le has caído en gracia es perder el equilibrio, y cuando pierdes el equilibrio te expones a Los caprichos de aquellos que han sabido anclarse mejor a la verdad.* —Solía pronunciar estas palabras después de cenar, con una copa de oporto brillando a la luz de las velas— *He llegado a mis mejores conjeturas teniendo plena conciencia de que la suerte ha sido el único factor en juego, y no creyendo que todo lo que tengo aquí* —decía su padre, haciendo un barrido con el brazo de un extremo a otro del comedor— *sea fruto de La Providencia, sino, más bien, del modo en que he sido capaz de arrinconar mis oportunidades, Llevarlas hacia una estampida moldeable.*

Y entonces sus reflexiones empezaban a desarmarse porque era un hombre que teorizaba y conjeturaba más allá de sus capacidades y, a menudo, pensamientos que en un principio parecían profundos y trascendentales acababan haciéndose añicos, se convertían en algo meramente ornamental, huero.

Sutter subió los brazos y mantuvo la atención en los pies. Se levantó un viento repentino que trajo el aroma de jazmín, polvo y gasolina. En sus oídos resonó el silbido leve y distraído que Rodney hacía en el garaje cuando estaba solo, trabajando, concentrándose en algo: cortando cualquier cosa con la sierra, ajustando la llave inglesa o podando setos fuera de la casa, en La parte de atrás. Oyó ese sonido al Lanzar el puñetazo violento y teatral que había empezado a formar secretamente mientras se tropezaba y descargaba la fuerza del golpe de Bergara en sus talones, transfiriendo energía a medida que giraba los hombros a La izquierda y echaba el brazo hacia atrás, formando un amplio arco, para alcanzar el resto del tronco, con Los puños apretados y los dedos contraídos. Y entonces, en lo que —a ojos de quienes lo presenciaron— resultó ser un movimiento fluido, el brazo de Sutter pareció moverse por cuenta propia y su puño aterrizó en la punta de la barbilla de Bergara, provocando que éste acabase despatarrado en brazos de sus amigos, que lo sujetaron varios segundos y le dijeron:

—Arráncale la puta cabeza, Bergara, por tu hermano.

La pelea quedó confinada en el círculo de luz que formaba la farola. Una pelea a la luz del día no habría tenido esa frontera. De día, las peleas a menudo se desplazaban de la parte de atrás a la parte delantera de la taberna, o incluso podían acabar en mitad del campo; otras veces, según los contendientes, volaban objetos por Los aires, un trozo de madera o alguna palanca.

Pero de noche, las peleas tenían Lugar en ese círculo asediado por el viento nocturno y la cruda oscuridad, ése era el protocolo.

Durante varios segundos, mientras Los dos rivales se mecían de un lado a otro, se hizo un silencio que puso de manifiesto La necesidad de una narrativa más amplia, «No era motivo suficiente», dijo el aire, «acabar a puñetazo limpio sólo por un comentario sobre los paletos de

Oklahoma». No era motivo suficiente para que Sacramento albergase otra pelea entre un chico rico de ciudad y un chaval de rancho. El aire pedía a gritos un significado más profundo.

Entonces alguien dijo:

—Pártele la boca a ese puto niño de papá, Bergara.

Y en el lado de Sutter se escuchó:

—Reviéntale la cara al patán ese, dale su merecido.

Entretanto, las chicas —tres o cuatro en total— guardaban silencio mientras desmenuzaban la elegante belleza de Los hoyuelos de Sutter y su definida mandíbula, en oposición a la complejidad hosca y abrupta del rostro de Bergara.

(Todas menos una joven llamada Sarah Breeland, que trabajaba tras La barra de refrescos en la tienda de todo a diez centavos de La ciudad y que, tras haber hablado una o dos veces con Bergara mientras le servía un batido, pudo apreciar la compleja bondad que el trabajo a destajo había grabado en su mirada. Supo, también, al hablar con él —Bergara hablaba con cautela, sus palabras apenas podían oírse en la algarabía de la tienda, entre el canto de los canarios en la sección de mascotas y las palomitas de maíz saltando en la máquina—, que poseía cierto tipo de sosiego que le había otorgado el vivir en los márgenes, no sólo de la vida, sino también de la propia ciudad, pues el rancho de Bergara no quedaba lejos de la casa donde ella vivía, cuidando de sus hermanas mientras su madre iba a casa de los Sutter a Limpiar. Sarah había ido varias veces a casa de Los Sutter con su madre para aprender cómo funcionaba la prensa de planchado, cómo salía el almidón vaporizado cada vez que presionaba la palanca y su madre iba planchando los pliegues a medida que alzaba y reajustaba sus ágiles dedos).

Sarah llamó la atención de Bergara cuando, al aparecer en su campo de visión, por encima del hombro de Sutter, ésta le ofreció una leve sonrisa y asintió con la cabeza, como indicándole que podían compartir un secreto.

Años más tarde, Sarah se acordó del modo en que Bergara había asentido también con la cabeza, una sola vez, rápidamente. Se acordó del sabor del polvo en el aire y del aroma del enebro. Comprendió la relevancia, la magnitud, de aquella única mirada, y reparó en la suerte que, por algún motivo —tal vez por su naturaleza profundamente compasiva, como le gustaba pensar a ella—, la llevó para la parte de atrás nada más llegar a la taberna y escuchar el griterío. Le gustaba pensar que había estado buscando a Bergara, que antes o después habría dado con él. Pero, por supuesto, eso no era verdad. El no era más que otro chico de campo, uno de tantos.

* * *

Mientras Bergara se ponía en guardia y pensaba en cómo a su hermano se le estarían congelando las pelotas en Corea, Sutter volvió a tocarse el cuello de la camisa y a peinarse el pelo con las dedos; acto seguido, sonrió ligeramente y lanzó un rápido directo al hombro de Bergara (un golpe verdaderamente a traición) y, un instante después, un cruzado que aterrizó en la parte inferior de su mandíbula (un contragolpe a traición) y Lo empujó a la izquierda, desestabilizándolo un poco. Entonces, Sutter Lo encerró y Le asestó dos rápidos derechazos en la cara y un gancho de izquierda que fue a parar a la boca. Cuando Bergara se puso de pie, parecía asustado y aturdido. Movió repentinamente la cabeza hacia un lado y escupió un diente.

La verdad es que, en este momento, la contienda alcanzó una especie de punto muerto. Por un

lado, Bergara —con su duro pasado y su mezquino padre (todos sabían cómo se las gastaba cuando se emborrachaba)— era un currante de los pies a la cabeza que había aprendido a pelear hasta el final, tenía que ganar a toda costa, de una manera o de otra, ya fuese por el honor de su hermano, que estaba en Corea, y el de su desgraciada familia, o simplemente porque la palabra «paleta» aún resonaba en sus oídos. Por otro lado, Sutter reunía todas las virtudes de Los chicos más ricos de la ciudad y tenía, además, la percepción ilimitada y omnisciente de que su destino era ganar, no sólo en la pelea, sino en la vida; sabía que iría a Yale a finales de verano y que haría el gamberro en el este unos cuantos años, adoptando nuevas costumbres pero sin olvidarse nunca de su hogar; sabía que Luego regresaría para trabajar en el banco de su padre, atravesando el desolado Medio Oeste en tren, haciendo paradas para repostar combustible y agua a altas horas de la noche, observando a través de la ventanilla escenas de lo más pintorescas: el jefe de estación bajo la luz verdosa, ordenando albaranes y boletines, el tren reanudando su marcha al anochecer, dejando atrás pueblecitos tranquilos, colinas salpicadas de casas.

Pero allí no parecía imperar ya noción alguna de justicia. Llegados a este punto, no había nada que indicase que el dolor que había padecido la familia de Bergara a lo largo de los años fuese a recibir ningún tipo de bendición u honor. Los ideales estadounidenses de igualdad y juego limpio brillaban por su ausencia. Nada de eso parecía importar. La multitud simplemente se volvió loca al ver a Bergara escupir el diente al suelo. Ese fragmento blanco, óseo, en el polvo. El brillo de su escupitajo. De pie, con la cara ensangrentada, los brazos caídos, los hombros hacia atrás, los ojos encendidos.

Semanas después de la pelea, aquellos que conocían a Bergara intentaron establecer una conexión entre los puñetazos que asestó posteriormente y el duro golpe que éste recibió al mes siguiente, cuando un coche del Ejército de Estados Unidos le hizo entrega de un telegrama con la noticia de la muerte de su hermano. Otro chaval que era abatido a tiros en la contraofensiva china. ¡El hermano del chico estaba en Corea y eso le hizo sacar su espíritu luchador! ¡No era consciente de ello, pero esos puñetazos los estaba dando en honor a su hermano! ¡Le metió fuerte porque sabía que el palo que se iba a llevar después iba a ser más fuerte todavía!

Un puñetazo vive y muere en un instante, pero perdura a modo de recuerdo táctil, flotando entre dos seres: la forma en que lo sintió el que golpeaba al lanzarlo, y la forma en que lo sintió la persona que lo recibió. Sutter estaba desconcertando, saboreando la gloria, desestabilizado, intentando enderezarse, cuando Bergara volvió al ataque, lo acorraló rápidamente y le lanzó un directo al pecho, seguido al momento de un segundo golpe que hizo que Sutter se ladease. Bergara lo inmovilizó y, entonces, incontables puñetazos se sucedieron en ráfaga, el brazo no dejaba de moverse, adelante y atrás, adelante y atrás.

(A medida que recibía los puñetazos, Sutter sintió la humillación de la pérdida. Cada puñetazo se instaló en un rincón profundo y esponjoso de su mente. Cada puñetazo hizo que una duda se agitase en su cerebro; no le daba tiempo a contraatacar cuando ya había recibido otro puñetazo, y otro, y otro más).

Nadie le había enseñado a Bergara cómo dar un puñetazo girando sobre sí mismo (también conocido como «golpe de conejo»). Se sintió creativo a medida que pivotaba y echaba el brazo hacia atrás —en un movimiento rápido y fluido— para luego rotar hacia delante, un golpe no permitido por los profesionales del boxeo ya que se considera demasiado mecánico, demasiado preciso, demasiado rudo, demasiado anticuado, de una elegancia demasiado tosca, y demasiado cuadrado según los parámetros de este deporte, caracterizado por maniobras más curvas y de

mayor amplitud. (Bergara casi no recordaba la ejecución de este puñetazo; de hecho, no fue consciente de lo que había hecho hasta que, tiempo después, en una brumosa retrospectiva, Sarah le dijo con voz suave, a modo de confesión: «Nunca había visto a nadie golpear así»).

Mucho tiempo después, trató de justificar la rabia que había sentido, la inconsciencia que se apoderó de él en aquellos momentos finales —cuando, de repente, la multitud se asustó y empezó a tirar de él—, echándole la culpa a la mirada que Sarah Le había lanzado, a sus ojos de marrón intenso, al modo en que ella había asentido con la cabeza por encima del hombro de Sutter:

—*Sutter me había llamado «paleto de Oklahoma». Así empezó todo. No era mi intención provocarle un traumatismo cerebral, ni romperle la mandíbula. Pero como decía mi hermano, una pelea sólo merece la pena cuando se gana, hay que ganar a toda costa. Y como tu madre trabajaba para los Sutter, seguro que él, siendo como era, había intentado flirtear contigo en algún momento.*

* * *

Varios años después, en Arizona, mientras se tomaba una cerveza en la terraza tras haber concluido la jornada laboral y veía a Sarah llevar la colada al tendedero, con una pinza en su preciosa boca, sus delgados brazos pecosos, su pelo rubio teñido al viento, Bergara se acordó de la pelea, vio cómo ésta se había filtrado a través del tiempo, plegándose, originando aquel romance de verano: los dos en su camioneta, atravesando carreteras secundarias, parándose para sacar del maletero la vieja manta para caballos y extenderla sobre el capó caliente, tumbándose en el parabrisas a contemplar las estrellas fugaces. Aquella noche —varias semanas después de La pelea—, mientras estaban tumbados cadera con cadera, cogidos de la mano, ella empezó a hablar con voz ronca, penetrante, proveniente de las profundidades de su hermoso cuello, y dijo:

—Frankie, hay algo que quería decirte, sobre Sutter.

—Sí, dime —respondió él.

—Tenías razón, Sutter intentó flirtear conmigo cuando mi madre trabajaba para su familia.

Bergara estaba repasando la visión que obtuvo de ella durante ese breve instante de inacción, cuando la multitud se quedó callada y se apartó expectante. Un rápido intercambio de miradas, nada especial en realidad. Una chica más que presencia la pelea, una espectadora con falda y calcetines hasta los tobillos con un rostro juvenil y fresco, buena presencia, un brillante carmín en los labios que realzaba la perfecta palidez de su piel, con mirada implorante, como queriendo emitir un juicio de valor, entornando los ojos medio segundo, como intentando ver dentro de los ojos de él, como diciendo: *«Esta pelea va más allá de un simple “ojo por ojo” de un chaval que incita a otro a liarse a puñetazos por pasar el rato, para que no quepa duda de quién es quién en el orden jerárquico. Va más allá de un rito de iniciación, de un intento por romper la frágil tensión entre los Sutters del mundo (con todos sus privilegios, sus camisas recién lavadas y bien planchaditas) y los chavales de rancho, cuya historia se remonta a los recolectores de lúpulo. [“Los recolectores de lúpulo son la puta escoria”, le gustaba decir al padre de Sutter], Se remonta a los emigrantes que llegaban en busca de cobijo y patatas gratis y tenían que esperar varias semanas hasta que el lúpulo madurase y estuviese listo para su recolección, sintiendo bajo sus pies la dura y firme presión de los peldaños al subirlas escalerillas de noche, el peso de la cesta atada a la espalda, tirándoles de los hombros».* «Esto tiene que ser», dijo el rostro de ella entre la multitud, *«parte de una historia más amplia, una historia de la que*

yo formaré parte, más adelante, y que nos servirá para darnos cuenta de que nos amamos; y, gracias a esta pelea, a esta suerte de primer encuentro, hablaremos en el futuro, propiciará un intercambio furtivo y delicado a partir del hecho de darte cuenta de que, a pesar de vestir bien y de mantener la compostura, al menos durante el instante en que me miraste, en el fragor de la pelea, con la mayor parte de tu mente centrada en Sutter, a pesar de mi porte de chica rica, habrías de saber que en realidad sólo soy otra chica pobre con una beca de la Academia de Jóvenes Mujeres, una forastera igual que tú. Y, de este modo, años más tarde (En este momento Bergara pensó; “Aquí estoy, en mi terraza, con mi cerveza, mi casita, no es gran cosa, pero es mía, y con un bebé de camino”), recordarás esta pelea, y recordarás que después de ella empezamos a vernos, recordarás el modo en que te dije [y, efectivamente, así se lo dijo]: “Mi madre estaba abajo, en el lavadero, planchando, y Sutter subió a la cocina y empezó a tocarme, como jugando, sí, pero me tocó a pesar de que yo le dije que parará».

Varios días después de la pelea, ella le intentó contar lo de Sutter. Estaban en la tienda, Sarah le estaba sirviendo un batido de malta en una coctelera cromada. Tras él, el olor de las palomitas de maíz y de las astillas de cedro de las jaulas de animales, unido a las fuertes pisadas de la clientela sobre la tarima y el repique de los cubiertos de los hombres que estaban en la barra, hicieron que sus palabras fuesen inaudibles.

—¿Qué has dicho? —preguntó Bergara.

—Luego te lo digo —respondió ella.

Y entonces se dirigió a la barra a atender a otro cliente, sujetando el bloc de comandas en las manos mientras andaba, solícita y segura, El la observó, movió la cabeza y volvió a su batido.

—Tuve un sentimiento de vindicación —dijo Bergara en la terraza, reclinándose sobre la oxidada silla, llevándose la cerveza a Los labios.

Ella se estaba quitando un pañuelo del pelo para ponérselo al cuello, tocando el nudo. Tras ella, en Los límites de Tucson, la Luz del sol incendiaba las faldas de las montañas.

—Cuando le reventé la cara al capullo de Sutter, ahí fue cuando lo sentí. En ese momento supe, no sé cómo, que me ibas a contar lo que me contaste —añadió.

Dio otro sorbo y observó cómo ella inclinó con delicadeza la cabeza a un lado, se alisó el vestido a la altura de las caderas — sacando la tripa—, y se dio golpecitos con la palma de la mano, girándose para que pudiera verla de perfil mientras él seguía dando sorbos a La cerveza.

—Bah, olvídalo —dijo, y lo dijo en serio.

Quería enterrar aquella noche en el pasado junto con otros momentos dolorosos; cuando trabajaba en Los campos, esperando la llegada del avión fumigador. El gusto amargo, como alquitranado, del aerosol. El pañuelo tapándole la boca. Los dedos ensangrentados arreglando las cercas de los corrales. Las reses que se ofuscaban y le aplastaban con su peso. Las gruesas manos de su padre agarrando el cinturón.

—Sólo pensaba en voz alta —dijo mientras la observaba colgar la bolsa de las pinzas en el tendedero para Luego volver y sentarse en una silla junto a él.

De pronto, no eran más que dos criaturas casadas al filo de un nuevo acontecimiento; dos almas más compartiendo un momento, saboreando la sensación de gloria, esperando la llegada de las primeras estrellas.

—¿De dónde te has sacado esa palabra? —preguntó.

—¿Qué palabra? —dijo Bergara, dándose golpecitos en su propia tripa.

—«Vindicación» —respondió ella, sonriendo.

A Bergara le encantaba la expresión de su rostro. Le encantaba su rostro. Le encantaba la línea de su cuello. «Cariño, tu mirada me salva el día», Le decía a veces. «Cuando estoy plegando cajas o cargando palés en el camión, pienso en tu mirada. Tu sonrisa es Lo que me anima a fichar cada mañana en el trabajo».

—No sé, al pensarlo me salió así —dijo.

Sarah se giró y miró al horizonte y entre ellos se instaló ese tipo de silencio que, tiempo después, habría de ser totalmente común en su matrimonio. En ese momento generaba cierta tensión, la necesidad paradójica de hablar y quedarse callados al mismo tiempo. Más adelante, en cambio, tras mudarse a Cleveland, fueron del todo conscientes de que ese silencio era en lo que se convertía el amor tras curtirse por la historia, por el paso de los días, que, uno tras otro, iban quedando atrás, porque esa sensación compartida de destino que nació aquella noche, durante la pelea, habría de acompañarlos siempre. Fue el secreto —Les gustaba creer a ambos— que habían compartido en aquella primera mirada: un chico que alzaba la vista, con el rostro tenso y brillante por el sudor, y una chica que observaba, frunciendo ligeramente los labios del modo en que había visto hacer a otras chicas mayores; un secreto que iba más allá del hecho de que su madre trabajase para los Sutter, más allá de las desdichas de Bergara en aquel momento. Se trataba del secreto de su futuro destino. Eso es lo que les gustaba creer, Y eso es lo que siguieron creyendo el resto de sus vidas.

—Mientras peleabas no pensaste en ningún tipo de vindicación. Él te golpeó fuerte, si no recuerdo mal, y luego tú le diste más fuerte, y él te dio más fuerte todavía y entonces perdiste un diente, y al final fuiste tú el que lo remató —dijo ella.

—Peleé sucio. El tiempo será quien nos juzgue en última instancia, pero yo peleé sucio.

—Te quiero a pesar de todo —dijo Sarah.

—Y yo te quiero a ti a pesar de todo —respondió él, sintiendo el frío empedrado bajo sus pies descalzos.

Estando en Cleveland, Bergara dijo en cierta ocasión:

—*Me di cuenta justo en ese momento. Sabía tu nombre y que tu madre trabajaba para los Sutter. Eso fue el detonante, por eso me entraron ganas de matar a ese hijo de puta. No exagero si te digo que yo sabía exactamente lo que estabas pensando, no sé cómo, pero yo ya lo sabía todo.*

Mucho después —tal vez en Detroit, o durante su último año en Toledo— lo habría de recordar de una forma diferente. Él la miró e intuyó que Sutter había intentado algo con ella en la cocina, o arriba, en los cuartos del servicio, o abajo, en el lavadero; tal vez la empujó contra una pila de sábanas sucias, empezó a manosearla y le metió la mano debajo de la falda mientras ella intentaba defenderse, sintiendo la vergüenza y el miedo que añoraban cuando un chico intentaba algo con una chica, sabiendo que si decía algo, su madre perdería el trabajo. En los años que siguieron, él mencionaba esto en la historia cuando hablaban de ella. A medida que se hacía mayor, le parecía exagerado el hecho de haber pegado a Sutter antes de saber la historia. Se había enfrentado a Sutter no por una cuestión de dignidad u honor, ni siquiera por el desaire de «paleta de Oklahoma», y no fue hasta después de la pelea —cuando el aparcamiento se quedó vacío y, de algún modo, pudo acercarse lo suficiente a ella, tocarle el hombro, con la cara aún llena de sangre, los ojos amoratados, y decirle «hola», inclinarse hacia delante intentando guiñar pero haciendo en realidad un gesto de dolor, y de confusión, porque ella tenía la frente amplia y

despejada y un peinado propio de una de chica rica a pesar de no serio—, no se dio cuenta hasta ese momento, tal vez, de que era hija del tipo de mujer que se encargaría de la colada de los Sutter. ¿Quién sino alguien como ella iba a aparecer al final de una pelea, en un aparcamiento solitario, a echarle una mano? ¿Quién sino iba a tocarle el corte y decirle que necesitaba puntos, quedándose allí sin amedrentarse ante la visión de su magullado rostro?

LA SILLA

Día tras día cumplía de forma rutinaria con mis obligaciones como padre, poniendo a prueba a mi hijo a la vez que él me ponía a prueba a mí, intentando enseñarle no sólo a hacer las cosas que yo le decía —eso por descontado— sino también a ver y a saborear el mundo de una manera concreta, con un ideal en mente, una visión depurada del mejor estilo de vida posible adaptado a la versión rudimentaria de un niño de cinco años: establecer un buen contacto visual con los demás, sostener la mirada, no sólo mirar, sino inclinar la cabeza, hacer saber que has visto a la persona en cuestión y mantener la mirada el tiempo suficiente para mostrar respeto, pero no miedo, no demasiado. Quería asegurarme de que mi hijo no acabase siendo una persona angustiosamente tímida. (No fue el caso). Me daba miedo que se convirtiese en el típico rarito, frágil y delicado, que se queda en un rincón, el niño triste que se vuelve huraño de adolescente y, de adulto, acaba teniendo una depresión de caballo tras otra. (No fue el caso). Quería que se abriese al mundo. Por eso, supongo, aquella tarde, en los terrenos de alrededor de nuestra casa, mientras iba tras él colina arriba, me sentí en parte contento de que no me estuviese haciendo caso y se mantuviese ligeramente fuera de mi alcance. Por supuesto, otra parte de mí estaba lista para salir corriendo a por él en cuanto llegó a la cima y empezó a bajar hacia el muro de contención.

—¡Venga, jovenzuelo, a la silla ahora mismo! ¡Corre, que la silla te está esperando!

«Yo prefiero un leve empujón contra mi voluntad», pensé aquella tarde según me acercaba a la cima. Para cuando llegué arriba, él se había dado La vuelta y estaba correteando lentamente hacia el norte, en dirección a los pinos silvestres del parque estatal Thompsons Lake, donde el viento, al roce con las hojas, silbaba en las alturas. Entonces dio un giro cerrado, tambaleándose, con las piernas enfundadas en sus pantalones vaqueros, la camisa remangada, los faldones del abrigo aleteando (no quiso abrochárselo y yo hice la vista gorda), y, tras mirarme, subió y bajó los brazos y se puso a gritar. A mi derecha, tras el muro, el río se extendía a lo largo de casi cinco kilómetros, y sus aguas —a la altura intermedia donde confluyen La marea alta y la baja— formaban un resplandor de calma. En la ribera de Westchester, los tonos marrones del otoño y las hojas doradas proyectaban largos reflejos que se confundían con el cielo, «Qué maravilla», pensé, «Qué tarde de otoño tan hermosa, tan perfecta». Otro día más de aquel lejano pasado cuidando de mi chiquillo en mitad de una naturaleza sublime. Sentí cómo una soledad profunda se enraizaba en mi pecho mientras el viento del norte, cada vez más fuerte e impetuoso, traía con él los primeros indicios del invierno, además del sonido de los pájaros, Los cuales se habían adentrado en los árboles del parque estatal Thompsons Lake, Oh, la belleza de saber que aquel día le enseñaría a mi hijo a escuchar con atención, a establecer un contacto visual adecuado, a sujetarse la pilila al hacer pipí en la taza del váter, a coger bien el tenedor y a masticar con cuidado. Parte de la gloria

del instante, creo que pensé, residía en los meridianos e innumerables momentos potenciales de enseñanza — ¡Dios, todavía detesto esa frase!— que florecieron en las horas venideras, a medida que la luz iba menguando y el viento seguía levantándose y las hojas restantes se desprendían de sus ramas, huyendo en desbandada, rodando caprichosas por el césped, quedándose allí a la espera de que el sábado, a media mañana, los operarios —cuatro o cinco hombres— llegaran a aniquilarlas, con sus atronadores sopladores y orejeras procurándoles un tipo distinto de soledad. Llegó la noche, y las luces del puente y a lo largo del río empezaron a arrojar a la superficie del agua, iban apareciendo una a una a medida que el cielo se apagaba, y entonces, en la seguridad de la casa, miré por la ventana y sentí el tremendo vapuleo de la más pura y franca melancolía que solía experimentar en ese momento del día, y percibí, delante de mí, el futuro extenderse de una u otra forma, sin el cual yo era incapaz de hacer frente a mis obligaciones. En algún momento futuro nos quedaríamos solos en casa, Gunner estaría en la universidad, o casado, y los días como éste habrían de ser absorbidos por un vórtice de retrospectiva —¿de qué otra forma podría concebirse sino?— formado por tan sólo unos pocos recuerdos de tareas cotidianas, como abrocharle el cinturón en el asiento del coche o darle de comer, y algún que otro recuerdo más mordaz y traumático: puntos de sutura en la ceja (jugando al lacrosse), ataques de asma (abrazándolo toda la noche, su pequeño pecho jadeando contra mi palma), su negativa a ir al colegio, en preescolar (viendo desde la ventana cómo se agarraba a la deteriorada banquetta del piano, gritando, con la boca abierta de par en par, la cara roja y encendida). Esa percepción era mi único modo de sobrevivir a esos momentos, creo que pensé.

Al llegar a la parte de terreno más elevada, me di cuenta, alertado por una especie de intuición paternal, de que ya le había advertido una vez —de la que se había desentendido—, y una segunda, más contundente. Es posible, creo que pensé, que, obnubilado por el deleite de correr colina abajo, se hubiese olvidado de la primera advertencia —que nunca llegó a asimilar—, distraído por el canto de Los pájaros en Los árboles (pues se había girado para mirarlos), de modo que la segunda advertencia fue para él la primera más bien. Corrí tras él manteniendo la distancia sombra—padre, dándole el espacio suficiente para que decidiese qué quería hacer, preguntándome de nuevo si detendría su carrera, habiendo asimilado mi primera advertencia seguida de mi segunda, que teóricamente anulaba la primera y ponía de manifiesto mi hipocresía por no establecer un límite claro y evitar que lo sobrepasase, y por creer, en cambio, que la segunda oportunidad respondía a la posibilidad de que, en su deleite, hubiese olvidado la primera advertencia, Pero, por otra parte —creo que pensé—, al menos dos advertencias han hecho ya eco en su cabeza, por lo que me contuve de gritarle una vez más: «Como te acerques más al muro, a la silla directa». En vez de eso, me quedé callado y pensé en que justamente esa misma mañana, mientras observaba el río por la ventana, me acordé de que en las últimas dos semanas, Sharon había llegado tarde todas las noches, después de cenar —algo muy raro en ella—; había aparecido siempre por el camino de acceso con la excusa perfecta, que si el tren se había retrasado, que si había tráfico en el puente. (¿Acaso no sabía que yo podía ver el puente y el tráfico, y que, de hecho, lo observaba habitualmente casi todos los días, cuando me acercaba al muro, preocupado porque se estaba viniendo abajo, preguntándome la fuerza que ejercería el peso del césped, el cepellón y la tierra contra la estructura y, al mismo tiempo, el coste potencial de su reparación, imaginando al albañil excavando, sacándolo todo, construyendo algún tipo de pared temporal de apoyo, instalando una nueva varilla, poniendo el encofrado, haciendo llegar de algún modo un camión de cemento —«hormigón», me había corregido Sharon una noche que verbalicé esta

preocupación: «No es cemento, es hormigón»—, cada vez que bajaba a la orilla?). Algunas de sus excusas incluían también clientes iracundos o conferencias interminables de socios a las que tenía que asistir porque se le había metido entre ceja y ceja que debía asociarse con alguien lo antes posible.

—Soy totalmente consciente —dije— de la extraña sensación que tengo cuando pienso en ti y tu trabajo en relación conmigo y mi ocupación como amo de casa, y tengo que admitir que a veces me siento junto a la ventana y te sigo hasta el trabajo con la imaginación, Pero no me malinterpretes, yo valoro el tiempo que paso con Gunner y estoy contento de hacer esto; aun así, a veces, me siento raro.

Ella frunció los labios y clavó sus ojos en mí, esos ojazos profundos y oscuros sobre su rostro terso, con pómulos pronunciados y una nariz preciosa, perfecta. «Es que ni Helena de Troya, joder», pensaba yo. El tipo de rostro que, como te descuidases, sería capaz de provocar una guerra. Y, de hecho, la provocó. «Me gustaría empezar una guerra», pensaba a veces al ver su cara. «Quiero hacer algo grande e histórico en su nombre. Quiero que se construya un altar en honor al tormento que su rostro genera entre mis congéneres masculinos». (Aquellas mañanas, mientras la observaba por la ventana, creía tener la sensación de que Manhattan la estaba absorbiendo. Esto era obvio, cada mañana, a juzgar por el bamboleo de sus caderas desde que salía de casa hasta que se metía en el coche. A juzgar por la delicadeza con que situaba los dedos bajo su barbilla, extendiéndolos en una pose pensativa, mientras me escuchaba relatar Los pormenores de mi día, al tiempo que una leve — aunque airosa— incomprensión inundaba sus ojos. «Toda esa belleza le otorga una solidez que la hace especialmente receptiva a la Llamada de la ciudad», pensé, o eso creo). Aquellas mañanas, con Gunner dormido arriba —el suave oleaje de su respiración me llegaba a través del intercomunicador—, una corazonada profunda y sensual me sobrevinía a veces cuando pensaba demasiado en el futuro a corto plazo y en el modo en que Los días de Gunner —aún frescos y nuevos, su vida no había hecho más que empezar—, guardaban una relación logarítmica con los treinta años que tenía yo. Para mí, un día era un pequeño fragmento de vida; para él suponía un trozo mucho más grande del pastel, «Un día es una porción importante de sus cinco años en la Tierra», solía pensar, pienso.

Aquellas mañanas, con la mejilla contra el cristal, imaginaba el sutil roce del maletín contra su pierna, esperando el tren en la plataforma de la estación, abordada por la sensación comunitaria de formar parte de un secreto: la sensación compartida de estar esperando con el fin de alcanzar un destino común. Luego, en el tren, con el maletín a sus pies, imaginaba la afectación con que sujetaba el periódico, y cómo, por encima de sus hombros, iban desfilando antiguos astilleros —con toldos azul intenso—y vías oxidadas, mientras el río se mantenía en calma y pasivo, azul un día, gris el otro. Junto a la ventana, vaticiné la soledad del día que estaba porvenir, con Gunner como única compañía, quizá un rato de juego con otra niña y su madre, que se sentiría incómoda al comprobar que entre nosotros no se generaba ninguna carga erótica, y esto nos haría sentir más incómodos si cabe, conscientes de que debería generarse, si no una chispa, sí al menos algún tipo de vibración, por pequeña que fuese, mientras observábamos a los crios y les arrojábamos de cuando en cuando enunciados exhortativos: «Ten cuidado, no tan fuerte, pórtate bien, hay que compartir, sé bueno, Gunner, déjala jugar con eso. Annie, ven que te ate los cordones, no tan fuerte». O comentarios más generales y filosóficos cuyo espectro abarcaba desde la importancia de compartir y ser buenos con los demás hasta el modo en que la silueta de los árboles contrastaba con el cielo, siempre les señalábamos cosas para que aprendiesen a mirar,

para asegurarnos de que estaban mirando, Luego, otras veces, los animábamos a adentrarse en rutas más imaginativas; esto ocurría sobre todo con una madre Llamada Grace que le enseñaba a los niños a imaginar pizzerías con todo lujo de detalles: «¿Por qué no hacéis una pizza para mí y otra para el señor Allison». Y yo le decía: «Lláname Bob, por favor, Lláname Bob...».

... De nuevo, aquellas mañanas junto a la ventana, yo percibía el poder de la ciudad: esa aglomeración de cultura y comercio, rodeada de agua por todos Lados, aprisionada, creando una fuerza poderosa, lo suficientemente poderosa para llegar a nuestra casa, a nuestros terrenos, a nuestro pueblo, que, en mi imaginación, se encontraba en los confines del campo de fuerza y atrapaba los últimos coletazos de energía antes de que ésta fuese absorbida por el parque, al norte; por los acantilados de roca maciza y los árboles situados en este lado del río; y, en la orilla opuesta, por los campos abiertos y los caminos de tierra, las cercas de madera, los establos para caballos y las enormes fincas situadas al norte de Westchester. («Al otro lado del río, el terreno es menos abrupto», pensé, «Hay menos obstáculos que entorpezcan su poder en ese lado»). Allí, junto a la ventana, imaginé a Sharon entrando al flamante vestíbulo de su compañía, situado en un edificio cerca de la calle 42, con el guardia de seguridad a la entrada observando mientras pasaba su tarjeta magnética y las puertas de cristal se abrían debidamente y ella experimentaba cierta sensación de grandiosidad por el hecho de tener acceso, mientras que, tras ella, los empleados de mensajería y Los visitantes debían hacer cola para dejar sus datos en recepción, parecían estar algo preocupados, sus rostros reflejaban la plácida confusión de quien va a ser sometido a escrutinio, a algunos les inquietaba la idea de que, tal vez, un día, cuando tuviesen una entrega o una cita importante, Les fuese denegada la entrada de buenas a primeras.

Durante aquellas sesiones matutinas junto a la ventana, imaginaba a Sharon entrando en el ascensor con sus compañeros de trabajo, sintiendo el orgullo neoyorquino que supone apiñarse ordenadamente en ese cubículo, subiendo a algún tipo de aventura lucrativa, embriagada por al olor a café al llegar a su planta, el escueto «hola» al pasar por el mostrador de recepción... Me imaginaba... la fascinante maraña de necesidades, riesgos y obligaciones compartidas. Detrás de mí, en La cocina, la cafetera borboteaba y tosía.

«Estamos en la cresta de una montaña», pensé aquel día en la terraza, creo, «Sobre un eje. A un lado, su carrera profesional y su animada vida de puertas afuera; al otro, esta profunda soledad, los pájaros piando como locos, asustándose unos a otros en una frenética espiral de ruido en la que cada uno responde a los demás y éstos, a su vez, emiten una respuesta idéntica». La luz vespertina sobre el río estaba empezando a menguar, reflejando ondas rizadas a lo lejos, mientras que las aguas mansas y brillantes del centro se iban arremolinando, formando olas que lamían el muro de contención. Entonces, los pájaros se paralizaron un segundo, se convirtieron en un virulento aleteo, sombras de papel en el cielo, largas fibras de celulosa agitándose al viento. Me percaté de todo esto cuando me di la vuelta para mirar de nuevo a Gunner. «No es que sienta lástima de mí mismo ni nada de eso, valoro los momentos que paso con mi chiquillo, disfruto estando con él. Me gusta moverme por esa delgada línea que separa el mostrar cariño y ternura, consentirlo, y el tener que restablecer —un segundo después— mi control o, mejor dicho, mi asesoramiento —desde su perspectiva, mi figura resulta imponente— sobre su educación en ese momento en concreto», estaba pensando, creo. El amor no reside en el momento de agarrar y levantar su cuerpo cuando sale del colegio y corre a mis brazos entre gritos de júbilo. No. El amor se halla justo en el instante en que sale por la puerta del colegio, con sus amiguitos, y busca mis ojos, El amor está en ese segundo en que me ve y yo lo veo a él, vestido con uno de sus

extravagantes atuendos, llamativos abrigos, sombreros raros, extraños pantalones caídos (nos encantaba aprovecharnos del hecho de que, a esa edad, él no fuera consciente de lo que llevaba puesto, no sintiera que tuviese que encajar en ninguna parte; así que podíamos acicalarlo a nuestro gusto, era un muñequito, como decía Sharon). El amor es esto, pensaba cada vez que iba a recogerlo al colegio. Entonces, al subirlo y sentir su peso, la pureza del momento se esfumaba cuando yo percibía un olor rancio y agrio bajo el cuello de su camisa, al tiempo que él olía, supongo, el humo y el café en mi aliento y algo más que —más adelante, en algún momento, tal vez a modo de recuerdo— él identificaría como los primeros síntomas de putrefacción.

Los pájaros sobrevolaron las aguas del río y cruzaron aproximadamente un cuarto de éste; entonces, de repente, dibujaron un amplio arco para descender y se dieron la vuelta en dirección a los árboles del lago Thompsons, formando una lágrima a medida que se alcanzaban unos a otros, desviando mi atención de Gunner, el cual, cuando volví a fijarme en él, iba directo al muro y al agua. Sus agudos gritos se entremezclaban con el viento. En la condensada intensidad del momento, los pájaros se habían ido. La marea había cambiado, ahora se dirigía a la ciudad.

—Te voy a poner en la silla —dije— Para. No te lo repito más —grité.

Él seguía corriendo colina abajo, me sacaba bastante ventaja, por supuesto, y en cuestión de un momento llegaría al muro y empezaría, cómo no, a andar a lo largo de la estructura como un funambulista, poniendo a prueba su sentido del equilibrio y su miedo en relación con la posible caída y el agua. (En verano Lo llevaría a la playa de abajo, sentiría su hombro, sus articulaciones y su pequeño pecho en las yemas de mis dedos. Luego nos sentaríamos en un cubo vacío de encurtidos y nos pondríamos a pescar). «En un momento volverá a mirarme», pensé, el viento en mi cara, obteniendo, mientras me movía, una sensación agradable y viril de tenerlo todo bajo control. «Ésta es la mía», creo que pensé. «Ésta es mi oportunidad de alcanzar una gloria mediocre», es posible que pensara. No recuerdo. Pero él estaba en el muro, tambaleándose, y entonces dio un trompicon hacia atrás y alzó los brazos.

—Ya está —dije— Ya está. No te lo repito más.

(Caí en la cuenta de que ésa era en realidad la cuarta advertencia que le daba, que la primera la había olvidado hace un buen rato, hace ya unas cuantas horas, antes de que fuésemos al colegio). Al otro lado del río, en el lado de Westchester, un tren arañó las vías como una astilla de vidrio, y cuando el viento murió escuché no sólo las risas de Gunner mientras se balanceaba, también el penetrante runrún del motor diesel del expreso que habría de pasar por Ossining y Croton hasta llegar a Poughkeepsie, y sentí, al oírlo, una tristeza motivada no sólo por mi incapacidad de alcanzarlo a tiempo, también por algo mucho más profundo —pensé después—, relacionado con el hecho de que al caerse por el muro, tenía los ojos abiertos, aterrados por el modo en que su equilibrio lo había desafiado.

Entonces llegué al muro, miré hacia abajo y vi que la marea seguía subiendo y que Gunner estaba tumbado de lado a pocos centímetros del agua, con un chal de arena negra y mojada cubriéndole el cuello y con los calcetines llenos de barro; sus ojos, culpables y cómicos a la vez, me miraron, establecieron un buen contacto visual, largo y prolongando. «No dejes de mirarme», pensé. «No pares nunca. Sigue mirándome de esa manera hasta el fin de los tiempos», creo que pensé. Entonces, el miedo que había empezado a gestarse mientras iba en su busca —de carácter puro, punzante y eterno— se apoderó de mí y me golpeó bajo las costillas. Empecé a llorar calladamente al agacharme para ayudarlo, mientras levantaba las palmas para que pudiese apoyar los pies y trepar el muro.

Entonces se quedó en lo alto del muro y me miró desde allí, a su viejo, mientras yo me limpiaba los ojos. Vio una cara brillante, bigotuda y rubicunda. Y una boca moviéndose en esa cara que decía:

—Se acabó. A la silla. En la silla te vas a quedar, jovenzuelo. Y nada de chuches. A la silla directo. Esta vez sí que sí. Mira que te lo he dicho por lo menos tres veces, o incluso cuatro — seguía diciendo la boca—. Menuda suerte has tenido de que la marea no estuviera en lo más alto.

Entretanto, el día se había plegado sobre sí mismo, se había mezclado con el terror hasta convertirse en algo vivido y prístino y perfecto. Al otro lado del río, el tren ya se había marchado.

Entonces, mientras el viento bramaba por los acantilados del monte Hook adquiriendo una mordacidad norteña, mientras la noche empezaba a desplomarse sobre las aguas y el flujo de la marea se establecía dirección sur, alcanzando con firmeza los pilones del puente, formando olas de espuma blanca, mi hijo se inclinó y ofreció sus manos para ayudarme a subir el muro y, entonces, antes de llegar a tocarnos, el aire entre nosotros se llenó de un amor asombrosamente puro. Se quedó allí varios segundos y luego desapareció y yo llevé a Gunner a casa y lo puse en la silla y le dije que no se moviese de allí hasta que Sharon volviese.

Se resistió, se retorció, pero yo insistí.

—Te vas a quedar aquí hasta que llegue tu madre. Todavía te queda un rato. Te queda un buen rato.

EL ARTISTA TERMINAL

Quando ocurrió, su muerte pareció formar parte del orden en que suceden a veces las cosas, cuando la mala suerte y la naturaleza fisiológica del trauma —en este caso, la inflamación del cerebro tras una cirugía de extirpación de cáncer— se conjuran para boicotear los esfuerzos curativos de la institución médica. Lamentamos su muerte como un suceso natural. De inmediato (desde el mismo día en que recibimos la noticia) percibimos su ausencia como parte de un plan global —y, de nuevo, natural— más amplio. Ella nos había dejado del mismo modo que el resto de cosas vivas, sucumbiendo a la fragilidad del cuerpo biológico. El cáncer había sido extirpado mediante un procedimiento limpio y preciso, pero entonces otro elemento entró en juego. No es que no fuese una gran pérdida, no quiero decir eso, pero al final su muerte pareció formar parte de una hermosa tragedia, una de tantas. Se produjo un conflicto entre lo que se esperaba y lo que ocurrió. Sus dos jóvenes hijas nunca tendrían una madre, y nadie volvería a oír jamás su preciosa voz —cantaba en un coro de góspel—. En los meses que siguieron nuestro dolor continuó haciéndose más punzante y, entonces, un buen día, empezó a disminuir poco a poco hasta que los recuerdos de ella —su risa alegre y luminosa, sus preciosos ojos— empezaron a borrar el doloroso día de su entierro. Seis años más tarde, el Artista Terminal —como lo apodaron los medios— confesó haber asesinado a varios pacientes en un hospital del interior, en el norte del estado. Se trataba de pacientes en cuidados postoperatorios a los que había alterado la medicación, siempre de una forma profesional: aliviándoles el dolor un poco más de la cuenta pero con rigor clínico, nada de desconectar el primer enchufe que pillase ni de ahogarlos con cantidades ridículas de morfina, Perpetraba asesinatos por piedad cuyo objetivo —según sus propias palabras— era «traer la salvación a este mundo de sufrimiento». Cuando la historia salió a la luz, los hospitales y las compañías de seguros se vieron en la obligación de revisar todos Los casos y, paulatinamente, en el curso de varios meses, comenzaron a resolverse varias defunciones misteriosas que habían sido atribuidas a causas naturales. Pacientes que, tras una operación exitosa —hombres y mujeres jóvenes con todo a su favor—, volvían en sí tras el efecto de la anestesia, vivían varios días y, de repente, morían plácidamente en mitad de la noche, sin realizar ningún tipo de esfuerzo heroico que les salvase de caer en el vacío para siempre. Mientras el Artista Terminal andaba entretenido confesando más crímenes, cuatro o cinco pacientes de otro hospital de interior, las autoridades tuvieron que echar la vista quince años atrás para investigar su historia laboral en diez hospitales que se lo habían estado rifando, no sólo porque era enfermero —profesión muy demandada en aquel momento— sino también por ser hombre, Y no un enfermero cualquiera, sino uno extremadamente cualificado, extremadamente afable, bien afeitadito, pulcro, con una voz agradable, calmada y clara. El tipo de hombre que uno querría

tener junto a la cama, atento y considerado a la par que eficiente y organizado. De esos que lo comprueban todo exhaustivamente y se pasan el día lavándose las manos. Seguramente un hombre soltero, de vida austera, que echa todas las horas que hagan falta por pasión a su trabajo.

—Reparto piedad —explicó en el juzgado un año después— Dispensó piedad. Alivio cargas. Derrotó al dolor. Facilitó una transición apacible al más allá. Mi obligación es con Dios. Hago la obra de Dios, El Señor está en mi corazón. Ejecuto su voluntad, Pongo fin a la vida para garantizar la salvación. Por piedad, por piedad y nada más.—Y así erre que erre hasta que el juez levantó la mano y le ordenó que se callase.

En los hospitales donde había trabajado, casos que se habían atribuido sin resquicio de duda a causas naturales, conforme al orden natural de las cosas, pasaron automáticamente a estar bajo sospecha. En cambio, los casos en los que sí había mediado confesión expresa —entre diez y quince—, y alguno más aparte, se reclasificaron de inmediato como homicidios. Cada muerte (confesa y repentina) había tenido un motivo concreto: un suero de morfina mínimamente alterado, lo justo para provocar un fallo cardíaco que parecía ser, en cierto modo, natural; una dosis extra de digoxina que había provocado que el paciente —tras una operación a corazón abierto zozobrara entre la vida y la muerte debido, en apariencia, a una simple cuestión fisiológica. Con orgullo en la voz, afirmaba que suministraba piedad en «dosis calibradas», un simple empujoncito que servía para precipitar una situación que, de otra manera, habría sido —palabras textuales— «perfectamente natural»; así, por ejemplo, el miocardio, agotado y débil tras haber sido sometido a una actividad de contracción, liberaba su energía y se rendía, procurando de este modo un gran alivio a sus tejidos (según él); en el caso de una niña de corta edad que estaba en coma Inducido, Lo único que hizo él fue permitir que continuase su viaje hasta Dios, ahorrándole así el trance de un infierno terrenal envidia. Cuento todo esto sólo para decir que, cuando mi amiga falleció tras la cirugía cerebral en un pequeño hospital del interior del estado de Nueva York, cuando Cherie murió, en el corazón muerto de una noche de invierno, sola, en una habitación de la UCI; cuando su cerebro se inflamó tras la intervención y la presión incesante provocó de algún modo —esto es especulación pura y dura— el fallo cardíaco al día siguiente, éste se atribuyó en un principio a un acto de Dios, en caso de ser creyente o, simplemente, a un fallo natural del cuerpo. Otra trágica muerte, otra víctima de cáncer que dejaba a tres niños y a un padre varados en un silencio desolador, inenarrable. Parecía ser el tipo de muerte que sólo se puede contemplar de lejos, porque si te acercabas demasiado, si te adentrabas en la pérdida, acababas dándote de bruces contra la locura, no te quedaba otra que admitir que todo era cuestión de suerte, nada más, y admitir eso supone —al menos para mí— rendirse a la forma más pura de terror. Lo único que podía hacer en aquel momento era poner el foco en las cuestiones básicas de su pérdida: llorar su ausencia, recordar su hermoso rostro afilado, la dulzura de su risa; rezar —o no— para que su alma siguiese viviendo de una u otra forma, si no en algún lugar celestial, sí al menos en aquellos que guardábamos algún recuerdo de su paso por esta vida. Pero entonces, seis años después, apareció en los medios la noticia de que el Artista Terminal mencionado anteriormente había sido detenido tras una minuciosa investigación de dos casos similares en el mismo hospital de interior. Al oír la expresión «de interior», a muchas personas se Les venía irremediamente a la cabeza una serie de imágenes determinadas: carreteras llenas de baches que zigzaguean siguiendo el curso del río Hudson, siempre oculto por la frondosa vegetación de la orilla; vastas extensiones de maleza y pastizales que conducen al renoval donde antaño se abrían —supongo— campos de labranza; fábricas oxidadas que vierten policlorobifenilos al río. En el imaginario colectivo, el

interior comienza justo en la bahía de Newburgh, el punto más alto hasta donde se adentran las aguas salobres provenientes del puerto de Nueva York. (Mi imagen del interior ha sido moldeada por las fotografías de Richard Prince: casas de madera abandonadas, casas remolque oxidadas, canastas de baloncesto solitarias —también oxidadas, faltaría más—, huellas de frenada sobre el asfalto realizadas por adolescentes aburridos siguiendo el obligado ritual de consuelo que supone arrancar un coche haciendo un puente y realizar espectaculares derrapes de 360 grados. Fotografías de coches musculosos,² con su extraordinaria potencia y rugientes motores, acariciando el desalentador horizonte con sus alargados y lustrosos capós.

El Artista Terminal, que nunca se aventuró hacia el sur más allá de Newburgh, trabajaba en hospitales de segundo nivel que formaban una constelación de centros de atención médica del interior del estado de Nueva York, llegando hasta Buffalo, que de algún modo escapa a la etiqueta «del interior» al estar a orillas del lago Ontario, cuyas aguas bañan también la ribera canadiense. Cuento todo esto sólo para decir que el hecho de que trabajase en centros hospitalarios del interior parece, en retrospectiva, estar ligado con la región en sí y con el hecho de que gran parte —no todo el mundo, pero sí la mayoría— de su población tuvo que sufrir por partida doble a cuenta de sus acciones. Los medios daban por hecho que las víctimas, al haber sido atendidas en hospitales del interior, vivían en realidad allí. Pero ése no era el caso. Cherie vivía en un pequeño pueblo junto al río Hudson situado unos cincuenta kilómetros al norte de Manhattan cuando tuvo una revelación en la que Dios le pedía —según contó a sus amigos poco antes de la operación— que buscase al doctor Drake, un neurocirujano robusto y remilgado que contaba con un buen número de cirugías cerebrales a sus espaldas.

En cualquier caso, fuera del hospital, aquella fría noche de invierno, el paisaje se antojaba lúgubre, solitario, luctuoso, triste, resistiendo estoicamente la difícil situación económica del momento, luchando por sacudirse el estigma de quedar fuera del campo gravitatorio cultural de la gran ciudad. (Para ser franco, hasta que no tuve noticia del Artista Terminal, consideré a toda la región cómplice de su muerte). Tiempo después de que la noticia saliera a la luz, me resultaba difícil creer que mi querida amiga hubiese sucumbido al complejo despliegue de casualidades, un sinfín de factores que se habían combinado para Llevarla a una cama concreta, en un hospital concreto, para someterse a un tipo concreto de intervención quirúrgica y solucionar un problema médico concreto; para que fuese atendida en planta por un enfermero concreto al que, casualmente, le tocó trabajar aquella noche concreta, un tipo que padecía una enajenación mental concreta o que se había comprometido con una particular noción de piedad, y que administró cierta dosis de una sustancia concreta, si bien desconocida (el caso sigue abierto). Casi nadie fue capaz de aprehender la compleja suma de factores que pusieron su vida en manos de aquel Loco. Cuando salió a la luz la noticia del Artista Terminal, hacía seis años que mi amiga había muerto, el dolor por su pérdida no era más que un pinchacito, un recuerdo lejano que incluía el día en que me enteré de su fallecimiento, una tarde gris en una cabaña de interior (aunque no exactamente de interior, pues desde un punto de vista teórico esta pequeña cabaña —donde suelo quedarme cuando voy a pescar— está situada cerca de un tramo del río Walkill, no muy Lejos de Coshen, que atrae a una amplia variedad de gente adinerada de la ciudad y de los barrios residenciales y, por algún motivo, parece protegido de las asociaciones que suele suscitar el concepto «de interior»). Estaba sentado tranquilamente leyendo a Isaak Babel mientras la niña dormía e Irene se echaba una cabezadita en mitad de un silencio profundo, ni siquiera interrumpido por el murmullo de la nevera, si acaso por el rumor del viento al colarse por entre los pinos del fondo de la finca.

Entonces llamaron a mi teléfono, era mi suegro, que también es médico, y me dio la noticia meticulosamente, hablándome con esa voz clara que ponen los médicos, ciñéndose a los hechos: había fallecido durante la noche, de madrugada, se desconocía la hora exacta, debido a un fallo cardíaco originado por la inflamación del cerebro o por el motivo que fuera. Ese recuerdo, ese silbido de fondo, del viento tal vez, a través de los árboles, unido al suave ronquido de La niña, no tan suave a decir verdad, pues era bastante fuerte para salir de la boca de un bebé de seis meses. Ese recuerdo se mezcló con los recuerdos del funeral, celebrado con gran pompa en una enorme iglesia abovedada que antaño había servido de auditorio: todo el mundo iba de blanco salvo los que veníamos de la ciudad; las mujeres llevaban pantalones (y a las que no, les dieron pañuelos de lino para que se cubriesen las rodillas por una cuestión de decoro, supongo). Toda la ceremonia estuvo marcada por un tono de júbilo, alegría y plenitud fundamentado en la idea, en el concepto quizá; no, en algo mucho más profundo: en la certeza de que ella había partido hacia un reino mucho mejor, había obtenido, como quien dice, un pasaje directo al cielo. Este tono de júbilo lo procuró de manera brillante el coro góspel al que había pertenecido, que cantaba extáticamente mientras nosotros, la gente de la ciudad, intentábamos comportarnos de la forma adecuada, manteniendo el tipo en la medida de lo posible, intentando no extraer juicios por el hecho de que su cultura afroamericana chocase de lleno con el blanco de nuestra piel y, nosotros, como blancos, aceptásemos el privilegio de asumir que no teníamos ninguna identidad étnica real, sólo un vacío que constituía —esto son sólo suposiciones mías— la norma. Hice un esfuerzo por imaginar nuestra forma de acercarnos a su postura actitudinal: dolorosa dicha por ser ofrendada —tal y como estaba predestinado— a algún tipo de consignatario divino, el cual podía tomar la forma de unas puertas nacaradas o, tal vez, de unos brazos abiertos, sagrados, cubiertos de blanco. Todo esto —que estaba guardado en la memoria y se remontaba a seis años atrás—, cuando apareció la noticia de que el Artista Terminal había confesado (el caso sigue aún abierto), azuzó el regreso de antiguos recuerdos que el tiempo había difuminado, emborronado y, tal vez, amplificado: el olor al perfume de lavanda de la mujer que nos acompañó a nuestros asientos. El rostro amplio y taciturno de su padre surcado por perlas de sudor mientras cantaba. Las ideas delirantes del Artista Terminal —que afirmaba haber ayudado a sus pacientes a seguir su camino hasta el cielo— se mezclaron con el tono jubiloso del funeral debido al hecho de que Cherie había partido al paraíso y se encontraba a Los pies de su santísimo creador, o frente a unas puertas nacaradas, o tal vez estuviese ya en algún reino de nubes, algodón y Luz.

Durante ese largo periodo de tiempo en que no supimos de la existencia del Artista Terminal, durante aquellos días hermosos fuimos portadores de un pesar fruto —o eso creíamos— de procesos, en cierto modo, naturales. No se trataba de un pesar originado por el hombre. (Mientras me dirigía al río, seguía dándole vueltas a esta cuestión: ¿«Originado por el hombre?»). Esa frase es a lo único a Lo que me aferró porque sopesar el resto —la interminable lista de casualidades, la larga retrospectiva de incidentes, el hecho de que tuviese o, al menos, le detectasen cáncer en aquel momento determinado, su elección de hospital motivada por una profunda creencia religiosa [«Son demasiados factores que tener en cuenta», pensé, mientras vadeaba el río apartando los arbustos y la plaga de bambúes salvajes y las tupidas zarzas de la orilla], y, por otro lado, el Artista Terminal, que había estado recorriendo los hospitales de interior, aprovechándose de la alta demanda de enfermeros, trabajando varios meses en un centro de Lancaster y regresando, por último, al interior, dejando a su paso un reguero de muerte— me parecía demasiado.

* * *

A lo largo de mi obra he descrito la sensación de adentrarte en el agua helada con botas de pescador, sintiendo cómo el plástico te comprime las piernas. La extraña sensación de pisar con suelas de fieltro las resbaladizas piedras y caminar, siempre con un poco de miedo por sumergirte en lo desconocido pero seguro al mismo tiempo, tras años de práctica, habiendo desarrollado cierta habilidad para intuir los peligros, he usado la pesca como metáfora, pero nunca con oprobio, he recurrido al arqueamiento de la espalda cuando se lanza la caña, a los anticuados fundamentos de atar la mosca a la caña. Y una vez más recurro a la pesca porque, aquí, en mitad del río, en esta extraña soledad, sintiendo el agua fluir en ambas direcciones, me siento agradecido porque al menos durante seis años pude pensar en su muerte como algo natural. Nunca sería capaz de usar su muerte en un relato. «Tendría que hallar otra forma», pensé y, entonces, de nuevo, lancé la caña y volví a ver cómo el sedal se extendía limpiamente por la superficie y cómo la mosca, al final del hilo, se volvía invisible, se sumergía bajo un brillo de luz y salía a flote un poco más allá: otra imagen que hacía que me sintiese vivo en un momento determinado, rodeado de frías y crueles corrientes, flotando hermosamente sobre un número infinito de vórtices de casualidades. Pero, por supuesto, desde aquel día en el río han pasado ya seis años, y el funeral tuvo lugar seis años antes, por lo que, en total, han transcurrido doce años desde que nuestra amiga murió, y seis desde que apareció la noticia del Artista Terminal. Seis años han pasado, y la historia del Artista Terminal ha desaparecido de la memoria colectiva para ser remplazada por otras narrativas más actuales y, por tanto, más urgentes en apariencia, de modo que lo único que podemos hacer, día tras día, es aferrarnos a la esperanza de encontrar una estructura auxiliar que podría empezar de alguna manera una tarde fría de otoño, en la habitación de un hospital, quizá, o tal vez fuera, en el aparcamiento, durante el descanso para fumar, cuando el enfermero asesino (apodado el Artista Terminal) absorbe el aire y se recrea en la belleza de la brisa vespertina, cargada del aroma salobre de las aguas del río en la bajamar. Arriba, el cielo es azul claro, y al otro lado de la calle las hojas de los árboles han cambiado de color y derraman brillantes tonalidades al aire. Todo es rígido y luminoso. Él está estudiando su siguiente movimiento, con prudencia y circunspección. «La gloria de Dios está en el aire», piensa. Arrastra levemente los pies y arroja la colilla al bordillo de un capirotazo. Está loco por volver y ponerse manos a la obra. Le queda mucho trabajo por delante. Trabajo duro. Entonces inclina la cabeza y pronuncia una breve oración, ofrece sus servicios directamente al Señor, igual que Abraham en la cima de la montaña, con Lucidez y claridad, con su hijo en brazos a la espera de recibir el puñal ofreciendo en sacrificio su tierno y suave cuello al momento presente.

PATERNIDAD: TRES

EL PADRE COMPLICADO

O problema es que mi hijo ve al hombre que soy ahora y río a los hombres que fui antes de llegar a ser el hombre que soy ahora. El hombre que soy ahora es una consecuencia de su presencia en mi vida y, por tanto, no estoy nada, pero nada cerca del hombre que era antes de que él existiera, y *ese* hombre, al parecer, tenía una enorme vitalidad esquilada por las responsabilidades que llegaron con el nacimiento de su hijo. Por otro lado, el padre que yo conocí fue el padre que estaba allí cuando yo estaba ya allí, y por tanto, el hecho de que mi padre fuera, en ocasiones, una persona muy complicada estaba motivado en parte por el hecho de que tenía que bregar conmigo. Pero entonces, el hecho de que para ser padre sea necesario tener un hijo o una hija, implica también que sin un hijo o una hija no puedes ser padre y, por consiguiente, el hombre vital que existía antes de que llegara el hijo o la hija no podía considerarse, obviamente, un padre como tal. Por tanto, fuera lo que fuese antes de que existiera el hijo o la hija no cuenta y no puede compararse con el hombre en el que se convirtió una vez que fue padre. El padre que conozco es el hombre que tuvo que lidiar con una hija con un trastorno mental. Los primeros años no sabía que su hija tenía un trastorno mental; por aquella época no era más que un hombre que tenía una hija que andaba todo el tiempo metida en problemas. Entonces, más adelante, se convirtió en un padre con una hija con un trastorno mental, lo que cambió su percepción de las cosas pero no los problemas en sí: la arrestaron, una vez estuvo meses desaparecida, se metía en un lío tras otro y había que estar sacándole continuamente las castañas del fuego, incluido un juicio que duró seis semanas cuando tenía dieciséis años, seguido de una temporada en la cárcel, seguido del cobro de cheques robados y de otra temporadita en la cárcel, en el psiquiátrico; en fin, un no parar. El padre que recuerdo suele ser este último, un padre ya mayor que se las veía y se las deseaba para sacar adelante a una hija adulta con un trastorno mental. Él era un hombre complicado, pero heroico a su manera. «Y aquí estoy yo ahora, un padre con un hijo y una hija que sólo pueden verme como soy ahora», pensé. Pensé: «No hay nada que pueda hacer salvo mostrarme ante mi hijo y mi hija de la mejor forma posible, como el hombre que es consciente de que ya no es tan vital —ni está tan vivo— como antes de tener un hijo o una hija, o quizá está vivo de una forma diferente, como padre, y, de este modo, les está ofreciendo algo de lo que otros hombres, que ni siquiera piensan en estas cosas, podrían carecer». De esta manera podría evitar convertirme en un padre complicado. Aunque con el mero hecho de darle tantas vueltas al asunto —no sólo a mi

propia relación con mi hijo y mi hija, sino a la percepción de mi padre como un hombre que tenía que lidiar con una hija difícil y, más tarde, con una hija con un trastorno mental— me estoy autoproclamando «un padre complicado».

CENIZO

Pleno invierno. Tras la ventanilla del tren vi a un hombre en un kayak, en el río, la embarcación brillaba bajo el sol de la mañana mientras él hacía lo imposible —parecía desolado y silencioso — por remar contracorriente, «Pobre desgraciado», pensé. Daba igual lo que hiciese, incluso si gozaba de buena forma física, incluso si alcanzaba la orilla y conseguía arrastrar el kayak a tierra firme, rascando el hielo de los laterales, frotando devotamente el casco con un trapo antes de meterse en casa a calentarse las manos frente a una estufa, junto al fuego reconfortante, dándole sorbitos al café, observando el río tras la ventana, triunfante. Incluso si así fuese, sus partes pudendas serían incapaces de prever los eventos venideros que, el día menos pensado, en condiciones similares, cuando se sienta igual de fuerte y seguro de sí mismo, harán que pierda el control del kayak y provoque que éste encalle, despojándolo de este modo y para siempre de su muda complacencia hasta quedar reducido a un hombre asido al casco de una embarcación, a nada más ni a nada menos. Llamadme demente, o igual es que soy un cenizo, no sé, pero eso es lo que imaginé cuando Lo vi antes de que el tren se adentrara en el túnel y un aluvión de oscuridad me taponase Los oídos y proyectase su imagen sobre la dulce agonía de mi propia vida. Eso es lo que pensé en aquel momento. Incluso una visión agradable —un hombre solo, en un río, luchando contra los elementos, desafiando la naturaleza— me produjo una sensación de fatalidad.

(OTRO) RELATO QUE ME GUSTARÍA ESCRIBIR

Un hombre que lleva veinticinco años casado recuerda el momento en que su hijo se rompió el fémur en el jardín: el crepúsculo se filtraba lentamente por entre los árboles cuando éste metió el talón en un boquete del césped y se cayó, torciendo el pie en un ángulo inusual que le provocó una fractura espiroidea del hueso. Me gustaría escribir sobre mi hijo, llorando, en mis brazos, sobre cómo le temblaban los hombros mientras lo llevábamos en coche al hospital. No para mostrar el modo en que el dolor y el amor pueden combinarse de una forma especialmente gráfica —¡no, eso no!, sino para explorar la forma en que el corazón y el tacto se unen bajo presión. Recordé la pesada rigidez de su cuerpo mientras lo llevaba en brazos del hospital al coche. Con las dos piernas escayoladas, era como un regalo, como un tronco de Navidad, y mi mujer y yo supimos, totalmente exhaustos tras el mal rato que nos habíamos llevado, tras el impacto de ver en una radiografía el fémur del niño partido en dos, que nos esperaba un verano Largo y caluroso. En el relato, me gustaría abordar la sensación de sentirme un hombre capaz de asumir determinadas responsabilidades. Me gustaría capturar esa tarde en concreto, cuando mi hijo encontró la forma de transformar su incapacidad en capacidad, sin ni siquiera ser consciente de su limitación; por lo

que a él respectaba, su situación en aquel momento respondía tan sólo a una fase más por la que debía pasar, como una crisálida en un capullo, y, de este modo, iba nadando, extendiendo los brazos, dejando atrás los reflejos soleados del suelo, atravesando motitas de polvo y trémulas sombras de hojas, emitiendo un leve sonido, como de risa, cada vez que daba una brazada mientras nos dábamos las manos y mirábamos hacia abajo y observábamos y sentíamos que en ese preciso instante lo teníamos todo bajo control y todo funcionaba bajo los auspicios de un conocimiento profundo que parecía generarse con la frecuencia justa para que pudiésemos salir adelante, día a día, con un objetivo final en mente: convertirlo en un hombre hecho y derecho capaz de valerse por sí mismo en el mundo, teniendo a mano todos los recursos que le habíamos dado para poder enfrentarse a lo que sea que el futuro le arrojase en su camino. Si fuese capaz de dejar constancia por escrito de ese momento, de una fracción al menos, mediante algún tipo de expresión pura, podría recostarme, descansar y, simplemente, vivir en el mundo.

ADIÓS, HERMANO

Había un tipo llamado Frankie con olios, al fondo del aparcamiento, y pasaban el rato haciendo marcas en el suelo, gruñendo, riéndose, olvidando por un instante la casa de acogida, mirando por entre los árboles las aguas del río, oscuras y con pelusas de luz. Frankie tiene porte de lobo de mar, encorvado y con hombros redondeados. Se dio un golpecito en el gorro de hilo con el dedo índice, ése era su gesto habitual para saludar. Frankie es uno de esos que salió de entre la niebla, dando tumbos, su balanceo y sus expresiones de lobo de mar lo catalogaban como una anomalía. Aseguraba que él había sido indescifrable para los vándalos de Newburgh, decía:

—Compré y vendí rápido con la idea de sacar pasta. Con tantas bandas callejeras, la violencia era el pan de cada día, tíos matándose por marcar el territorio, y entonces vi que los muertos eran un nicho de mercado. Ahí encontré mi estructura de negocio, y así estuve un año, hasta que dejaron de matarse, unieron fuerzas, se fueron de la lengua y dieron mi nombre en la línea anónima del Departamento Antidrogas. Total, que se me acabó el chollo de un día para otro. El juez me ofreció un acuerdo de culpabilidad, sólo tenía que señalar con el dedo a unos cuantos. Acepté y me metió en el talego varios meses. Sin ir más lejos, en la prisión de Sing Sing, al otro lado del río. Tuve suerte porque el juez se dio cuenta de mi potencial. Lo leyó en mis ojos. Me presenté sobrio y Limpio, y eso es lo que vio cuando me miró. Newburgh es una de esas ciudades que Le importan una mierda al resto del país siempre que pasen desapercibidas, ya me entendéis, ¿verdad? —Se tocaba el gorro cada vez que hacía una pausa—. Cuando llegué al este desde Duluth, antes de acabar en Newburgh, estuve un tiempo trabajando en un remolcador del puerto, esperando la llegada de barcos grandes. No hay nada más aburrido que estar ahí esperando a que Llegue algún barco cisterna, hasta arriba de petróleo, para guiarlo por el puerto —dijo—Esos buques no eran capaces de dar ni un paso en el puerto de Nueva York sin nuestra ayuda, y eso es Lo que nos daba tanto poder, ¿os dais cuenta? Porque hasta que no descargaban la mercancía no eran más que un beneficio potencial, todo estaba en el aire, y eso es muy triste, joder, y muy deprimente. A veces nos daba por escondernos en la niebla y se ponían a hacer señales como locos...

Y siguió hablando y hablando mientras Los demás miraban a través de los árboles hacia el umbrío resplandor del agua y mantenían esa estudiada pose de indiferencia de hombres que habían completado un programa de desintoxicación en algún hospital local, que habían sido enviados a la Unidad de Tratamiento de Adicciones de Blaisdell, del centro psiquiátrico Rock Land, o al centro hospitalario Bellevue, habían recibido el alta y en este momento estaban fumando a hurtadillas — contraviniendo la normativa del centro de acogida Open Embrace— cuatro días antes de Navidad. Escuchaban a Frankie con respeto, en parte porque sus historias tenían una credibilidad razonable.

Las historias de verdad, sin trampa ni cartón —todos Lo sabían, existía un acuerdo tácito entre ellos—, eran una auténtica rareza. Como dijo Frankie:

—Mira, coges un montonazo de mierda y le prendes fuego por debajo, ¿vale?, y en esa fragua varias palabras se solidifican y se convierten en diamantes, forjados al calor de la verdad, y son capaces de atravesar las grietas y de dar luz con sus rayos.

Esa noche, el Hudson se había congelado a lo Largo de la orilla, y el suave bisbiseo del hielo deslizándose sobre sí mismo mientras la marea subía, o bajaba, se hizo audible a medida que el ruido del tráfico de la carretera de atrás se aquietaba. Uno al que llamaban el Letrado se quedó en silencio. Había cometido el error de jugar la carta de «mira qué pena doy», se puso a contar que Le habían quitado la licencia de abogacía, que había perdido a su mujer, también a su pequeña hija, Abigail, que si esto, que si aquello. Entretanto, los demás hombres absorbían la franqueza de su voz al tiempo que formaban un aura brutal que parecía decir: «No nos vengas con el rollo de “mi mierda es peor que la tuya”, colega. Ya estamos hartos de eso. Hemos venido aquí a cometer una infracción leve, y así, si nos tienen que pillar (Roño el que sea que esté de guardia esta noche), nos pillarán a todos juntos».

—¿Quién está de guardia? —murmuró alguien.

—Ni lo sé ni me importa, me cago en la hostia —dijo un tal Bernard, un tipo demacrado, de articulaciones rígidas y delgadez excesiva, incluso para ser un yonqui rehabilitado con sesenta y pico largos.

Los cinco hombres tuvieron —o eso imagino yo— la profunda sensación de que ese momento podría ser —del mismo modo que podría haber sido cualquier otro— el desencadenante de sus muertes, igual que la última vez que arrimaron sus labios a una botella, que se pincharon o que se metieron una raya. Aquello que Jos mantenía unidos mientras se fumaban los pitis del paquete de Frankie era el hecho de que hacía tiempo, años atrás, las reglas del mundo habían cambiado y habían aprendido que, aun estando limpios y sobrios, seguían siendo los mismos pringados de turno. El único que no se sentía así era Alex, uno de Los compañeros de habitación de Frankie. Alex era la nueva adquisición del grupo, acababa de terminar su primer programa de rehabilitación en el hospital Good Samaritan y aún sentía cierta limpieza y frescura, que —según el resto— eran especialmente peligrosas.

—Es como una pizarra limpia, tío —había dicho Frankie—. No lo olvides. Como cuando llegas a clase antes que la profesora y ves la tiza y la pizarra limpia y te pones a escribir guarradas antes de que llegue. ¿Entiendes, Alex? Eso eres tú. Tu cerebro es una pizarra limpia y la tiza es la siguiente droga a la que te vas a enganchar. Te van a entrar ganas de escribir en la pizarra, y lo más seguro es que acabes escribiendo en ella porque no eres más que un crío. Y si no lo haces tú, algún tarado como yo vendrá y lo hará por ti.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Alex.

—Soy contra maestre —dijo Frankie— Soy marinero y todo lo que sé se lo debo a los meses que pasé encerrado en un carguero en los Grandes Lagos. En todos los barcos a los que presté servicio siempre había alguien como tú cerrando escotillas o quitando el polvo de taconita de la bodega, un novato mofletudo entre un hatajo de cadáveres fríos, blanqueados por el sol y el viento y arrastrados hasta la orilla del deber. Y siempre hay alguien como yo en todos los centros de acogida —continuó— Créeme, ahora no lo sabes, pero antes o después te harás a la mar y volverás aquí exactamente igual que yo: un hombre que trabajó como marinero de cubierta en un carguero en los Grandes Lagos [después de servir en Vietnam, añadiría yo], que después de

acostumbrarse a la vida a bordo de un barco, puso pie en tierra firme y se pasó varios años dando tumbos por Duluth, pernoctando en el centro de caridad Hope Mission, trabajando de lo primero que pillaba. Pero, a pesar de todo, no he olvidado jamás el tiempo que pasé en los barcos, siempre soy capaz de recordar los detalles, como podrás comprobar, amigo, porque cuando cuento una historia, no lo hago porque quiera esclarecer nada, sino porque la historias, cuando se cuentan bien, sirven para congraciarse con el mundo, o al menos eso creo yo.

Continuó hablando en la oscuridad de la habitación, haciendo lo posible por romper el hielo con su nuevo compañero, mientras Alex observaba el techo y reprimía el impulso de empujar la ventana y huir. [Algo que habría de hacer días después]. Aquella primera noche, tumbado en la cama, escuchando al viejo hablar, estaba empezando a ser consciente del gran círculo que se cernía sobre aquellos hombres.

—Tenéis que salir fuera del círculo —le gustaba decir a Anne. Era corpulenta, tenía una forma de hablar un tanto brusca y siempre daba las mismas charlas preliminares, pronunciando cada palabra con su voz ronca, meciéndose suavemente de lado a lado, Levantando Los brazos— Tenéis que localizar el círculo, ¿vale?, tenéis que visualizarlo y luego salir de él antes de que el círculo os atrape. Pero por el amor de Dios, no dejéis de visualizarlo —añadía siempre—. Como dejéis de visualizarlo, estáis muertos. Lo que quiero decir es que siempre se debe tener el círculo en mente pero hay que quedarse fuera de él. Ya os lo he dicho antes y os lo repetiré las veces que hagan falta porque es una verdad como un templo y la verdad hay que decirla, y si no se dice, seguirá siendo la verdad, pero será una verdad no dicha, y ése es un tipo peligroso de verdad, no sé si lo pilláis. —Y entonces contaba la historia de cuando su coche la dejó tirada en la carretera que atraviesa el Bronx, se le averió el motor en mitad de un tráfico infernal. Y entonces ella, una mujerona negra, se quitó la falda y empezó a hacer señas con ella, agitándola de una forma frenética, para pedir ayuda a los conductores porque su móvil se había quedado sin batería y eso fue lo único que se le ocurrió hacer—: Si no tenéis una batería en condiciones, da igual que el móvil sea la rehostia, que tenga mucha calidad, sin una buena batería, el móvil no vale para nada. Por si alguno sigue sin pillarlo, el cerebro es la batería, y el cuerpo es el teléfono —decía.

Habían pasado cuatro meses desde la primera noche de Alex. Aquellos cinco hombres fumando al fondo del aparcamiento tras la casa de acogida habían alcanzado un equilibrio simbiótico, se conocían entre ellos a la perfección, al menos según ciertos patrones, como entidades básicas altamente predecibles y estáticas en su mayor parte. Al menos eso es lo que parecía. Entre ellos se había instalado un profundo sentimiento de predestinación; sabían que, tras ser liberado, Frankie iría de nuevo al norte, al interior, a pillar, y el mundo de las bandas callejeras de Newburgh Lo atraparía de nuevo en sus redes. Alex se escapó por la ventana varias veces en el transcurso de esos meses, aun a riesgo de ser expulsado, porque quería ver a una chica, quedaba con ella en las vías del tren y luego andaban un poco hasta encontrar un rincón apartado. Acabó cayendo en la rutina: subía el cristal de la ventana con cuidado, se colaba por el hueco, se dejaba caer al porche y se escabullía. La facilidad con que lograba escaparse acabó por traicionarlo. Confió en su suerte hasta que la suerte le dio una patada en el culo.

Por lo demás, aquella noche —no faltaba mucho para el día de Navidad— una majestuosa quietud se asentó entre los hombres mientras fumaban y contemplaban el agua y oían el bisbiseo del hielo. Permanecieron inmóviles —con la casa tras ellos— en mitad de aquel silencio puro, sin ganas de rayar el suelo ni de dar patadas al bordillo, y estuvieron así durante un minuto más o menos, Después empezaron a moverse y a resoplar, se aclararon la garganta y escupieron y

apuraron sus cigarrillos y empezaron a hablar de Ron, que estaba dentro decorando el garito, colgando luces en la sala de reuniones.

En cuanto finalizara aquel momento de quietud —el propio momento parecía estar hablando conmigo—, las tensiones volverían a hacer acto de presencia. Nada podía mantenerlos en ese estado, y mientras estaban allí, de pie, respirando y soltando el aliento al aire amargo, otro tren, un expreso, avisó de su llegada a la estación de Ossining mediante un largo quejido que atravesó las aguas del río, e hizo todo lo posible, aunque sin éxito, por llenar de desolación a todos y cada uno de ellos. Día y noche, los pitidos de estos trenes iban calando el tejido vital del Open Embrace, la mayoría pasaban desapercibidos, pero, en ocasiones, alguno se filtraba en la conciencia, normalmente el de un expreso, que se escuchaba más alto y durante más tiempo, pero lo bastante lejano como para retener esa difusa cualidad de tristeza cuando se oía desde el catre, o durante el repentino cese de confesiones en un encuentro grupal, manchando a los hombres de miserias potenciales, recordándoles su propia carencia de industria. (Sólo Alex, que se había colado en varios trenes, al oír el pitido en mitad de la noche, sentía la libertad inherente a aquel sonido). Trente a la casa, por las vías que discurren a lo largo de la ribera occidental, con la pequeña colina al fondo, sólo pasaban trenes de mercancía, vagones traqueteando en largas filas, los eslabones de los acoples replegándose y estirándose, en dirección al monte Bear para continuar después hasta Albany.

—Pones ahí unas cuantas bombas ya tomar por saco la academia militar de West Point, así de fácil —le gustaba decir a Frankie—. Coges una bandera policial, sacas la pistola, te subes al trenecito y lo llevas directo al corazón del futuro mando del ejército. Lo daría todo por ver el careto que se les queda. Uno de esos cadetes, recién salido de la academia, fue el que mató a mi mejor amigo en Hué. Pero no os voy a contar esa mierda ahora. Esa historia mejor para otro momento. La dejaré ahí hasta que la moraleja del cuento se aposente en vuestras cabezas para el resto de vuestras putas vidas.

Así pues, el pitido del tren hizo lo posible por desestabilizar este instante de quietud pura. Intentó provocar a Frankie, que a veces pensaba en los trenes cargados de minerales que van a Taconite Harbor, y en la enorme maquinaria industrial que permitía que vagones enteros vertiesen sus cargas, una detrás de otra. Pero esa noche, con la Navidad en el horizonte, dejó que el sonido resbalase por los bordes de su conciencia.

—Yo soy marinero —decía—. Esa gilipollez romántica de ir colándote en los trenes y tal no va conmigo. Yo, si me dejo llevar, me dejo llevar de verdad, ¿sabéis lo que os digo, no? Lo mío es flotar en el agua, a la deriva, no clavado a la tierra.

¿Sintieron la compresión del momento mientras consideraban esta visión? No es sólo que compartiesen un atisbo de aislamiento cósmico, una pausa efímera en la caótica quejumbre de su existencia. No es sólo que aprovecharan intuitivamente el momento a sabiendas de que, una vez concluido, se darían media vuelta y regresarían a la casa, sin querer tentar más a la suerte con otro cigarrillo, puesto que era cuestión de minutos que Ron —de acuerdo con su predecible forma de trabajar— saliese a la parte de atrás a echar un vistazo. Seguro que se tomaba un descanso para luego seguir colgando el muérdago, el cual, esa misma noche, algo más tarde, daría lugar a una pelea cuando Alex se puso debajo sin darse cuenta.

—Vete a tomar por culo, joder, qué asco —dijo Alex.

—Eso es lo que pasa cuando te pones debajo del muérdago, es la tradición, colega —dijeron los demás hombres.

(Podrían decir: «Es el tipo de persona que hace un mundo de cualquier cosa, pero, en realidad, no ve nada como es realmente porque pone tanto empeño en observar que al final se le escapa lo que de verdad importa». O podrían decir: «Quiere purgar el dolor que siente por su querido hermano, el cual, como sabéis, vivía al límite, empezó a darle a los opiáceos después de haber estado fumando hierba a diario durante años, y al llegar a la mediana edad, la cosa se le fue tanto de las manos que acabó perdiéndolo todo: la mujer, Los hijos, la casa junto al Hudson —que no estaba muy Lejos de esta casa— y el perro. Llevó a su hermano al pueblo de Haverstraw, recogió sus pertenencias mundanas en enormes bolsas de basura, las metió en el cobertizo que hay detrás de la casa de acogida, y luego, meses más tarde, en primavera, las tuvo que sacar de nuevo cuando expulsaron a su hermano por primera vez tras dar positivo, porque se había ido al río con un amigo del Open Embrace y, al ver el agua y pasear por los mismos sitios por donde había paseado con su hijo pequeño, volvió a entrarle el comecome, vio la oportunidad y, otra vez, de vuelta a las andadas». «Tío», le gustaba decir a su hermano, «esa puta expresión es le leche. Sí, señor, las andadas, da igual adonde nos lleven, lo que está claro es que volver a ellas es lo que se nos da mejor»).

* * *

(Podrían decir: «Está inspirándose en su hermano, que ahora está en Brooklyn, más solo que la una. sin teléfono, vivo o muerto, cualquiera sabe y, de este modo, estaría poniendo la tara de la vida real en las vidas de hombres a los que apenas conoce y, así, estaría proyectando un brillo esperanzador de gracia [si eso es lo que era] o de caridad [como Bernard tenía] sobre un momento en que el murmullo de la conversación entre los hombres cesó, tal y como pudo constatarse aquella noche, justo antes de Navidad». Podrían decir: «¿Quién es él para sacarle tanta punta a un momento insignificante mientras el resto del mundo sigue imparable su frenético curso, mientras los trenes pespuntean la orilla del río, arriba y abajo, llevando a hombres y mujeres que trabajan en Manhattan, mientras el enorme hervidero metropolitano situado cuarenta kilómetros al sur prosigue su ritmo inconsciente, despreocupado, preso de una gloria flagrante? ¿Quién es él para coger un instante compartido entre cinco desgraciados al fondo de un aparcamiento y fijarlo a la gran espiral del cosmos, a la naturaleza circular de Los problemas de adicción que, en ese momento en particular, parecieron detenerse por completo?»).

Y yo podría decir: «¿Quiénes sois vosotros para negar a esos hombres su instante de absoluta quietud? ¿Quiénes sois vosotros para despojarlos de ese momento único de compañerismo puro simplemente porque nunca os habéis quedado embelesados escuchando el sonido del hielo, esos largos mantos que se arrastran unos sobre otros a medida que la marea baja, o sube, y las aguas salobres ascienden hasta el estuario provenientes de la llanura abisal del fondo del cañón submarino del Hudson? ¿O porque nunca os habéis imaginado siquiera el hielo reluciente como mica invadiendo la orilla, mientras al norte —más allá del silencio, a la altura del puente Bear Mountain, o más Lejos aún, pasado West Point, hasta los devaluados confines de Newburgh—, las aguas del río, bajo una noche clara de invierno, se congelan súbitamente y forman una masa espesa, comprimiéndose contra el lecho fluvial igual que el algodón contra un absceso dental, y Los hombres del barco rompehielos U.S. Coast Guard, aún cerca del pueblo de Hyde Park, se apiñan en cubierta, se toman su cafetito y observan con atención cómo la proa va cortando parches de hielo? Simplemente porque nunca os hayáis parado a alzar la vista a la marga láctea del cielo

que purga las estrellas sobre Broadway, ni a bajar la mirada a los pegotes de chicle en las plataformas del metro entre el olor a ozono del tercer riel, no significa que a estos hombres, varios días antes de la festividad, se les deba negar un único momento de gracia, imaginaria o real, mientras esperaban a Ron, el cual, tras llegar a la puerta sujetando una ristra de luces, me dijo que mi hermano estaba fuera, en la parte de atrás»).

* * *

Tras aquel instante de quietud, volvieron a la normalidad y percibieron una ligera sensación residual generada por el hecho de haber estado unidos, fugazmente, por algún tipo de espíritu que los trascendió, y se sintieron molestos y tensos, incluso culpables por el modo en que éste se había extinguido. Frankie reprimió la premura por hablar sobre sus días como marinero de cubierta y guardó la historia, que tantas ganas tenía de contar, para más tarde, para después de la pelea del muérdago, cuando tuvo lugar una reunión en la que Ron trató de instruirles —sin éxito— acerca de lo que suponía pelear por cosas tan tontas, y sobre la importancia de aprender —si salían al gran mundo exterior— a gestionar diferentes situaciones.

(Ron remarcaba siempre esa palabra, le encantaban las situaciones, que si esta situación tal, que si esta situación cual. «Un día os veréis en una situación y creeréis que es una cosa pero en realidad será otra, por ejemplo, una trampa, un ajuste de cuentas, pero fijaos bien lo que os digo, colegas, tenéis que saber que fuera, cuando estéis limpios, parecerá que la podéis cagar a la primera de cambio, pero lo que hay que hacer es dar un paso atrás, coger perspectiva, y mirar las cosas desde lejos. Es como que hay que salir del cuerpo y acercarse a lo que sea y estudiarlo todo detenidamente, y una vez que hagáis eso, quiero decir, si os pasa algo sí, os daréis cuenta de que la situación se puede controlar, como un guardavía que está en la torre de control guiando el material rodante». [Ron aseguraba que había trabajado como guardavía del ferrocarril Burlington Northern y hacía que los vehículos cambiasen de carril pulsando un botón. «No una palanca», contó una vez, «con un botoncito de mierda se encendía una luz y te decía lo que estaba pasando a miles de kilómetros, en el terreno real, en Omaha en este caso; pero, aun así, tenías que imaginarte —y nos entrenaban para ello— en el sitio, cientos de vagones con los acoples abiertos. Aun así tenías que saber dónde estaba cada cosa, las vías, las listas de embarque, todo, todo...»]. La voz se le iba apagando a medida que su mente vacilante intentaba localizar los rudimentos de su trabajo y, de este modo, evitar la verdad de que él había sido la persona clave en una enorme colisión que había ocasionado la pérdida de un millón de dólares en combustible, que había iluminado el cielo a lo largo de cientos de kilómetros, y que se había ganado una entradilla de treinta segundos en la CNN. El dato de que la explosión hubiese matado a dos hombres se supo por una búsqueda en Google que hizo Alex después. Ron se puso pálido cuando se enteró y dijo: «Si pasó así, de la forma que has dicho, lo siento. Pero sólo lo siente el antiguo Ron, El nuevo Ron, el Ron sobrio siente una mínima parte del remordimiento que sentiría por la muerte de alguien a causa de un estúpido accidente»]). Frankie tuvo hasta un presentimiento del tipo de pelea que estaba a punto de estallar. Giraría en torno al muérdago —especuló— y empezaría con una pamplina sin importancia, como una broma o algo así, y Luego iría subiendo rápidamente de tono, después del beso —porque seguro que habría un beso— hasta llegar a un tenso punto muerto. El hombre besado se limpiaría la boca con mucha teatralidad, usando la manga, y Luego la mano. El hombre besado escupiría en el suelo y diría: «¿Pero qué coño te pasa? ¿Con qué derecho me haces eso?»),

y el hombre besante señalaría hacia arriba y diría: «¿Qué te piensas que es eso, perejil o qué?» Y el hombre besado diría: «Por mí como si es marihuana fresca, colega, nadie te da derecho a establecer contacto físico conmigo». (El hombre besado, naturalmente, como resultado del beso, imprimiría una azorada formalidad a su discurso. Intentaría obtener un buen punto de apoyo desde el que restablecer su orgullo, pensando en todas las veces en que había besado a una chica, en sus anhelantes labios rozando suavemente los de ella con la esperanza de que se abriesen a un contacto más amplio, incluso con suerte, al amor en alguna de sus manifestaciones más carnales. Todos los hombres habían recibido besos en circunstancias extrañas, en bares, acurrucados en alguna zanja de drenaje, cuerpo contra cuerpo, para darse calor mutuo, confundidos tras despertar de un sueño profundo —algunos hombres besantes habían usado el sueño como excusa, diciendo que no sabían lo que estaba haciendo— Casi todos los hombres, incluso el chavalín, Alex, había peleado a muerte con algún soplapollas y, durante el forcejeo, al tener al hombre tan cerca, a escasos milímetros, con toda esa carga de energía erótica, habían sentido ganas de besarlo y de matarlo a partes iguales). Así es como empezaría la pelea, y ambos hombres lucharían hasta casi ser expulsados del garito, si tenían suerte y eran listos. O, tal vez, los demás, viendo que la cosa se podía desmadrar más de la cuenta y, sintiendo el espíritu sagrado de la festividad, dejarían de meter cizañaren vez de eso, intervendrían: «Venga, cortad el rollo, coleguitas. Como sigáis así os van a echar por el puto muérdago de Ron». Y sendos hombres escupirían su rabia y tratarían de deshacerse de las manos que intentaban apartarlos, hasta que llegase Ron, o el que fuese, y por fin se tranquilizarían y se darían la vuelta indignados. «Así es como ocurriría», pensó Frankie y, entonces, tras la reunión sobre las normas de la casa, tendría ocasión de contarles una de las historias que se había estado guardando, dejando que surgiese de forma especialmente fluida y natural en el contexto posgresca. En aquellas circunstancias, la escucharían de la forma correcta. De la misma manera que Bernard —de labios finos, encorvado y ojeroso—, en ocasiones —cuando el ánimo era el adecuado y él se veía con ganas—, se embarcaba en alguno de sus incongruentes sermones, empezando por el tiempo que pasó en el oeste, sin rumbo, buscando a Dios de esa forma suya tau extraña. De la misma manera que Alex, que, a día de hoy, tenía un repertorio limitado de historias que sólo había contado una vez, hablaba sobre una chica que lo llevó al cielo —y lo trajo de vuelta a la vida— tras dejar que le rompiese el borde elástico de sus bragas mientras ella le ponía la mano en la espalda, con la palma abierta, justo encima del culo, dejándola reposar ahí con calma, a la espera.

* * *

Llegados a este punto, me gustaría hacer una pausa. Si introdujese ahora la historia de Frankie. a modo de prolepsis, parecería forzado e inadecuado dada la situación actual que tenemos entre manos, que me incluye a mí en lo alto de las escaleras, cerca de la puerta de atrás del Open Embrace, un poco más allá, donde está la oficina en la que hay un archivador, un ordenador y dos escritorios: uno para el hombre llamado Ron, el jefe del garito, y otro para la trabajadora social a tiempo parcial, Anne, que había estado allí la última vez que fui a visitar a mi hermano, el cual justo había empezado a instalarse y estaba preocupado y ansioso por ver si se llevaba bien con Los hombres, sin tener muy claro el rollo que tenían —eso me había dicho él— con uno de los compañeros de habitación, un chaval llamado Alex. que vendría a tener la misma edad que su hijo y, para colmo, se llamaba igual que su esposa, parecía como si la realidad hubiese superado la

Acción, eso fue lo que me dijo. («No puedes inventarte una mierda como ésta e irte de rositas»), me dijo. «Estarías forzando los límites y Los Límites son los que hacen que el mundo real sea real y la mierda ficticia, ficticia», dijo. De vez en cuando me hablaba de esa manera. El hecho de que él hubiera visto cosas que yo era incapaz de imaginar y el hecho de que yo hubiera imaginado cosas que él no podía ver, procuraba un punto de equilibrio entre nosotros. Lo quería como a un hermano porque él era mi hermano. Pero obviando este hecho, lo que había era un gran vacío de ira). Yo estaba en lo alto de las escaleras, mirando a los hombres desde arriba, que seguían de cara al río y a los árboles, quietos —o eso me parecía a mí— en absoluto silencio. Podía ver el río —profundo, oscuro— y las colinas alzándose sobre Ossining. Se trataba de una hermosa panorámica y tuve la sensación, mientras estaba allí de pie, que aquella vista suponía una traición a Haverstraw, un pueblo mustio, con las tiendas cerradas a cal y canto y calles interminables que —bajo la luz adecuada y observadas de refilón— resultaban tan desoladoras y tristes y bellas como un lienzo de Hopper. Los lugareños poseían esa peculiar soledad que él sabía capturar tan bien, alejados unos de otros y con la mirada puesta en algún futuro lejano que, seguramente, no llegaría jamás. Ya había escrito antes sobre este pueblo, de una forma u otra, y sabía que si vertía demasiado de mí mismo en el relato acabaría convirtiéndose en algo sentimental, pero me resultaba difícil contemplar un paisaje y no proyectar un sentido vestal, una obligación para con la esperanza que no provenía de la gente —casi todo el mundo había tirado ya la toalla—, sino de la grandeza de Los calados que decoraban la parte superior de muchas casas, de la amplitud de los porches que parecían estar esperando cálidas tardes de verano y transeúntes sin nada que hacer salvo asentir con la cabeza y saludar. Pero la cosa no acababa ahí, faltaría más, porque el río, que se extendía más allá de los hombres, más allá de los árboles, no tenía más remedio que representar el flujo constante y eterno del tiempo y, a pesar de todo, seguía siendo lo que era y no podía ser otra cosa salvo un tentáculo más del mar, con un cauce lo suficientemente profundo para permitir que las mareas salobres subiesen y bajasen día tras día, llegando hasta el parque de Battery —donde, años atrás, las torres se desplomaron y el polvo se levantó— y, siguiendo el mismo curso, hasta la casa de mi hermano, donde, aquel día, nos fumamos un cigarrillo en el jardín mientras charlábamos y le echábamos un ojo a los crios. Creo que ése fue el día en que mi hermano comenzó su declive. Pero, por supuesto, nunca lo sabré a ciencia cierta. Tal vez encajase bien en el contexto. Tal vez sería una buena manera de establecer una cronología en el relato. La cuestión es que yo estaba en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo, y alcancé a ver una parte del río, más allá de los árboles, que los hombres no podían ver. Y supe que en cuestión de uno o dos minutos la quietud se acabaría y mi hermano se daría la vuelta y cruzaría el aparcamiento y se plantaría delante de mí, demacrado, cetrino, pero un poco más fuerte que la última vez, y me contaría todas las cosas que ha perdido en Los últimos años —su esposa, su casa, sus hijos, su perro— y, entonces, yo le diría que se anduviese con ojo y que no comparase su pérdida con la de los demás. Le daría ese consejito y, Luego, me despegaría de él durante unos segundos para tratar de ver su mundo desde un ángulo más amplio.

Cinco hombres fumando en el aparcamiento de una casa de acogida, cuatro días antes de Navidad, cuarenta kilómetros al norte de la ciudad de Nueva York, en un pueblo que en su día lideró la producción mundial de Ladrillo.

EL CAUDALOSO SHANNON

—Que yo recuerde, el dolor me empezó en las caderas y luego se fue a las lumbares, y de ahí, a los hombros y, después, al cuello, aunque Los hombros siguieron doliéndome. Luego (y, una vez más, estoy haciendo lo posible por acordarme) volvió a las caderas y también medio fuerte en los hombros. Eso fue una semana después o así, y luego me bajó a los talones, aunque las caderas, el cuello y los hombros no dejaron de dolerme. Las falanges del pie no me dolían, como me había pasado antes, ni la fascia plantar, que me había dado problemas por correr; lo que me dolían eran los dos talones —dije.

Posteriormente observé cómo el doctor Zuck —delgado y de aspecto ágil, seguramente también salía a correr— se inclinó de nuevo hacia delante, deslizó el dedo por el negativo y volvió a examinar la radiografía de mi cuello, Yo ya se lo había contado todo antes. Estábamos empezando a dar vueltas en torno a un posible diagnóstico. Seguro que los dos nos dimos cuenta, lo supe por su forma de asentir con la cabeza. Después, se llevó el dedo a la barbilla. Era la tercera vez que iba a su consulta, me había mandado un análisis de sangre. Mantuvo el dedo en la barbilla y se giró, mirando por la ventana mientras hablaba con voz condescendiente para explicarme, de nuevo, que ese dolor recurrente que iba migrando de un punto a otro podía ser indicativo de diferentes enfermedades, desde fibromialgia hasta la enfermedad de Lyme —«esta última bastante improbable, ya que ha dado doble negativo en el inmunoblot», dijo—, e incluso, de ciertos tipos de cáncer.

—Francamente —continuó—, el cáncer es también improbable. Pero, por supuesto, no se puede descartar. Con respecto al diagnóstico diferencial, aún no estoy preparado para emitir uno.

Y luego empezó a hablar en términos generales mientras su rostro permanecía inmóvil porque era el tipo de médico que adoptaba poses muy eruditas que se disolvían al momento haciéndole parecer absurdamente joven.

—Bueno —dijo—, estamos empezando a dar vueltas sobre lo mismo, por lo que me inclino a pensar (aunque ciertamente necesitamos más análisis de sangre) que el origen de todo esté en sus niveles de estrés; es muy posible que algunas de estas dolencias musculoesqueléticas, a juzgar por lo que sabemos hasta el momento, están relacionadas con su vida emocional —concluyó.

Seguidamente me pidió que me tumbase bocarriba en la camilla (me entró frío y me sentí vulnerable, allí, en ropa interior, delante de un enorme ventanal, viendo cómo mi propio reflejo me devolvía, como era de esperar, la imagen de un hombre rudo, anchote de hombros, que hacía lo imposible por disimular su inminente entrada a la mediana edad mientras una barcaza le surcaba la barriga y los edificios del distrito de Fort Lee, en Nueva Jersey, le atravesaban el esternón), Me tumbé bocarriba en la camilla y el médico cogió un alfiler y me pinchó los dedos de los pies

(ligero picor), las rodillas (ligero picor) y el tobillo (picor agudo, punzante); después, La espinilla (aguijonazo). A cada pinchazo, tomaba aire por la nariz, se aclaraba la garganta como si fuese a hablar y un leve cacareo de aire salía de su boca al tiempo que se oía el siseo de los conductos de ventilación del techo y, a través del cristal, el pitido solitario del remolcador que empujaba a la barcaza, un sonido familiar que me transportó, siguiendo el curso del río, a mi casa. A medida que el sonido se fue extinguiendo hasta hacerse prácticamente inaudible, entró en escena el rumor del tráfico de la autopista West Side y, abriéndose paso a través de éste, el esponjoso y suave traqueteo de mi corazón consumiéndome la vida.

No quería admitir que, de una forma u otra, mi «dolor migratorio», que es como se llamaba, guardase relación con la situación que tenía en casa, no sólo con Sharon —que en ese momento estaba en pleno *affaire* con un compañero del trabajo—, sino también con mi propia historia con Marie, que por aquel entonces era mi amante, pero también, en el fondo, una «respuesta reactiva», como señaló la doctora Haywood más adelante. No estoy seguro, pero ahora creo que en la consulta del doctor Zuck, justo después de pincharme en la espinilla, tuve un momento de clarividencia. Ese joven doctor no sería capaz de determinar el origen de mi dolor, y yo tendría que ir a especialistas de la Clínica Mayo —dentro, un hervidero de actividad clínica; fuera, el denso calor del verano encendiendo el cielo de Minnesota—, y, más adelante, a la Cleveland Clinic, con ese equipo médico tan provinciano. No estoy diciendo que tras cada pinchazo supiese un poco más de lo que iba a suceder, pero, ahí tumbado, haciendo muecas de dolor cuando el médico traspasó las espinillas, yo —ahora que lo pienso— era consciente de que mi condición física, mi dolor, me estaba arrancando el cuerpo de la mente.

Incluso allí, tumbado sobre esa sábana arrugada de papel, con gotitas de sudor en la ceja, escuchando la respiración del doctor Zuck mientras la luz de fuera se desvanecía y la de dentro —fluorescente y chillona— atosigaba al cristal, tuve la impresión de que fuera lo que fuese lo que estuviera ocurriéndole a mi cuerpo, al final guardaría de algún modo relación con las realidades extremadamente tangibles de mi vida —mi hijo, la casa, el jardín—, mientras que éstas, a su vez, estarían conectadas con las sensaciones vagas y nebulosas que rodean al amor, el deseo, la soledad, la necesidad. Entonces, cuando me puse de pie (tal y como me pidió el médico) sobre la fría baldosa, y traté de tocar el suelo con las manos —con el doctor Zuck detrás, observándome y pidiéndome que pusiese las rodillas rectas—, me sentí expuesto, pequeño, frágil, como un molusco blandengue y viscoso desprovisto de su concha dura y, durante un segundo, mientras intentaba alcanzar el suelo con las manos, fui plenamente consciente del suplicio que iba a experimentar en los próximos meses, episodios de dolor intenso y visitas a diferentes eminencias médicas hasta que, finalmente, la historia de mi dolor —tal y como lo describiría la doctora Haywood— habría de converger con la historia de mi relación con Sharon y con nuestra indefectible destrucción simultánea en forma de dos infidelidades paralelas, a pesar de que, incluso ahora, años después, me cueste repartir la culpa de forma equitativa porque sigo estando seguro —gracias a la ventaja que otorga ver las cosas en retrospectiva— de que Sharon fue la primera en traicionarme, la primera en desviarse del sendero de nuestra relación, como quien dice, y yo le respondí de idéntica forma; si bien, debo admitir —y lo hago de buen grado— que, puesto que lo estoy contando desde mi punto de vista, todas estas cuestiones inmoraes fueron, en última instancia, responsabilidad mía.

* * *

Marie era profesora de español en el colegio de Gunner, Nuestra historia empezó, creo, en una reunión de padres y profesores, cuando se inclinó sobre el escritorio y habló con delicadeza sobre los avances de Gunner.

—Es un chico muy amable y con un talento inusual para su edad, es capaz de ser respetuoso la mayor parte del tiempo y de actuar como mediador [usó la palabra «mediador», estoy seguro] cuando surgen conflictos [usó el verbo «surgir»] entre otros chavales. Un chico estupendo — añadió.

Y entonces me miró fijamente mientras su pelo, profusamente rizado, se agitó y le cubrió parcialmente el rostro, que, en ese momento (yo sentí un instinto paternal de apartárselo), pareció radiante y joven. Extendidas sobre la mesa, sus manos, de dedos Largos y profesionales, se hallaban en perfecta quietud. No había indicio alguno de flirteo, ni siquiera de carga erótica. Aquello permaneció, ahora Lo veo, latente en el propio edificio, bajo las pálidas placas del falso techo, entre las deslucidas paredes de hormigón gris azulado y la ventana situada detrás de su mesa enmarcando un trozo de la pista de atletismo, con Líneas de tiza pintadas, ahogada en el crepúsculo primaveral. Ninguno se sintió atraído por el otro, pero entonces, varias semanas después, en el parque estatal Hook Mountain, estaba yo sentado en mi coche, Leyendo el periódico y fumándome un puro, y la Llamé cuando la vi pasar corriendo, enfundada en unas mallas apretadas, con las cejas cubiertas de motitas de sudor y el pelo recogido en una cola. Siguió corriendo un poco hasta que se acercó para intercambiar muestras de urbanidad.

—Hola, señorita Lorca.

—Hola, padre de Gunner.

(Plenamente consciente del código de conducta pública entre profesores y padres, a partir de ese momento evité hacer mención a Gunner).

Al mirar atrás, creo que una de las cosas que dio pie a nuestra relación fue el hecho de que ella se percató de mi voluntad de pasar el tema por alto, junto con el hecho de que yo me percaté de que ella se había percatado, lo cual alimentó una voluntad mutua por mantener los dos ruedos separados, abriéndose una gloriosa tierra de nadie, un espacio puro, independiente y salvaje. Le pregunté si salía mucho a correr y la oí decir que se estaba preparando para la media maratón de Central Park. Le di algún que otro consejo:

—Ponte a subir cuestas cada dos días, corre cuesta arriba hacia atrás para fortalecer la espalda, luego hacia delante cuesta abajo. Haz esprints cortos para que las piernas se acostumbren al ejercicio anaeróbico y al final puedas meterle caña. No salgas demasiado rápido. Seguro que te dan ganas de empezar fuerte y pegarte al grupo grande en el primer kilómetro —es posible que dijese—, pero es mejor que te quedes atrás, que pases desapercibida, intentando evaluar lo que puedes y no puedes hacer a Largo plazo, mira los tiempos que haces en el primer kilómetro y vence el impulso de dejarte llevar, por Dios bendito, porque a casi todos les dará un subidón de adrenalina y saldrán mucho más rápido de lo que pueden, menos la élite, claro, y si eres capaz de reservarte, luego seguro que alcanzas a muchos de Los que te adelantaron al principio, y te parecerán un hatajo de imbéciles dando tumbos, y tú no cabrás en ti de gozo, te lo digo yo.

Después le hablé de la carga de carbohidratos y del modo en que me sentí cuando lideré la maratón de Cleveland durante algo más de un kilómetro y medio, alejado de la manada, sintiendo detrás de mí la terrible lucha de la humanidad al tiempo que un vacío se abría ante mis ojos, un bolsa de silencio —una ciudad prístina, expuesta a Los vientos, vaciada de tráfico para mí, joder,

única y exclusivamente para mí— en la que me zambullí como si estuviese rompiendo la barrera del sonido.

—Es una sensación que no te abandona jamás —dije—. La llevas contigo el resto de tu vida, la deseas cada minuto de tu existencia —dije, o eso creo.

Dejó de correr y puso el antebrazo sobre la ventanilla del coche. Parecía haber un brillo de preocupación en sus ojos, y al verlo recordé que en la reunión de padres y profesores, Sharon había sido inusualmente respetuosa con ella, reservada y fría, y se había mantenido derecha en la silla como si estuviese frente a la presencia de un adversario. Ahora entiendo que la rigidez de sus hombros llevaba semanas formándose. En otras palabras, el ímpetu con el que Sharon iba de profesor en profesor aquella noche —apurando nuestros quince minutos, escuchando los comentarios positivos y negativos, mirando detenidamente las hojas de evaluación— era una manifestación de su incomodidad por verse atrapada conmigo las noches que sucedieron a las tardes en las que había estado paseando con su amante, cogidos de la mano, envueltos en el aroma de la primavera y el frío olor de los muros de piedra del lado oriental de Central Park. Cuento todo esto porque, cuando Marie se inclinó para escuchar mis consejos sobre correr maratones, con su maravilloso pelo empapado alrededor de las mejillas, creo que no sólo estaba respondiendo a mis palabras, sino también a la vibración de traición que había percibido en Sharon durante la reunión de padres y profesores.

Desde aquel momento en el Hook Mountain hasta el momento en el dormitorio, inmersos en la calma poscoital —cuando nos llegó el sonido de la driza de un velero (de origen misterioso) que alguien había anclado a unos veinte metros de la orilla del río—, todo pareció moverse con alborozo y presteza. Las historias de las batallitas en clase —niños que se hurgaban las narices y niños con aliento a vómito, niños que eran un pedazo de pan y otros que eran unos abusones, quejicas y moralistas, confiados y cínicos, rubios y pecosos, cobardicas y bravucones, niños que se comían los mocos y niños que mordisqueaban Lápices— se unieron a su tatuaje en el ombligo, a su grito orgásmico, al pliegue de su culo, a su mirada endorreica, a nuestros cadenciosos gritos al unísono, a los gruñidos de dolor y de placer y a la extraña deformación del tiempo (no se podría describir de otra manera) que yo percibía cuando ella se escapaba durante el descanso para almorzar —que empalmaba con la hora de planificación docente que tenía justo después— y se quedaba detrás de La puerta, golpeándola con el puño (una formalidad adorable, ¿por qué no iba a admitirlo), esperando; y yo, dentro de la casa, vigilando la calle por si alguien pasaba en ese momento. Todo parecía reducirse a ese luminoso instante antes de que cruzase el umbral de la casa. Tras ella, los árboles de la calle cedían al calor del día, Dentro de mi casa, además de la culpa y el miedo esperables dadas las circunstancias, también obtenía la misma percepción siniestra de mí mismo que habría de experimentar dos años después, en el cóctel anual de fin de año, junto a la ventana, observando la calle cruda e Invernal, mientras, a mis espaldas, el repique de los hielos agitándose en una coctelera atravesaba el clamor conversacional como un cometa, y yo seguí allí, mirando por la ventana, durante un lapso de tiempo más largo del protocolario y percibí, detrás de mí, la fiesta —de la cual yo era anfitrión— a la espera de mi regreso.

Otro hombre que se queda mirando por la ventana, sintiendo cómo el peso de sus obligaciones lo precipita a una soledad que era casi, pero no del todo, incomprensible. Y ahí no queda la cosa, Cuando yo era un mico —si, un mico— de nueve años, estaba un día junto a la ventana, en la habitación de arriba de la casa de mi abuelo, en Michigan, con la nariz pegada al cristal, mirando hacia la calle gris, y tuve exactamente la misma sensación, de una forma más pueril, cuando

escuché cómo de abajo Llegaba —atravesando el suelo de madera y la alfombra de lana gris— el murmullo de una partida de bridge que se estaba jugando en el zaguán (como lo llamaba la abuela), sobre mesas plegables, y me sentí separado por completo de la realidad terrenal y, al mismo tiempo, enredado eróticamente en ella. Y ahí no queda la cosa. Sentí esa misma sensación cuando, durante una especie de segunda luna de miel en Irlanda, en el cabo Mizen, en un extremo de La isla, el punto más cercano a Estados Unidos al que pudimos ir, mientras a nuestras espaldas el viento azotaba el faro de Fastnet —una migaja de ingenuidad humana sobre un peñasco en mitad de un mar impetuoso—, Sharon y yo nos abrazamos, como en un arrebató de desconsuelo, y mi mirada se perdió más allá del mar, en la lejanía, en algún Lugar remoto, y advertí que nos sentíamos solos y acompañados al mismo tiempo durante unos segundos, sólo unos segundos, a la vez que el pelo de Sharon, con ese olor dulzón que le dejaba el champú que se había comprado en París, se enredaba entre mis labios, Y ahí no queda La cosa. Años más tarde, cuando Gunner se hizo mayor y se independizó y volvimos a Irlanda con motivo de lo que podría denominarse nuestra «tercera luna de miel» (aunque también fuimos a visitar a la madre de Sharon, que vive en Tralee) en un lugar llamado Carrickon—Shannon, fuimos paseando desde la estación de tren —tras volver de una escapada a Dublín— hasta al centro. Era un día caluroso y soleado, Sharon y yo estábamos contentos de estar viajando de nuevo, arrastrando las maletas por la acera. «El largo y caudaloso Shannon», dijo uno de los dos al llegar al puente y ver el río, que no era pequeño, pero tampoco grande en comparación con el Hudson. Nos sentamos y nos quedamos mirando el río mientras, en La orilla, los botes de remo de competición se secaban al sol, y se oían los golpes de raqueta provenientes de una pista de tenis pública, y el estrecho río se filtraba, limpio y brillante, por entre Los fríos y antiguos arco del puente y, entonces, justo entonces, empezamos —porque Los dos estábamos pensando en lo mismo— a reír, los dos a la vez, su leve temblor seguido de una carcajada expulsada por mi propia garganta a modo de respuesta, hasta que acabamos muriéndonos de la risa. «Aquí estáis», parecía estar diciendo la risa, «con un Largo pasado a cuestras, con todos esos años a vuestras espaldas, después de haber sacado a un hijo adelante, después de haberla cagado incontables veces, aquí estáis los dos, riendo juntos en una país cuya táctica de supervivencia colectiva consiste en transformar el dolor en lenguaje, en bromear delante de una pinta de Guinness con el cinismo que confiere el hecho de no tener ningún recurso salvo convertir una cruda realidad —hambruna y subyugación a una autoridad lejana— en un chiste a costa —aunque sólo en apariencia— de la propia identidad nacional».

* * *

Aquella tarde —era mediados de julio y Los días soleados se sucedían uno tras otro, el césped estaba seco, el nivel del río había descendido dejando a la vista una franja más clara en el muro situado al fondo de Los terrenos de nuestra casa—justo antes de que Marie cruzase el umbral de la puerta y se refugiase en mis brazos, tuve una premonición. No estoy diciendo que pudiese ver más allá del abismo temporal en un sentido profético ni nada por el estilo, pero estoy bastante seguro de que supe Lo que estaba por venir al sentir la punzada en el cuello, o el pinchazo en la cadera, o tal vez el cosquilleo eléctrico en el reverso de las muñecas. A esas alturas yo ya tenía la sospecha de que Sharon estaba teniendo una aventura, una sospecha alimentada por un único incidente. (Nada de horquillas en el baño ni de pelos en la almohada, ningún olor a colonia desconocida en sus vestidos, ninguna tensión física extraña, aunque aquel verano estuvo algo

distante y la mayoría de nuestras conversaciones habían tenido que ver, de una u otra forma, con Gunner. Habíamos encontrado la forma de taparlo todo con sus necesidades: La furia de nuestro galope parental cual nube indeterminada de electrones orbitando alrededor de un núcleo, una cáscara creada a partir del paroxismo de nuestras preocupaciones. A menudo nos preocupaba el hecho de que nos preocupásemos más de la cuenta y de que, en cierto modo, estuviésemos interfiriendo en las leyes físicas naturales. Queríamos evitar a toda costa educarlo desde una atalaya, estar todo el día detrás de él, ser unos «padres helicóptero»). Una tarde, mi móvil empezó a gorjear y apareció el nombre de Sharon en la pantalla y, al responder, oí nítidamente que tenía el móvil en el bolso y que había marcado mi número sin querer, se había abierto un portal accidental. Sentí —desde mi rincón clandestino mientras observaba el río con el móvil en la oreja— mi cara dentro de su bolso, pegada al monedero. Olí el cuero y percibí los elaborados ornamentos arabescos. Sentí cómo me rozaba la oreja. Pude distinguir, a lo lejos, la voz de un hombre, así como el eco amortiguado de una conversación, acompañado de pisadas, y no me cupo duda de que estaba paseando con alguien por Manhattan. El ajetreo comercial y el parón del mediodía saturaban el aire. (Tiempo después supuse que estarían paseando cerca del apartamento de él, en la esquina de la avenida 81 con Lexington, o por Central Park, o tal vez estarían sentados en las escaleras de la entrada del Museo Metropolitano de Arte, cogidos de las manos, charlando tan a gusto, totalmente ajenos al hecho de que yo, cincuenta kilómetros al norte, estaba dentro de su bolso, escuchando). Pude oír el tono alborozado de su conversación, una colisión de voces —creo— y, entonces, de repente, la irrupción de un sonido claro y puro y prolongado atravesando el tamiz digital de mi teléfono. Se trataba de su expresión de delectación más elevada. Lo supe nada más oírla. Era esa risita que Le salía —estoy seguro, lo juro— sólo en respuesta a enunciados de carácter íntimo, muy íntimo. Me quedé allí escuchando hasta que el sonido se desvaneció y, finalmente, la impotencia se apoderó de mí y grité:

—¡Oye, oye, que estoy en tu bolso, Sharon, que estoy aquí, en tu puto bolso!

Incluso ahora, años después, me avergüenzo por haberme inmiscuido de esa forma en aquel momento de su vida. Fue como si me hubiese metido dentro de su cara durante un momento y hubiese mirado a través de la reluciente bruma sanguínea de sus párpados.

Mucho, mucho tiempo después, la vergüenza que sentí al oír la conversación desde su bolso —originada por el hecho de haber creado inintencionadamente un vínculo entre mi mundo, junto a la ventana observando el río, y el mundo de Sharon, en algún lugar del East Side, paseando y hablando con alguien— se sumó a la vergüenza que sentí cuando me contó que solía escaparse con él durante el almuerzo, paseaban por Madison Avenue., llegaban al edificio Flatiron y seguían por la Quinta Avenida, se iban todo lo lejos que podían en ese espacio de tiempo; me contó que durante aquellos paseos, las charlas insustanciales y de índole profesional se fueron volviendo más profundas, más serias, más íntimas, más afectuosas, se convirtieron en un intercambio de información privada, al tiempo que entre las palabras, entre las frases y entre las confesiones empezó a abrirse un hueco a través del cual se coló el amor. (Al menos, así es como yo lo veo). Mientras yo me hacía mis cébalas, ellos sentían esa sensación neoyorquina de clandestinidad y aislamiento caminando por Madison Avenue, siguiendo un leve descenso —[una colina, una colina en Manhattan!—, apartando la vista todo lo que podían del vaivén de cabezas. Los amantes llevan la mirada al horizonte mientras pasean cogidos de la mano, supongo. Los amantes aguzan la vista como queriendo encontrarle cobijo al corazón. La neblina violeta, arbórea del parque, La acera obnubilada por el museo. De nuevo, el aroma del parque confundiéndose con la humedad de las

paredes y el cálido olor del pavimento. Luego los imaginé bajando un corto tramo de escaleras de cemento para entrar a un restaurante subterráneo, agarrándose a una barandilla de hierro forjado, Un pequeño bistró francés ideal para almuerzos furtivos. Los imaginé allí, juntos, al abrigo de esa maravillosa sensación de incógnito, por debajo del nivel de la calle, entre el murmullo de las mesas de alrededor. Nunca llegué a saberlo con certeza, pero estoy seguro de que él era el típico tiquismiquis que se limpiaba refinadamente la barbilla o el labio superior con la servilleta. De forma inconsciente y obsesiva, un hábito derivado del difuso recuerdo de un mostacho universitario cuyo rastro se extinguió mucho tiempo atrás. Imaginé que sería alto y formal, de barbilla estrecha y ojos grandes de color jade. Debía de ser un tipo íntegro, chapado a la antigua, y seguramente vestía trajes a medida, ajustados por los hombros, de modo que cuando cambiaba de postura, cosa que rara vez hacía, se oía el crujido almidonado de sus camisas. Lo único que llegué a saber realmente de él, y lo único que sabré jamás, es que era un tipo íntegro, tremendamente considerado, y que, de algún modo —en aquel momento concreto, en aquellas circunstancias concretas— consiguió que mi mujer se sintiese atraída por él, y mi mujer a su vez consiguió que él se sintiese atraído por ella, y durante varios meses estuvieron resolviendo juntos un rompecabezas parecido al del amor, aunque ella me dijo después, una y otra vez, una y otra vez, que no era amor verdadero, sino «un simple deseo sexual motivado por. por, bueno, ya sabes por qué», decía, porque yo también le había explicado que lo mío con Marie no fue amor (aunque sí que lo fue), que ella simplemente suplió una necesidad de algo que yo no sabía determinar con claridad y lo único que atinaba a decir —y Lo dije una y otra vez, una y otra vez— es que, fuera lo que fuese, «se materializó en su dulce respuesta a mi dolor». (Ella estaba sola, yo estaba solo, ¿Qué otra cosa puedo decir? Yo estaba sufriendo, ella me alivió. «Nos consumimos mutuamente en una soledad mutua», dije, o eso creo). Incluso ahora, cuando intento imaginar al amante de Sharon, veo sus dedos, ágiles y finos, con vello castaño en los nudillos, pellizcando sutilmente la servilleta por un punto y Llevándosela con delicadeza a Los Labios, Veo una dignidad desaborida, zapatos brillantados con esmero militar, y una concepción «made In Chicago» (porque él era de Chicago) con respecto al valor de cambio fundamentada en la relación entre la periferia y la ciudad. Aún imagino un viento de pradera desordenando su pelo cortado a navaja y poniendo en evidencia su cuero cabelludo. Veo a Sharon desordenándole el pelo con las manos de la misma forma en que solía desordenárselo a Gunner. Y de la misma manera, imagino que ella imagina a Maris ocupándose de mí tras un ataque de dolor —porque eran ataques en toda regla— antes o después de una de nuestras citas, Imaginé, y todavía imagino, que ella imaginó, y todavía imagina, a Marie, con su piel morena y sus largos dedos, como solícita profesora que era, tocando suavemente Los sitios que yo le decía que me dolían, o poniendo la palma de la mano entre mis escápulas y frotando vigorosamente, tal y como yo le pedía. Imaginé que Sharon imaginaba, y que todavía imagina, a una mujer con un poco de acento extranjero citando a García Lorca, diciendo: «No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie»,³ en bragas junto a la ventana, con la luz del sol acariciándole los labios, sabiendo que yo la estaba mirando y que estaba obteniendo, al estar allí, esa sensación de autoconsciencia que se retroalimentaba de mi esperanza de que ella lo supiese.

* * *

Aquella tarde, en la puerta, con Marie esperando ceremoniosamente varios segundos al otro Lado del umbral a que yo Le indicase formalmente que pasase dentro, prolongando la tensión en su

vestido amarillo y en sus hombros desnudos y pecosos por puro placer —ya me vale, joder—, le hice señas con las manos entumecidas para que entrase y eché una mirada afuera con el fin de asegurarme de que no había nadie y, en efecto, sólo el canto de las chicharras retumbaba en la calle vacía y silenciosa. El mundo exterior estaba tranquilo y el mundo interior estaba tranquilo y, entonces, tuvo lugar —antes de que yo cerrase la puerta y nos quedásemos los dos en el vestíbulo—, un momento similar a los mencionados anteriormente con Sharon. Ahora lo recuerdo, justo antes de que se cerrase la puerta, la luz estival se convirtió en astillas que intentaron colarse por los burletes antes de ser absorbidas y desaparecer, y entonces nos quedamos solos los dos, de pie, bajo el aire acondicionado, con los pies calladitos sobre los fríos azulejos del vestíbulo, mientras nos acercábamos el uno al otro y el hormigueo de mis manos migró a Los codos, y Luego a las escápulas, un presagio de lo que estaba por venir: tuve otro ataque, uno más de tantos. De inmediato ella acudió en mi ayuda y yo le fui diciendo: «Más arriba, más abajo, con la palma, más a la izquierda, un poco más a la izquierda, justo ahí, sí, sí, ahí, ahí, perfecto». Y aunque seguramente el dolor persistió —porque siempre persistía—, yo solté un largo gemido e hice el numerito de «ya estoy mejor», me enderecé y me puse los pantalones. Después le ofrecí una taza de café o de té y nos sentamos tranquilamente en la cocina o en el jardín mientras ella hablaba con amor y exultación sobre sus alumnos y yo la imaginaba moviéndose de forma seductora entre el olor a polvo de tiza, los suelos brillantados bajo sus tacones, el arrastrar de las sillas. Luego dijo que se Le estaba haciendo tarde, me besó y se fue.

El penúltimo día —ahora que lo pienso, el punto temporal a partir del cual el resto de mi vida con Sharon se torció o, más bien, se plegó, de modo que todo lo que aconteció después de aquella tarde pareció conducirnos hasta el día en que Sharon me confesó, admitió que sí, que había estado viendo a X, pero que había terminado con él, lo había dejado ir, eso fue lo que dijo—, aquel día, Marie estaba sentada en la silla de hierro forjado del jardín, mirándose en un espejo de bolso, pintándose los labios mientras decía:

—Mira, yo no tengo madera de niñera. Sinceramente, no creo que valga para eso.

—Pero si se te da muy bien, se te da genial. Gracias a ti me siento mejor. Si sirve de algo, dejaré de quejarme tanto. Me guardaré el dolor para mí —dije.

Cerró el espejo de golpe, me miró y dijo:

—No soy enfermera. No lo llevo en la sangre. Mi madre sí lo llevaba en la sangre hasta que conoció a mi padre. Cuando conoció a mi padre, ella era enfermera en un pequeño pueblo llamado Carboneras. Trabajaba para el único médico del pueblo hasta que mi padre la convirtió en su enfermera particular, no sé si me entiendes.

—No sé a qué te refieres —dije.

Entonces ella me explicó que algunos hombres necesitan atención constante.

—Yo no soy ese tipo de mujer que se pasa el día cuidando de Los demás —dijo.

Luego me siguió contando que su padre se había lesionado en un accidente de pesca, en la costa de Almería. Dijo no sé qué de una manivela, un cabo, los dedos y un hombro dislocado. Fui a un extremo del jardín y me quedé mirando, mientras, detrás de mí, sobre la colina, la cánicula nos acechaba.

—Qué mala suerte, ¿no? —dije.

—Pues sí, la verdad es que sí —respondió.

A menudo me quejaba de algún dolor para que ella me tocara, guiándole la mano a ciertos lugares, pero aquel día de julio, tras soltarnos del abrazo, sudando levemente, se me agarrotó la

espalda y, un segundo después, al mover las piernas y tratar de levantarme, me dio un espasmo en todo el cuerpo. Llegué a ponerme de pie y a estirarme, hice un movimiento de natación con las manos, burlando el dolor todo lo que pude.

—Es un punzadita de nada —dije.

—Pues no quiero ni pensar cómo será una punzada fuerte —respondió.

Varios minutos después la acompañé a la puerta principal y eché un vistazo fuera para asegurarme de que la costa estuviese despejada. Nada salvo los árboles de la calle arrojando charcos de sombra, Nada salvo una calle silenciosa. Dentro, con la puerta abierta, nos abrazamos una última vez y, entonces, la vi alejarse por la acera a paso ligero. Una ráfaga de aire acondicionado me dio una colleja y se escapó fuera de casa. «¡Lay un aire cómplice y acusatorio en el día de hoy!», creo que pensé al verla marcharse, y me parece ahora que el modo en que los árboles temblaron de repente y se movieron, y el modo en que, varios minutos después, en la cocina —con una taza de café y metiéndome oxicodona por un tubo, pensando en las citas venideras con el doctor Zuck, intentando recordar el camino exacto que había seguido el dolor—, el cielo se ensombreció y las superficie del río —la cual solía mirar obsesivamente, si, lo admito — se convirtió en estuco al roce con el viento, y algo en todo aquello me dijo que Sharon y yo acabaríamos en la avenida Madison, en la consulta de algún loquero (y así fue), probablemente de una mujer sorprendentemente joven con el hábito de darse pellizquitos en el lóbulo mientras me escuchaba explicar que el dolor físico había sido lo que me llevó a tener una historia con Marie.

—El dolor necesitaba una cuidadora, cierto tipo de contacto. Ella era buena con el dolor —supuse que diría yo, y eso fue lo que dije.

—Eso no te lo crees ni tú. Lo que pasa es que estás todo el día quejándote y no hay mujer que aguante eso. Has sido un quejica desde el principio. Recuerdo cuando te torciste el tobillo en Greenwich Street. Cuando te jodiste la rodilla en Claremont Avenue. Y el tobillo en la pista de hielo de Rockefeller. Los isquiotibiales en Michigan. Sin olvidarnos de la cadera (una fractura por sobrecarga, creo) en Vermont. Mejor no entro en eso porque, bueno... Total, que has verbalizado cada puto dolorcito de mierda, Por Dios bendito, es que no tienes fin —supuse que diría Sharon y, de hecho, eso fue lo que dijo.

—No estoy diciendo que, según el doctor Zuck, Los puntos de inflamación migratoria sean una reacción directa a tu traición de Los votos matrimoniales. Esa especulación es cosa mía, aunque tiene todo el sentido del mundo —argüiría yo en mi favor y, de hecho, mantendré esa defensa el resto de mi vida— que uno de los motivos por los que empecé con Marie, un factor crucial, fue el modo en que ella empatizó conmigo, sin juzgarme. Quiero decir, parecía importarle de verdad. Se le daba genial cuidarme. Incluso llegó a decirme una vez, y cito textualmente: «Tengo madera de niñera. Soy profesora de eso no cabe duda, pero también soy una niñera que te cagas». Fin de la cita, entonces, en la consulta de la psicoterapeuta habría, y hubo, una pausa leve, sutil.

* * *

—¡Y una mierda! —diría Sharon; dijo, de hecho—: ¡Eso no se lo cree ni tu abuela! Ninguna mujer es capaz de aguantar a un hombre quejarse tanto y dar tanto por culo al principio de una relación, ni siquiera si es un rollete esporádico. No le contaste nada del dolor porque no tuviste ningún dolor hasta mucho después de empezar a follártela.

Entonces la doctora Haywood alzó la mano con la palma abierta, como si estuviese empujando

algo, y se atusó el pelo y agitó levemente la cabeza de una forma que me resultó, una vez más, poco profesional. Entonces, a partir de ese momento, empezó a explicarnos su teoría sobre la necesidad de establecer una zona segura entre nuestras dos posturas, una especie de tierra de nadie en la que pudiésemos enarbolar una bandera blanca. Su voz se alzaba y se hundía en un intento por establecer un ambiente íntimo, haciendo lo posible por sonar receptiva a nuestro problema concreto. Nos dijo que Gunner tenía que ser nuestra prioridad, y que sin importar lo que hiciésemos o dijésemos, independientemente de lo que ocurriese, teníamos que asegurarnos de que él era lo primero y lo más importante para nosotros. Teníamos que crear una zona segura en la que poder izar banderas blancas. Eso es más o menos todo lo que recuerdo. Banderas blancas. Tierra de nadie. Zona segura, Gunner, prioridad absoluta. Y el modo en que un pañuelo de papel salió de la caja que había en su escritorio, una flor de O'Keeffe, pura, luminosa y solitaria.

—La madre que parió a la doctora Haywood, a la zona segura y a las banderitas blancas —le dije a Sharon meses después de aquella sesión, sentados en el jardín, hablando tranquilamente mientras nos tomábamos una copa.

La noche estaba cayendo. Estábamos a mediados de verano y había un Ligero olor salobre en el aire. El jardín estaba oscuro. Durante varios minutos nos dimos la mano sobre la mesa en medio de una calma anticipatoria gestada por años de convivencia, sabiendo en parte —y en parte no sabiendo— lo que el otro iba a decir. Yo hablé un poco más sobre la voz aflautada y nerviosa de la doctora Haywood y del modo en que levantaba la mano como un árbitro cada vez que quería que dejásemos de gritar. Entonces empezamos a reírnos, levemente al principio. Una risa ligera, vespertina y veraniega, (Y voy más lejos aún: si alguien se hubiese escondido detrás de los arbustos del lado norte del jardín, o detrás de uno de los pinos, o incluso en el parque estatal Thompsons, habría alcanzado a oír el matiz inmensamente íntimo e indulgente de esta risa que se originó en la garganta de Sharon, una serie de frágiles resoplidos seguidos de un único ladrido por mi parte a modo de respuesta y, a continuación, su trémula risa se unió medio segundo después a mi extraño «je ja, je ja» y, entre los dos, creamos un sonido conjunto que probablemente pudiese compararse —aunque tal vez ahora me esté pasando un poco— con un contrapunto de Bach: dos melodías entrelazándose en un movimiento helicoidal, girando alrededor de un vacío oscuro y celestial donde es posible que habite Dios —si es que existe—. Al oírlo, se podría haber intuido la historia que había detrás de aquella risa, porque ambos estábamos acordándonos del modo en que me caí en la consulta de la doctora Haywood tras un ataque de dolor en la espalda inusualmente repentino, la manera en que me puse a estirar y flexionar las piernas intentando aliviar el malestar, la forma en que rehusé cualquier tipo de ayuda y el modo en que —casi se podría haber oído prestando un poco de atención— dije: «Estoy perfectamente, no me duele nada, no me pasa nada». Y así, salí dando tumbos de la consulta atravesando el runrún de dos máquinas, bajé las escaleras y salí a Park Avenue. Aguzando lo bastante el oído, se podría haber percibido en nuestra risa el modo en que Sharon me alcanzó, cerca de Grand Central, y me hizo la cucharita por detrás en lo que, mucho después, parecería ser el primer indicio de ese tipo de travesuras que, con suerte, acaban convirtiéndose en el maravilloso resultado del perdón).

INSTRUCCIONES PARA UN FUNERAL

Querido Morrison: Como me pediste, he escrito varias ideas para una posible ceremonia conmemorativa. Lo firmaré todo ante notario por la mañana, un poco más tarde. La casa está en silencio. El río atrapa la luz del amanecer. No he pegado ojo en toda la noche.

* * *

Cuando lleguen los invitados, pon la interpretación de Glenn Gould de la suite francesa n.º 2 de Bach a un volumen lo suficientemente alto como para enmascarar el arrastre de pies y sillas; y si fuese primavera, el sonido de los pájaros; y si fuese principios de otoño y las ventanas estuviesen abiertas, el crujido de las hojas secas.

Incluye esta nota en el programa: «En los buenos tiempos, William Kenner experimentó la gloria de la existencia en la creación de frases, en la flexión de los dedos tecleando. Pasó demasiado tiempo imaginando a Gould junto a la orilla del lago, con las manos completamente metidas en los bolsillos, la cabeza inclinada hacia delante, bajo el imponente cielo canadiense. Pasó demasiado tiempo intentando relacionar la noción de “norte” que tenía Gould con su propia idea de “norte” como habitante de Michigan: ese frío que se colaba de pronto en Petoskey a mediados de verano y, concretamente, esa noche en que las pinas de los pinos se congelaron y se cayeron, haciendo retumbar el tejado de zinc del porche, adonde daba la ventana de su habitación».

Cuando todo el mundo esté sentado, pon «Like a Rolling Stone». E incluye esta nota en el programa: «En vida, Kenner dedicó demasiado tiempo a analizar las letras de Dylan; sin embargo, nunca llegó a averiguar quién era el mystery tramp, ese “vagabundo misterioso” del que habla la canción, aunque le gustaba imaginar que se trataba de alguien de la periferia, otro sociópata estadounidense más, tal vez. Había conocido a personajes así durante su propia infancia, los había visto desfilar delante de sus narices, llevándose a su hermana de noche, parando el coche junto al bordillo bajo la neblina veraniega de una farola». Todo el mundo debe quedarse sentado durante este fragmento musical del programa, incluido Don Philpot, el cual, si sigue vivo, se estará pellizcando nerviosamente la carne sobre el Labio superior donde, de adolescente, había tenido un bigote. Seguramente estará inquieto —quiero creer— porque estará pensando en el acuerdo de Newburgh. Es posible que también se acuerde de cuando fuimos los cuatro a Lancaster, Pensilvania, a una subasta de colchas amish, y empezamos a discutir sobre el papel de los observadores. Philpot decía que los hombres que se encargaban de la señalización estaban «manipulando intuitivamente el campo invisible de energía» —ésas fueron sus palabras exactas—

que se formaba en torno a cualquier tipo de interacción susceptible de conducir a una venta. «Si eres avisado —afirmó— puedes manipular este campo y hacer que te sea favorable en la puja».

Luego pon las versiones originales de «West End Blues» y de «St. James Infirmary» de Louis Armstrong (en total, seis minutos y treinta y un segundos). Llegados a este punto—presumiblemente—, Philpot habrá empezado a sudar a chorros y se estará limpiando la frente con su pañuelo, recolocando el culo en el asiento, pensando «tierra, trágame».

Por favor, apunta esto en el programa: «Kenner fue miembro del Comité de Ética Inmobiliaria del Estado de Nueva York y presidió el Comité para la Mejora Efectiva del Sector Inmobiliario. Trabajó incansablemente en pro de la justicia». Por el contrario, si estuviese claro que fue Sullivan quien me mató, por favor, pon esto otro: «Kenner le plantó cara al malvado— gánster— Sullivan, quien —en colaboración con un íntimo amigo— le dio la patada a Kenner y procedió a la construcción en unos terrenos de Newburgh del complejo Highland Estates. otra comunidad— dormitorio para trabajad o res de Manhattan que tenían que cruzar el puente todos los días para coger el tren en Beacon, cuando, si las cosas se hubiesen hecho a mi manera, podrían haber cogido el ferri que Kenner (yo) estaba en trámites de poner en marcha, pues ya había, en el momento de la puja —gracias a sus cuidadas conexiones con el estado recibido todos los permisos y certificados provisionales necesarios para desarrollar un servicio de alta velocidad entre Newburgh y Manhattan». La verdad es que Je di demasiadas vueltas no sólo a la comunidad— dormitorio que Philpot había construido, ese racimo de edificios insulsos, esas terrazas con barandillas anormalmente bajas (el muy capullo se había metido también en el bolsillo al inspector de construcciones de Newburgh), sino también a las vidas de aquellos que habitaban los apartamentos y tenían que ir a Manhattan y volver todos Los días, Levantándose al despuntar el alba, vistiéndose en silencio en la oscuridad para no despertar a sus mujeres, o maridos, andando como zombis por ese puente inmundo para coger el tren, todo el rato que tenían que estar allí metidos hasta llegar a Manhattan, y después, muchas horas más tarde, volviendo a casa en la oscuridad, excepto en verano, cuando el glorioso valle del Hudson, bañado por la cálida luz crepuscular, se burlaría de su servidumbre. En cambio, yo, gracias a mi buen hacer financiero y mi habilidad para intuir el volumen necesario que debían tener mis ideas para que destacasen entre la ruidosa maraña del mercado inmobiliario, había encontrado la forma de evitarle tal suerte a esos trabajadores. De la misma manera que Louis Armstrong, con su destreza para tocar alto sin desafinar, era capaz de proyectar su música más allá de las limitaciones del gramófono y, más adelante, de las interferencias monofónicas de la radiodifusión AM. Su trompeta atravesaba cualquier ruido de fondo, hacía lo que le venía en gana, alegre y enérgica.

Cuando acaben los temas de Armstrong, pide por favor un momento de silencio. Si Philpot sigue vivo y está entre los presentes —con gotitas de sudor en la ceja, moviendo nerviosamente sus largas piernas—, esta breve pausa se Le hará insoportable, y sentirá que Armstrong se está burlando de su incapacidad para realizar transacciones comerciales de una forma honesta.

Anota esto: Me gustaría que mi cuerpo estuviese a la vista, quiero llevar una camisa blanca e impecable, una corbata negra, pantalones oscuros, y mis zapatos italianos cosidos a mano, (Por favor, llévalos a que les pongan suelas nuevas). Me gustaría que la empresa funeraria se encargase de limpiarme bien la piel de debajo de la barbilla, que se me irrita después del afeitado, y de recortar me las cejas y los pelos de las orejas y la nariz. Por favor, inclina un poquito el ataúd para que sea imposible no ver mi cuerpo. Si tengo la cara desfigurada por algún acto violento —probablemente a manos de Sullivan, aunque también de Bob Hartwell, que me la tenía jurada por

el incidente de la tala de árboles, el conflicto por las lindes y los subsiguientes gastos de medición, y que desde 1991 o así no se comporta conmigo de una forma civilizada—, asegúrate de que me quiten las imperfecciones del cuello y el pequeño cráter que tengo en el párpado izquierdo, que me sigue molestando porque todavía me acuerdo del cauterizador que usó el dermatólogo, del inesperado brote de dolor y del olor a carne quemada. Incluso si mi cara fuese un cuadro cubista, por favor, muéstrasela a los invitados, da igual. Por favor, pon una nota en el programa, o haz un anuncio después del momento de silencio:

«Era el deseo de William Kenner que todos y cada uno de ustedes viesen su rostro por última vez. Por favor, hagan lo humanamente posible por echar, al menos, un último vistazo. Incluso si su rostro los hace retorcerse de envidia (¡va por ti, Philpot!) por saber que tuvo a la archidiócesis de Nueva York en la palma de su mano cuando renegoció el usufructo de la carretera de acceso al asilo de las monjas, que más adelante recibió el apelativo cariñoso de “el convento” A Kenny le encantaban los terrenos donde se emplazaba ese hermoso prado de hierba meciéndose al viento que llegaba del río, tan sólo a cincuenta kilómetros al norte de Manhattan. Kenner había comprado el prado mucho antes de mudarse a la ciudad. Un día, él y Ann alquilaron un coche y salieron de la ciudad en busca de una casa de campo, un retiro de fin de semana, y cuando llegaron a aquel prado, con vistas a los imponentes acantilados de la frontera norte, se bajaron del coche, vadearon la hierba y echaron un polvazo de aquí te espero. Entonces, al salir, Kenner observó el cartel de «se vende» y compró la parcela que, años más tarde, en retrospectiva, habría de igualar los marcadores».

Una tarde, mientras almorzábamos, nos hicimos socios comerciales a la vieja usanza, un simple apretón de manos y una sonrisa bastaron para mostrar nuestra voluntad de cerrar futuros tratos. ¿Para qué íbamos a Armar un contrato teniendo la amistad y la confianza que teníamos? Tal vez recuerdes, Don (podría decir mi cadáver), que Ann y yo intentamos en varias ocasiones acercarnos amistosamente a ti y a Marie. Por ejemplo, cuando os invitamos a nuestra escapadita anual a Lancaster, a la subasta amish. Recordarás que por aquel entonces llevábamos la cuenta de las veces que cada pareja invitaba a cenar a la otra. Os debíamos tres invitaciones, pero imaginé que —a pesar de que erais unos agarrados— un viaje al país de los amish con todos los gastos pagados os parecería suficiente para compensar tres cenas preparadas por Marie. Supuse, y Ann también, que sabíais que aceptábamos ir a vuestras cenas por compasión.

Nota para Morrison —si estás vivo todavía y sigues siendo mi abogado cuando te llegue este documento— o para Comstock o Swinburne —en caso de que alguno de los dos haya ocupado el lugar de Morrison—, o para la persona de Morrison, Comstock en Swinburne que se encargue de gestionar este documento. A continuación enumero algunos puntos cruciales:

- Después de la crecida de la marea, del derrumbamiento de las terrazas y de las subsiguientes demandas, la traición de Don a mi persona con la ayuda de Sullivan debió de salirle cara y seguramente se tuvo que gastar una pasta gansa en honorarios legales.

- Una vez más, viéndolo en retrospectiva, nuestros marcadores estaban ya igualados, porque mucho antes del acuerdo de Newburgh yo ya le había metido un sablazo a la archidiócesis y, por tanto, a Roma y a la esposa supuestamente devota de Philpot (de devota tenía poco), la cual —según me contó Don una noche que subimos juntos a la cima del monte Hook—, con una majestuosidad propia de Oz, se veía a sí misma como una

sierva de Roma y, por ende, del Espíritu Santo, Es decir, al sablearle a la archidiócesis, que estaba decidida a construir el hospicio para monjas en esa finca, yo estaba sableándole en realidad a la esposa de Don, la cual tuvo que pagar un porcentaje de los ingresos de Don a la Iglesia y, en última instancia —en virtud de mi acuerdo con la Iglesia—, a mi.

- Yo simplemente hice lo mismo que habría hecho cualquier hombre de negocios que se precie de haber tenido la suerte de ser propietario de ese terrenito que la Iglesia quería para ofrecer una vivienda digna y segura a las monjas jubiladas, y encima con unas vistas preciosas. Yo no compré ese prado con intención de especular con él.

- Tras mi fallecimiento, me sentiré absuelto de toda culpa y, a pesar de todo, triste por la ruptura de una amistad.

- Mi intención, si es que no me mata Sullivan ni muero en extrañas circunstancias, es contarle una vez más a mi hijo la historia de la traición de Philpot a modo de lección sobre cómo la confianza y la amistad más sinceras pueden explotarse con el fin de obtener bienes materiales. Mi intención es decirle: «Siéntate un momento, hijo, no sé si te acuerdas de mi amigo Don Philpot, ese que venía a casa cuando eras pequeño». Mi idea es esperar hasta encontrarme en mi lecho de muerte y entonces contarle la historia de nuevo, aprovechando esa aura tan especial que te da el lecho de muerte y el bip de la máquina marcando el tempo. Le explicaré que mi amistad con él se remontaba a la infancia, cuando vivía en Michigan, antes de mudarme aquí, y le hablaré del día en que Don y yo estuvimos en el estanque Portage, dándole a un disco de hockey, y yo lo reté a patinar al filo de la ensenada, donde el arroyo se insertaba bajo la carretera, Don se cayó a través del pálido hielo azul, y yo me arrastré bocabajo sobre el hielo con ayuda del palo, abriendo las piernas para repartir el peso, y así conseguí guiarlo hasta la orilla, Luego le quité la ropa mojada, lo envolví en mi abrigo y lo llevé a mi coche, y allí lo abracé y lo mecí contra mi pecho para que entrase en calor. Le salvé la vida. Él me lo estuvo diciendo durante años. Me decía: «Te debo la vida, Kenner». Lo dijo aquel día mientras almorzábamos. Me dijo: «Aquella vez que estabas jugando con el chaval ese, Brent, en las vías del tren, le salvaste el pie, y luego, varios meses después, me salvaste la vida a mí. No está mal, ¿eh? La mayoría de nosotros nos daríamos por satisfechos con salvar un pie o una vida, y tú vas y salvas un pie y una vida, es que eres muy grande, tío», dijo. Y yo le dije: «Pero, Don, si no fue nada. Lo único que hice fue ayudarte a que te deslizaras sobre el hielo hasta llegar a la orilla, que tampoco estaba tan lejos». Le contaré a mi hijo que medio las gracias repetidas veces a lo largo de los años por haberle salvado el culo. «El culo», le diré a mi hijo, liaré hincapié en el hecho de que es peligroso hacer negocios con amigos de toda la vida. La nitidez de los recuerdos se evapora cuando entran en contacto con el dinero. (Morrison: quizá, para cuando haya que poner en práctica estas instrucciones, yo ya le haya contado la historia —de nuevo— a una versión más adulta de mi hijo, por lo que es posible que mi hijo esté mirando a Philpot con cara de asesino durante el momento de silencio. Siestas vivo y eres uno de los invitados, por favor, vigílalo. Si mira a Don con cara de asesino, puedes dar tranquilamente por hecho que está al tanto de la historia de cuando le salvé la

vida en el estanque congelado y de la relación de ésta con la historia de la traición de Newburgh. Si no, puedes concluir que no tuve ocasión de contárselo de nuevo porque hallé mi muerte a manos de Sullivan, el cual, ya que estoy sincerándome, me llamó la otra noche, creo. Alguien me llamó, tenía una acento muy raro, o estaba hablando con un pañuelo tapándose la boca —¿todavía se hace eso?—, y mencionó entre dientes algo de una absolución).

- He intentado —y sigo intentando— inculcar a mi hijo valores sólidos de compasión que acaben cristalizando en un ethos del amor mediante el cual sea capaz finalmente de encontrar en sí mismo el coraje para perdonar un acto de violencia financiera (típicamente estadounidense pero no por ello menos deleznable), para perdonar la traición a un acuerdo sellado por un apretón de manos: carne contra carne agitándose arriba y abajo durante casi un minuto mientras nos reíamos y nos jactábamos de que éramos los mejores amigos del mundo y que no hacía falta poner nada por escrito. Un sentido de destino compartido nos retrotrajo al Medio Oeste y, de hecho, tras darnos la mano, le dije a Philpot: «¿No es increíble que dos paletos de Michigan como nosotros estén cerrando un trato con un apretón de manos por lo que podría ser la mayor apropiación de tierras al norte del monte Bear en años?».

- Como ejemplo de perdón extremo, le conté a mi hijo la historia de Bill Burdick, un tipo que entró en un Pizza King y se lio a tiros con todo dios. Primero, lo puse en contexto: «Cielo gris sobre una ciudad del interior, Gente comiendo, doblando trozos de pizza y llevándoselos a la boca. Imagínatelo», le dije a mi hijo, que sólo tenía diez años en aquel momento. «Diez clientes, mesas con manteles de cuadros rojos y blancos y una vela roja encima de cada mesa. Cinco días antes de Navidad, imagínate. La escena era de lo más pintoresca: una cálida ciudad portuaria atravesando la tormenta de una recesión, los escaparates de las tiendas —casi todos— tapados con tablones, otros tantos edificios reducidos a cenizas por incendios provocados. Dentro, todo muy acogedor, una gramola reproducía la versión original de «What a Wonderful World» de Louis Armstrong, Y la gente comiendo pizza, ajena a la desgracia que venía andando por la calle, Pero la pizzería, por el motivo que fuese, estaba esperando a Burdick», (Creo que mi hijo estaba harto de escucharme. Puso cara de aburrimiento). «Igual que el terreno que compré hace años, el prado ese más al norte ¿sabes cuál te digo?, por donde paseábamos a veces, Ese prado estaba pidiendo a gritos su desbrozo y nivelado para poder excavar en él; primero hay que dejarlo todo parejo para poder excavar, luego se pone madera contrachapada y se vierten los cimientos». (Le volveré a contar la historia de Burdick cuando sea algo mayor. Con diez años, olvidas casi todo lo que escuchas. Te quedas con los rudimentos y el resto se queda flotando. Si no vivo, mi hijo al menos conservará el germen de La historia de Burdick que le instruirá en valores tan básicos como la compasión y el perdón). Expuse — y tal vez vuelva a hacerlo en un futuro cercano, si sigo vivo— la escena de la pizzería con el fin de prepararlo para una de las cuestiones clave, que era el hecho de que Burdick, cuando le preguntaron por qué había masacrado a toda aquella gente en La pizzería, dijo «porque me ha dado la gana, porque eso es lo que se esperaba de mí», respondió, primero, en el interrogatorio policial y, luego, más adelante, en la sala del tribunal, repleta de gente.

Burdik subió al estrado —contra el consejo del abogado— y dijo, sin entrar en más detalles: «He matado a quince personas porque me hadado la real gana».

- Morrison: ¿Te acuerdas de una conversación que tuvimos hace años en la que me dijiste que uno de cada veinte clientes o así había hecho Lo contrario a tu consejo legal? Dijiste: «Normalmente son las personas más sensatas, las más consideradas, las que actúan en contra del consejo del abogado». Y luego, en otra reunión, me dijiste: «Mi consejo como abogado es que no digas nada de Sullivan. Déjalo ir. No intentes acercarte a él. No hagas declaraciones públicas ni privadas sobre Newburgh, Sullivan o Philpot».

- Otro punto clave de la historia de Burdick es que la única superviviente de la masacre del Pizza King, LeAnn Kelly, cuyo medallón de San Cristóbal que llevaba colgado al cuello consiguió repeler una bala dirigida a su pecho, había concedido el perdón a Burdick. «Si Burdick intentó asesinarme porque le dio la real gana, yo también tengo todo el derecho del mundo a perdonarlo si me da la real gana», dijo en una entrevista para la televisión. Tenía ojos grandes de color avellana y una nariz Larga y elegante. Hablaba con aplomo, apretaba Ligeramente Los Labios, luego Los apretaba un pelín más y, finalmente, dejaba que formasen una sonrisa preciosa. «A mi la bala financiera de la traición me dio de lleno», Le diré a mi hijo, o le pediré a alguien que se lo diga: «Tu viejo no tuvo tanta suerte. No tenía ninguna medalla de San Cristóbal colgada al cuello que impidiese, como quien dice, que su amigo de toda la vida lo traicionara».

Con respecto a la elegía y todo eso, creo que dejaré que los vivos (sean Los que sean) se encarguen de esa parte de la ceremonia, aunque eso sí, para que quede constancia, me gustaría que el reverendo Woo, si es que anda por ahí todavía, diese uno de sus sermones interminables e incomprensibles con citas al Libro de Job o a cualquier pasaje que contenga la palabra «vanagloria», tal vez algo de los Tilipenses. Nota: Por favor, pídele a Woo que enfatice la palabra «vanagloria». Y entonces supongo que vendrán los típicos comentarios personales de familiares dolidos y, si vivo lo suficiente, es posible que mi hijo — que tal vez sea ya un hombretón para entonces se levante y cuente la historia de cuando yo fui a Yonkers en tren para buscar a Sullivan, un día claro de invierno (ayer, sin ir más lejos). Me dirigí a su «club social», así lo llamaban, un edificio pequeño en pésimo estado, con las ventanas tapadas con periódicos viejos. Lo había visto muchas veces en las noticias, cuando hablaban de la «Guerra de Peces Gordos», en el verano de 1987, cuando, al parecer, Sullivan fortaleció el control del cacareado «Sindicato del Este». En la televisión podía verse el clásico escaparate de ladrillos con un cartel antiguo de tubos de neón cayéndose a cachos: «Reparación de Calzados Hudson». Cuando lo vi en persona me pareció más decadente incluso, un edificio achatado en mitad de una manzana de rascacielos y bloques de apartamentos, no muy lejos de la estación de ferrocarril. En persona era como si irradiase una especie de desesperación criminal. Nada más verlo, desde el otro lado de la calle, me llené de confianza. La banda de Sullivan —según los informes— se había fragmentado e iba perdiendo poder a cada día que pasaba. Me gusta imaginar que mi hijo usará esta historia para ilustrar mi coraje, mi intrepidez. La verdad es que sí, que me sentí intrépido. Alimentado por la rabia y por un sentido de traición casi cósmico (¡tú, Don, embustero, judas, traidor!), fui directo a la puerta, la golpeé con los nudillos, y esperé a que un ojo apareciese por la mirilla. Al otro lado de la puerta,

alguien soltó un gruñido. Golpeé la puerta de nuevo y volví a oír el gruñido.

—Contraseña —dijo el gruñido o eso me pareció.

—No sé la contraseña, lie venido a hablar con Sullivan. Él no lo sabe, pero me está esperando —respondí.

Guando la puerta se abrió, vi a un viejo con un bastón. Le faltaban todos los dientes y uno de los párpados se le quedaba cerrado. Puso una mano bajo la solapa de su chaqueta de tweed, me miró de arriba abajo con el ojo bueno y dijo:

—¿Qué quieres?

—He venido porque quiero saber la verdad sobre un asunto.

—¿Qué asunto?

—Un asunto del interior —respondí.

(Me gustaría recalcar que, por algún tipo de intuición, supe lo que tenía que decir).

—¿Cómo del interior? —preguntó.

—Unos terrenos en el interior del estado, al norte.

—Espérate aquí un momento —dijo.

Cerró la puerta y me dejó fuera, al aire fresco, bajo el cielo azul, Me quedé allí, esperando, y sentí el contacto de mis pies con el suelo.

Me sentí como un hombre dispuesto a defender su honor. Me sentí como un hombre dispuesto a defender su honor contra las fuerzas del mal, por decirlo de alguna manera. Me sentí como un hombre frente a una antigua tienda de reparación de zapatos del distrito comercial de Yonkers, mientras de la estación de ferrocarril —a varias manzanas de allí— llegaba el sonido del tren Metro-North portando una gran dosis de tensión y fuerza a causa de la frenada, para, un minuto después, volver a arrancar, provocando que el vapor se concentrase en el aire. Era un. expreso, lo sabia porque los expresos eran de motor diesel para poder pasar por Crotón, donde finalizaba el tercer riel, y seguir hasta Deacon y Poughkeepsie, ciudad donde estaba la última parada. Le explicaré a mi hijo que el sonido del tren alejándose me llenó de fuerza, Un minuto más tarde, la puerta se abrió y el hombre apareció de nuevo y me hizo un gesto con el bastón para que entrase en una habitación oscura que olía a abrillantador de zapatos, a productos de limpieza y a aceite para armas. Había varias mesas viejas y sillas más viejas todavía. El hombre me condujo hasta el fondo, levantó una verja y me hizo pasar tras un mostrador donde, sentado en un sillón reclinadle, se encontraba Sullivan con un puro en la boca y una expresión amistosa en el rostro, (Si estoy muerto ahora, Morrison, tienes que saber que tiene algo que ver con la sensación que tuve al verle la cara, porque me pareció, cuando señaló mediante un gesto hacia una silla, que había honestidad en esos ojos suyos, grandes y azules, que no dejan de pestañear. También es posible —si estoy muerto ahora y estás leyendo esto varias semanas después—, que el tono distendido de su voz me engañase cuando dijo: «Venga, dime, ¿qué te tras por aquí? Dime quién eres y qué quieres». Tenía una voz paternal). Yo ful directo al grano y le conté todo desde mi punto de vista. Le hablé de Philpot (¡si, de ti, Don!) y de nuestra larga amistad, de cuando le salvé la vida en el hielo, en Michigan, y luego sobre el trato que cerramos mediante un apretón de manos y el terreno en Newburgh y de nuestro acuerdo de usar fondos estatales para financiar un servicio de ferri de alta velocidad que llegase a Manhattan. Mientras hablaba, él me escuchaba con atención y mecía el puro en el aire, haciendo circulitos, como si estuviese dirigiendo una orquesta, De nuevo, sus ojos parecieron parpadear cuando le hablé de mi vínculo con Philpot, un vinculo creado por el hecho

de haber pasado juntos cada hora de nuestra niñez.

—Nuestro vínculo perduró —le expliqué a Sullivan— porque los dos dejamos Michigan para irnos a la Costa Este.

Mientras escuchaba, los ojos de Sullivan parecían llenarse de lágrimas, (Hasta este momento, ahora me doy cuenta, yo no había hecho nada contrario a tu consejo legal, Morrison. Yo no era más que un hombre confesándose, lamentándose por un negocio que no llegó a buen puerto). No era más que un hombre solitario en Yonkers, un bello y claro día de invierno, abriendo su corazón a un señor que era conocido por su temperamento, que había asesinado —de acuerdo con los cálculos más recientes— a un centenar de hombres al menos. Parecía, mientras mecía la mano dejando un rastro de humo, entender mi honor en términos de riesgo y muerte, y ahora que estoy escribiendo esto (es tarde y he estado bebiendo), estoy seguro de que él entendió, hasta cierto punto, mi deseo de ir en contra del sentido común. Hasta diría que pareció impresionado cuando dijo:

—Sigue. Lo entiendo. Sigue. Dejaste tu casa por ir al este.

Así que seguí. Lo acusé a él y a Philpot (¡sí, a ti, Don!) de confabularse contra mí en la subasta silenciosa por los terrenos de Newburgh, Insinué, contra el consejo legal, que me la habían jugado entre los dos, y que de alguna manera alguien tendría que pagar por ello.

Si le cuento esta historia a mi hijo, me detendré justo aquí, pisaré el freno de golpe y obviaré la parte en que fui acompañado a la salida del club social tras estrecharle la mano a Sullivan, Diré que obtuve la confirmación de que Philpot me había jodido a base de bien, Sin entrar en más detalles. No le contaré a mi hijo la cara que se le puso a Sullivan, cómo sus ojos se tornaron fríos, sepulcrales, opacados por una nebulosa azul. No le contaré cómo los labios se le tensaron contra los dientes y esbozaron una sonrisa que parecía cortésmente diplomática, dejada al cuidado de ocultar una malicia plácida y benigna hacia su audiencia. (En realidad, Sullivan se parecía a JFK en fotos antiguas. Hermosamente absorto, observando el mundo con una gentileza y autoridad temperadas por el dolor físico). No le contaré a mi hijo el modo en que la atención de Sullivan se desvió de mí a su puro, el cual examinó cuidadosamente, y entonces, justo después de aclararse la garganta varias veces, empezó a hablar con una voz tensa y profunda. Me habló del que había sido su mejor amigo años atrás en el barrio de Hell's Kitchen («cuando el *infierno* rondaba aún por la cocina», dijo), un chaval llamado Kenny B rúen; me contó que habían trabajado juntos robando carteras en el metro y cosas así, hasta que los dos acabaron trabajando para «una institución superior», eso fue lo que dijo.

—Entonces un día llega la encrucijada —explicó—. La gran encrucijada que siempre aparece. —Miró por detrás de mí y continuó—: ¿Verdad, Johnny, verdad que siempre pasa lo mismo? Los amigos de toda la vida siempre acaban en una encrucijada. Eso es así, Pones confianza en su cesta, y él pone la misma cantidad de confianza en la tuya, y seguro que una de las dos cestas parece que pesa más de la cuenta, seguro. Es una simple cuestión de física. Ahora, no me malinterpretes. No estoy diciendo que éste sea tu caso. Quiero decir, tu historia con Philpot. ¿Quién soy yo para decir nada? Lo único que sé es que él te ha jodido simple y llanamente porque tú lo sacaste del hielo. Igual deberías verlo de ese modo. Lo mismo tendrías que haber dejado que se hundiera como una piedra y te habrías hecho un favor a ti mismo. A mi modo de ver, yo tendría que haber dejado morir a Kenny y así me había ahorrado el tener que matarlo después. Estábamos corriendo por un tejado huyendo de unos vándalos y tuvimos que saltar a otro edificio. Nada que no hubiéramos hecho antes, millones de veces, pero al saltar, Kenny se quedó enganchado en una

rejilla de ventilación o en lo que fuera, perdió el apoyo, y acabó (no tengo ni puta idea de cómo pasó porque no lo vi) colgado de la cornisa, como en las pelis. Le cogí las manos y lo ayudé a subir e hicimos lo mismo que tú. Quiero decir, que nos abrazamos y todo eso. Kenny me dijo: «Me has salvado la vida». Yo le dije «Tú habrías hecho lo mismo por mi». El respondió. «En cualquier caso, me has salvado la vida». Y ahora, cuando pienso en ello, creo que fue justo entonces, en el tejado, cuando supe que seguramente tendría que matarlo como no dejara de decir eso, Al final se lo tuve que decir. Le dije: «Mira, Kenny, deja de decir que me debes la vida. No quiero escucharlo más, No me debes nada». Luego pasaron algunos años, bueno, no sé, bastante tiempo, resulta que andábamos detrás de un tío que nos debía un pastón de una carrera de caballos. Estuvimos en el coche calentando el asiento como doce horas o así, esperando a que el tío saliera, y nos entró el aburrimiento. Y entonces Kenny se acordó de los viejos tiempos y se puso a hablar del momento en que estuvo a punto de morir, que si yo lo ayudé, que si tal y cual, y entonces lo supe, en el coche, supe que tenía que matarlo. Estaba cantado. Estaba claro que él no podía seguir estando tan en deuda conmigo y no llevarse algo de mi. Así son las cosas —dijo Sullivan, y entonces dejó de hablar y me miró, la habitación estaba cada vez más oscura—. Total, que, según mi opinión, Philpot te ha hecho una jugarreta, sí, pero sólo porque quería darte la excusa que necesitabas para matarlo. Tú pensarás que no, pero cuando te fijas bien, es tal y como te estoy diciendo. Y si no, tiempo al tiempo, ya verás como te acabas dando cuenta. Pero ponte tú también en mi lugar. Don es canela fina. Yo no tengo más que levantar un dedo y él se ocupa de todo, cada cual se lleva lo suyo y no nos vemos más el pelo hasta el siguiente encarguito. Si algo no te pasa a ti, le acabará pasando a él, y no sé si puedo permitírmelo, — Sullivan me clavó la mirada y dijo —: Te podría matar ahora, aquí mismo, pero ése no es mi estilo. Has venido a verme y yo te he pedido que hables. No es mi estilo matar a un tío que te cuenta lo que Je pides que te cuente. Tengo otra forma de hacer las cosas —dijo vagamente.

Entonces hizo un gesto y el viejo me puso la mano en el hombro y atravesamos juntos el olor a abrillantador de zapatos (y es posible que a aceite para armas. Lo juro. Morrison, olía a aceite para armas) hasta que, finalmente, salí al atardecer invernal, Justo entonces, estando allí, me di cuenta de que, o bien Sullivan me asesinaría of con un poco de suerte, llegaría a viejo, a menos que muriese por alguna otra causa. Aunque parezca raro, Morrison, me sentí mejor sabiendo que las dos posibilidades estaban en juego. Fuera, el río discurría con una acerada resolución, Mis opciones, que antes de la reunión habían parecido innumerables e imposibles de determinar, de pronto se me antojaban agradablemente escasas y claras.

Mientras escribo esto, Ann está dormida arriba. Acabo de ir al cuarto de mi hijo, que estaba dormido también, haciendo ese susurro que hace cuando duerme, con la débil luz del ocaso entrando por la ventana, De momento, estamos a salvo y calentitos.

EL MORRO⁴

—¿Sabes? En este lago vivía alguna diosa o algo parecido, cuando era de agua dulce, y luego la diosa se hartó y huyó al norte y se llevó la mayor parte del agua con ella, y ahora los indígenas peregrinan todos Los años a este lodazal, llegan descalzos y empapan las hojas en el agua salada y luego las chupan como si fueran piruletas o algo por el estilo —dijo él.

Después siguió hablando mientras el desierto se movía Lentamente, daba esa sensación, porque el horizonte estaba muy lejos y sólo las cosas que estaban cerca pasaban rápidamente, y ella hacía lo posible por evitar mirar los bordes de la carretera, mantenía la mirada en un punto lejano, todo lo lejano que podía, en el desierto, mientras dejaba que él siguiese hablando del tema que fuese. Cuatro hilos discursivos básicos formaban la letanía de su pensamiento. El primero y más importante eran las drogas, en todas sus formas y variantes, sobre las que estaba cada vez más versado, en ácido, marihuana y cristal sobre todo; éste último, de hecho, era su tema favorito y su droga favorita. Habló sobre drogas cuando salieron de su cabaña, al este de Santa Cruz, y tomaron la carretera del Pacífico para bajar hasta Palm Springs pasando por Los Ángeles.

De camino a Joshua Tree, donde no había nada salvo tierra desnuda y unos cuantos árboles, al menos hasta donde alcanzaba su vista, la conversación tomó otro rumbo, él empezó a hablar sobre cultura e historia indígenas, sus palabras giraban y se retorcían en torno a la afirmación (falsa) de que llevaba sangre indígena, sólo una generación lo separaba de ellos, y de que era familia de uno de los líderes del Movimiento Indígena Estadounidense, un desertor en toda regla que de vez en cuando salía en alguna película, papeles de poca monta, el típico indio callado, supongo que os hacéis una idea, con el ceño fruncido y ojos de halcón, escudriñando el horizonte con esa leve expresión de perplejidad que se adquiere cuando te han traicionado tantas veces que ya ni sientes ni padeces. Por último, se centró en el pueblo zuñi («Son mi pasión, lo digo en serio»), y siguió hablando durante horas con una voz débil y vaporosa, alterando a su antojo la historia con fines autocomplacientes hasta convertir a los zuñis no sólo en devotos de los hoyos profundos, de los ombligos («¡Sí, de los putos ombligos!»), en Los cuales se gestaban sus almas y experiencias futuras, sino en astrólogos capaces de predecir el futuro con una precisión del noventa y nueve coma nueve por ciento. Habló de un profeta sagrado llamado Don Juan. No del farsante ese que supuestamente había ayudado a Carlos Castañeda en su camino hacia la experiencia cósmica, allá por los años sesenta («¡Ése no, no!, dijo golpeando el volante), sino de un visionario de verdad llamado Juan, un anciano del pueblo yaqui que sabía bien de qué iba el rollo. («Vale, no era zuñi pero, joder, tendría que haberlo sido»). Siguió hablando y su voz se quedó atrapada en el coche; ella se puso a buscar árboles en el paisaje y trató de desconectarse de su voz, de reducir sus palabras a un sonido de fondo, como la estela que deja el aire al entrar por la ventanilla del

coche.

Hablo sobre pájaros, su principal obsesión eran los halcones, los azores, y la cetrería, un tema del que parecía capaz de explayarse indefinidamente a pesar de sus limitados conocimientos, teorizaba sobre el instinto de retorno al hogar y el placer que estas aves experimentaban cuando se quedaban suspendidas en las corrientes térmicas que se generan en el desierto por la tarde, Se quedó mirando a la carretera y se fue poniendo cada vez más poético sobre el modo en que las aves volaban, la pericia que exudaban, dijo:

—Tío, estos mamones localizan a sus víctimas desde una altura de mil quinientos metros o más, detectan el más mínimo movimiento, y Luego se lanzan a ciegas, cerrando los ojos para protegerse del polvo y el viento, un movimiento puro y preciso hasta que se sitúan justo encima de la presa. No sabes adonde mirar, si a uno o a otro, y al final todo converge en el momento en que el ave alcanza a la presa y la presa, que no era nada, ya ves, se convierte en algo, durante un segundo al menos, y de pronto no es nada salvo un pellejo medio muerto colgando en el cielo. O mira, imagínate a un roedor que está tan tranquilo, mordisqueando lo que sea, en La maleza y, un segundo después, está siendo arrastrado al cielo entre una tormenta de alas — dijo.

Después se sumergió en un silencio inusualmente largo mientras el desierto se desenrollaba ante sus ojos, la aspereza de Los pedruscos y la salvia bajo el sol del ocaso, y ella supuso que él estaría pensando en su hermano, Stanley, el cual —según le había contado él en la cabaña de Santa Cruz la primera noche que pasaron juntos— había conocido a su Creador los primeros días de la Guerra de Iraq bajo la forma de un misil descarriado de las fuerzas aéreas, un error de cálculo.

—Mi hermano murió allí —había dicho— Miró al cielo y lo vio venir, Ya te digo, al menos durante un segundo supo que le iba a caer encima. Siempre sabes lo que se te viene encima. Aunque sólo sea durante una milésima de segundo, pero lo sabes, Cada segundo hay un misil apuntándote a la cabeza.

Su cuarto tema era más obtuso, al menos eso creía ella. Era como más difuso, más difícil de determinar. Cuando sacó el cuarto tema de camino a Tucson («Tengo un trato pendiente que cerrar. Los negocios me llevan al sur»), ella intentó hallar formas nuevas y creativas de no escucharlo, tapándose los oídos con los dedos, canturreando por lo bajini, porque el cuarto tema era su propia historia —la de ella—, y como él tampoco es que pudiese dar muchos detalles, se inventaba casi todo a partir de la escasa información que ella le había facilitado en California:

—Soy una chica de Illinois —le contó la primera noche que pasaron juntos—. Mi padre era granjero, vivíamos en las afueras de Springfield. Me echó de casa.

Estaban en la cama, fumándose un porro, escuchando el viento suspirar a través de las secuoyas del renoval.

—No me cuentes nada más —dijo él—. Eso es todo lo que necesito oír. Del resto de la historia me encargo yo. Lo digo en serio. Ni una palabra más. Prefiero rellenar los huecos por mi cuenta.

(Justo entonces ella sintió cómo se iba acoplando al modo de pensar de él y cómo él iba adornando su pasado, dibujando meses en la calle, tratando de encontrar un lugar para él entre los personajes que ella había conocido: yonquis que recibían una pregunta y se quedaban dándole vueltas varios minutos antes de dar una respuesta que parecía completamente desatinada, como si al responder a la pregunta en cuestión, Lo hubiesen mezclado con otra cosa, con algún problema más serio; tipos enganchados a la metanfetamina que respondían a las preguntas antes siquiera de formularlas y luego se ponían eufóricos por su precisión y sus habilidades místicas, pero les daba

un ataque absurdo de rabia si les decías que no o los corregías; chicas errantes y solitarias que soltaban monólogos de tormento y dolor que resultaban hermosos por la viveza de sus detalles, evocando cables de alta tensión cantando al viento, padres con puños severos y dedos impúdicos, órganos sexuales contra muslos, momentos confusos en garajes débilmente iluminados. Por ejemplo, una tarde, en las colinas de Hollywood, no muy lejos de los establos del parque Griffith —de cuando en cuando podía oírse algún relinche o el tintineo de Los cascabeles—, su amiga Kimberly Le contó una historia entre cuyos ingredientes se incluía una excursión con los ojos empañados por los barrios residenciales de Chicago, un empresario de Oak Park llamado Smith que la acogió varias semanas bajo su manto protector; una banda de moteros de Dakota del Sur que la drogaron hasta las cejas y la hicieron pasar después por un túnel de piernas peludas.

—Yo estaba fuera, en Utah —dijo Kimberly—. Estaba sola. Alguien me soltó y me dejó allí. El viento levantaba polvo hacia el cielo. Entonces apareció el tío este —creo que era un derviche—. El colega se puso a hablar. Me contó una historia que decía:

Un día, un tipo iba andando por el desierto y se encontró con un caballo y un perro. El caballo dio un relinche. Y luego otro relinche. Entonces el perro le ladró, y el caballo relinchó otra vez más. A medida que el hombre se iba acercando a los animales, se dio cuenta de que era capaz de entender las particularidades de este diálogo.

—Tanto hablar de huir, de ser libre, de comer hierbas silvestres, de beber de algún lago de agua dulce, a mí todo eso me da lo mismo —dijo el perro—. Lo que quiero es que me hables de cazar ratones, de cómo se desgarran la carne del hueso, de sangre y vísceras.

—Estoy harto de oír hablar de sangre y vísceras. Estoy harto de tus historias de rastrear ratas almizcleras. A ver cuándo te oigo hablar de tréboles salvajes, de hojas frescas de enebro —respondió el caballo.

Entonces el hombre se sintió obligado a interrumpir:

—Carne y hierba. ¿Cuál es la diferencia? La función de las dos es daros vida. Sin esa función, seríais huesos y nada más.

Entonces ambos animales se giraron en dirección al hombre. El perro se abalanzó sobre sus piernas y el caballo le pegó una coz en toda la cara. Cuando el hombre murió, retomaron la discusión.

Kimberly se pasó la tarde contando cuentos derviches en el parque Griffith hasta que las dos se quedaron dormidas y se despertaron, más tarde, bajo el radiante sol y el cielo azul y el fuerte golpeteo de unas pezuñas. Sobre sus pies, montados en una fila de caballos conducidos por un guía, un grupo de turistas japoneses estaba fotografiando la siguiente panorámica: Hollywood enterrada en un cuenco de niebla, el desierto, y dos chicas sin techo, pálidas y flacuchas, acurrucadas bajo unos cuantos cartones.

* * *

Al día siguiente, tras abandonar Tucson y continuar al norte atravesando la Luz berenjena que precede al amanecer, después de que él hubiese cerrado el trato que tenía pendiente («Quédate en la habitación. No vayas a ninguna parte. No pienses. No hables contigo misma. No cojas el teléfono. No reces. No abras la puerta»), la voz de él se tornó etérea y liviana mientras hojeaba la historia de ella:

—Te pasaste un verano durmiendo en la acera o en hoteles baratos con otras chavalas que habían adoptado una aquiescencia tácita al apostar por un sueño compartido de libertad, una posible salvación bajo la forma de un golpe de suerte, asidas al borde de una oportunidad que podía llegar en cualquier momento y abrirlas la puerta a una realidad completa, degradante, y así fue, tía, así fue. Te abrió la puerta a autopistas y a conductores sin rostro, ocultos tras el brillo de los parabrisas, cerca del estadio de Hollywood Bowl, observándote pasar desde sus coches, otro pedazo de mierda más andando por el arcén bajo el sol abrasador, dirigiéndose a Highland Avenue para encaminar después sus pasos hasta el muelle de Santa Mónica. Eso fue todo lo que quedaba de ti cuando te encontré. Todo lo demás había desaparecido, había sido arrancado, porque te diste cuenta, no, quita eso, porque aprendiste mediante ensayo y error que tu único recurso era olvidar el pasado. Tuviste que olvidarlo todo. Tuviste que olvidar tu casa de Springfield. Tuviste que olvidar las carnosas manos de tu padre. Tuviste que olvidar el sabor del maíz. Tuviste que olvidar el olor del granero. Tuviste que olvidar la expresión de dolor de tu madre. Tuviste que olvidar Los dedos que hurgaban. Eso era todo lo que tenías cuando te encontré. Todo lo demás había desaparecido, se había ido por el desagüe del momento. Dicho momento incluye al tipo que te gritó una obscenidad desde el coche, cerca del Hollywood Bowl. Dicho momento incluye al tipo llamado Lenny (servidor) que se te acercó y te hizo una serie de preguntas cortantes, pero sin faltarte al respeto, y se ofreció a llevarte, te dijo que te sacaría de la ciudad y que te enseñaría algunos pájaros, secuoyas...

Ella halló entre sus palabras un espacio lo bastante amplio para colarse y quedarse dormida y cuando se despertó le encontró con que él había cambiado de tema por primera vez en días:

—Mira allí, a tu izquierda está la mina de cobre más grande de Norteamérica. Los camiones que van por esas carreteras de abastecimiento (si es que a algo así se le puede llamar «carretera») vienen a ser igual de grandes que una casa, y ahí abajo, en mitad de la polvareda, esas dragas de cuchara alcanzan hasta diez pisos de altura, y con las palas que tienen pueden coger hasta un autobús escolar. Trabajando en un sitio como éste pueden asaltarte todo tipo de miedos. De hecho, cada tío carga con su propio miedo, único y exclusivo, cuando pasa por esa carretera. Se pone sus orejeras, se inclina sobre el volante y le reza a Dios para que no pueda oír, porque si alguien perfora la fisura equivocada, o excava más de la cuenta, el terreno podría ceder y la carretera se vendría abajo sin más. Hay una mina en Sudamérica que podría hacerle sombra en cuanto a producción, pero su historia no tienen nada que ver con ésta (porque esta mina que ves aquí la empezó un solo hombre con un pico y una pala). La otra mina, la sudamericana, la localizaron mediante vigilancia por satélite, y los geofísicos lo cartografiaron y lo planearon todo antes de poner siquiera un dedo en la tierra: en cambio, ésta nació de una quimera, supongo, de un diminuto aliento de esperanza que ha estado escarbando la tierra durante más de cincuenta años hasta convertirse en lo que ves ahora, es decir, un cañón tan profundo que cuando los halcones y otras aves lo ven, piensan: «No es mal sitio para pasar el rato, aquí se puede volar a nivel de la tierra pero a una altura segura». La mina sudamericana se emplaza sobre tierras sagradas que, sin duda, acabarán vengándose mediante algún tipo de catástrofe, seguramente alguna lluvia-barra-inundación-barra-avalancha que dure cien años o así —dijo.

Seguidamente redujo la velocidad y alargó el cuello para echar otro vistazo a la mina antes de que la carretera girase a la izquierda, bordeando las espaldas de un pueblo —cuatro casuchas desperdigadas—, y entonces, cuando ganaron altura, se adentraron en un corte profundo de la piedra donde se encontraron con una mujer en medio de la carretera con un chaleco fluorescente

que tenía una enorme señal de stop en una mano y un walkie-talkie en la otra.

Una cascada de pelo rubio de bote brotaba desde su gorro de hilo y descendía por los hombros de su abrigo de arpillera. La mujer blandió la señal, habló por la radio y luego se acercó al coche, se inclinó y mostró el rostro: curtido por el viento, delgado y con una cicatriz atravesándole la mejilla. («Un corte de cuchillo», habría de contar más adelante. «Me pongo una base de maquillaje todas las mañanas, pero es demasiado profundo y no hay manera de cubrirlo. Un recuerdo de mi luna de miel en Tijuana, cuando mi marido me enseñó por primera vez de qué pasta estaba hecho. Menos mal que la mandíbula frenó el corte y así pude escaparme. Tengo un bebé allí que no puedo dejar solo demasiado tiempo, aunque lo mismo le viene bien pasar unos cuantos días con su abuela», dijo en el coche antes de darle clases a Lenny sobre cómo conducir por esa carretera: «Gira del todo», «gira con suavidad y aminora» o «pisa fuerte el acelerador». A medida que ganaban altura, los mantos de nieve se iban extendiendo de izquierda —desde la roca— a derecha, formando un paisaje sublime, majestuoso, iluminado por el sol ocre, hasta Arizona). Pero cuando la señora se acercó al coche e inclinó la cabeza por primera vez, lo único que ofreció fue un rostro insulso y entrometido que les dijo que debían esperar otra media hora, por lo menos, hasta que los de la limpieza terminasen de barrer la carretera; después, volvió al sitio donde estaba y se quedó allí, sujetando la señal.

—Me gusta esa señora —dijo él, llenándose una taza de café del termo y levantándola hacia el parabrisas a modo de brindis—. Esa señora, esa hermosa criatura, lleva horas ahí, aguantando sola en la entrada del paso porque seguro que tiene sangre zuñí, o bueno, no sé, algo de indígena tiene, y un estoicismo que le permite dejar sus males a un lado y centrarse en el momento presente, enfrentarse a Los elementos en virtud de una visión más amplia. Me atrevería a decir que tiene un hermano menor con cáncer, un chaval llamado Kenny, o Johnny, o Frankie, y que ella está aquí regulando el tráfico con la esperanza de que la asciendan, de que le den un puesto mejor, conductora de un camión barredor, con su cabina calentita y la nieve cayendo fuera y el limpiaparabrisas dejando un rastro limpio en el cristal. Seguramente tiene otro hermano, mayor, que trabaja en la mina de cobre. Él no sabía que se iba a pasar la vida trabajando allí. Pero un día lo llamaron del departamento administrativo de la mina y un tipo le dijo: «Queremos contratarte, acércate cuando puedas. Hemos procesado tu solicitud». Y él preguntó: «¿Qué solicitud?»; y el tipo respondió: «La solicitud que has presentado». Así que Bobby o Ronny o Sammy, como quiera que se llame su hermano, dijo que aceptaría el trabajo pero que le parecía todo un poco raro porque él no había presentado ninguna solicitud. Entonces su padre y su otro hermano, el mayor de todos, Mike o Mike Júnior o algo por el estilo, llegaron a casa de trabajar, se lavaron las caras porque las tenían llenas de polvo, y dijeron: «¿Qué, alguna novedad?», y él dijo: «Joder, pues sí. Me acaban de llamar de la mina diciendo que me contratan, pero yo no he presentado ninguna solicitud para ese trabajo. Mi idea era ir a Tucson y buscar curro allí». Y el padre y el hermano mayor dijeron: «Nosotros te rellenamos la solicitud. Así es como se hacen las cosas en esta familia». Total, que Bobby (pongamos que se llama Bobby) no pudo decir que no. Se sintió atrapado por el largo pasado familiar. Las generaciones anteriores a él habían establecido una obligación. Así que dijo: «Pues ya está, qué coño», y eso fue hace cinco años (y aquí sigue todavía, sabiendo que se pasará el resto de la vida conduciendo un volquete o, si lo ascienden, operando una pala excavadora, no tanto porque se haya resignado a ese destino (aunque en parte es por eso), sino porque cuando llega a casa después de trabajar los brazos le duelen y le dan mareos del miedo que pasa en esas carreteras y está demasiado molido como para reinventarse y

ponerse a pensar en otra vida.

Café en mano, Lenny volvió a brindar con el parabrisas bajo la atenta mirada de la mujer de la señal de stop, la cual, tras el brindis, dejó la señal en el suelo y se acercó a la ventanilla del coche.

—¿Puedo darle un sorbito al café? —preguntó.

Él Le ofreció su taza, esperó a que le diese un sorbo y después sacó la mano por la ventana mostrándole una pastilla.

—¿Quieres animarte un poco más?

—Pues no me vendría mal —dijo y cubrió cuidadosamente la pastilla con sus dedos.

* * *

Para cuando bajaron del paso de montaña, cruzaron la frontera de Nuevo México y alcanzaron una altitud más baja, las tornas habían cambiado, Ella estaba en el asiento de atrás, haciendo lo posible por no escuchar a Lenny, y la señora de la señal de stop estaba en el asiento delantero prestando atención a las historias —caracterizadas por una precisión neurótica— que él contaba.

—Tienes que conocer a mi halcón Jag, ese pájaro es la puta hostia, en serio, es el mejor del mundo —dijo él.

Ella se rio y respondió:

—Me encantaría conocer a Jag.

—Ese pájaro está siempre atento. Quiero decir, que él echa a volar y es posible que yo no lo vea, pero él a mí no me pierde nunca de vista, y cuando le parece, se lanza desde el cielo y se posa en mi brazo con la misma suavidad que una pluma.

La señora se volvió a reír mientras fuera del coche Los pinos daban paso a matorrales y arbustos y la carretera se iba enderezando y dividía el desierto en dos partes idénticamente desoladas.

—De hecho, ahora mismo está por ahí arriba. Nos está siguiendo pero se mantiene a una distancia prudencial —dijo.

Entonces, la señora, en un intento por meter baza, dijo:

—Mi mando juró que volvería a por mí. Dijo que vendría a por mí con una pistola. Y eso es lo que hizo. Vino una noche a mi casa y se quedó fuera, en el césped, gritando. Me dijo que saliera. Me dijo que fuera un hombre y yo le dije que yo era una mujer y él me dijo que daba igual, que iba a tratarme como a un hombre. Entonces disparó a la ventana y vino la policía y se lo llevó a rastras. Ahora está en la prisión estatal de Winslow. Él y un millón como él.

Para cuando bajaron de las montañas y se adentraron en la reserva zuñi, Lenny y la señora del asiento delantero eran como dos seres unidos por una necesidad mutua originada durante las dos horas que habían pasado sorteando curvas cerradas y traicioneras entre ventiscas de nieve, discutiendo sobre qué era lo que había que hacer cuando el coche derrapaba.

—El mito es que hay que girar el volante en la dirección del derrape, pero aquí, en las montañas, la única opción es girar el volante hacia el lado contrario todo lo que puedas y, con suerte, las ruedas ayudarán a los frenos. Créeme, sé de que estoy hablando. I le conducido por este paso cientos de veces y he visto lo que le pasa a los camiones que giran el volante en la dirección del derrape. Se salen de la carretera. Incluso los camiones grandes, como los que conduce mi

hermano, se convierten en un montón de chatarra cuando vuelcan... —dijo la señora.

Para cuando la carretera se convirtió en una línea totalmente recta y empezaron a atravesar el corazón de la reserva, él y la señora parecían amantes, se les veía cómodos y relajados, pararon el coche para hacer un picnic junto a la carretera («Quédate en el coche. Descansa. Déjanos tranquilos. Necesitamos estar tiempo a solas», susurró él), compartieron un sándwich, dándole bocados por turnos, y luego una taza de café, charlando tranquilamente mientras ella los observaba desde el coche. Finalmente, lo mejor que pudo hacer es cerrar los ojos y escuchar el sonido de sus voces atravesando el aire, como si estuviesen a una gran distancia. Lo mejor que pudo hacer fue bloquear sus voces al recordar el modo en que la carretera, de repente, se volvió delicada y serena, enderezándose como una alfombra mágica bajo las ruedas tras horas de sinuosas montañas. Cuando el sonido de sus voces cesó, ella abrió los ojos y vio cómo se besaban, y también vio cómo, tras ellos, las vastas tierras desérticas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, o casi, porque en el horizonte, escondida entre la niebla, una meseta se encaramaba sumisa bajo un cielo enorme, vacío.

Al pasar por una reserva indígena, la señora del asiento delantero se quedó callada y él volvió a llevar la voz cantante:

—Han recorrido cientos de kilómetros a pie para mostrar sus respetos a la Vieja de Sal, que huyó del lago Black Rock. Se llevó la mayor parte del agua potable con ella y lo que dejó fue un aguachirle salada. Ahora van allí una vez al año y meten sus palos de oración en lo que queda de lago y sacan gránulos de sal y se los llevan en bolsas de vuelta a casa, restriegan el borde de Los vasos con esa sal y se hacen sus margaritas o lo que cono hagan, tío, porque es más que sal, es mejor que la sal —dijo.

Y entonces la señora intervino:

—A mi hermano le pirran las margaritas, Es guapísimo, no te puedes ni imaginar. Está en Hollywood. Va a ser una estrella. Te lo digo yo. No me cabe la menor duda. Agallas no le faltan. Es un soñador. Tiene muchos pajaritos en la cabeza. Mi hermano mayor le dio la brasa con eso, le dijo que estaba loco, y luego le rellenó una solicitud para trabajar en la mina. Así que mi hermano pequeño estuvo trabajando allí varias semanas, hasta que uno de los bancales se derrumbó. Iba conduciendo un volquete y vio cómo la carretera se hundió justo delante de él. Llegó a casa esa noche y le dijo a mi padre que él no valía para ese trabajo. Dijo que había tenido una corazonada y que iba a seguirla a toda costa, luego cogió sus cosas y se largó. Me envía postales, y tengo esta foto de él —dijo ella.

Entonces sacó una foto del bolsillo, la desdobló cuidadosamente, y la puso en la línea de visión de él para que pudiese verlo y conducir al mismo tiempo, Un rostro alargado y lino con ojos fríos, oscuros, y el pelo negro, muy peinado hacia atrás. El chico de la foto tenía el ceño ligeramente fruncido y la mandíbula rígida, como si hubiese mordido algo amargo, Había remordimiento, o algo que parecía remordimiento, en sus ojos. Pero también había esperanza, Lenny le quitó la fotografía y dijo:

—Sí, es guapetón. Tiene un aire a Gregory Peck y a Clark Cable y, qué cono, a James Dean también, pero ¿quieres que te diga lo que va pasar? Pues mira, lo que va a pasar es que va a acabar en la calle, igual que todos los demás, con una cuchara en una mano y un mechero en la otra. Va a caer en el olvido y no vas a saber nada de él hasta que un día te Llegue la noticia de que han encontrado su cuerpo en algún descampado, en las colinas, si tienes suerte, o frente a los pozos de alquitrán del Rancho La Brea, si no tienes tanta suerte, porque nadie quiere morir delante

de un turista de Wisconsin. Nadie quiere hacer añicos su afable imperturbabilidad, sus bisoñas esperanzas y sueños que se asientan como la niebla, haciendo que respirar sea una tarea estimulante mente complicada. Y que sepas que no hay nada mejoren este mundo que luchar por respirar. Nada. Nada. Nada —dijo él.

Entonces la señora empezó a rebatirlo y tuvo lugar la primera ronda de una acalorada trifulca. Entretanto, ella, con la cabeza echada en el asiento de atrás y la ventana abierta de par en par, vio como aquella discusión tensa pero en cierto modo amorosa fue perdiendo fuelle hasta convertirse en una simple secuencia de chasquidos, de naturaleza amaderada, que continuó hasta que el motor se apagó, se fueron y la dejaron dormida en el coche.

* * *

Al despertar, se vio envuelta en la metódica formalidad de un parque limpio, lleno de senderos pavimentados y señales cuidadosamente ubicadas indicando los nombres de los árboles y arbustos que rodeaban al enorme altiplano de piedra, además de una cascada, que se había secado para el invierno, sólo una Lengua de depósitos minerales ancha en su base, en la parte superior, de donde se aferraban unos cuantos árboles, y más estrecha a medida que bajaba. Salió del coche y empezó a caminar. A su izquierda había una especie de centro de visitantes con enormes ventanales que llegaban al techo. Oyó la voz de él flotando, dejando un rastro en el aire, y se detuvo un momento para alzar la mirada a la pared rocosa de donde los árboles habían brotado a partir de semillas que el viento había arrastrado y depositado en el Lugar erróneo en el momento erróneo, una grieta, una hendidura en la piedra, y, posteriormente, al no quedarles más opción, habían crecido, doblándose y retorciéndose en busca de luz solar, adquiriendo posturas extrañas, aferrándose a la preciada vida. «Los hombres, al ver la inmensidad de la formación rocosa, se quedaban boquiabiertos», oyó que decía él cuando sus palabras entraron dentro del alcance de su oído. Se detuvo en el sendero y se quedó escuchando. «Los hombres no salían de su asombro. ¿Cómo podía alzarse algo así entre tanta planicie? “Es obra del Diablo”, decían algunos. “Es obra de Dios”, decían otros. Por supuesto, todos (y me refiero a todos esos paticojos sin techo) se sentían obligados a dejar una marca», dijo, apuntando a los petroglifos. «A tallar sus nombres, a dejar alguna huella de su existencia».

—Como puedes ver, hacían sus grabados con cuidado (los primeros) y luego se iban a morir de sed, o a reconsiderar sus fracasos, o a esclavizar México, o a ser esclavizados. Según la suerte que les tocara. Ahora hay leyes que prohíben dejar marcas —dijo— Ni siquiera se puede escupir en la roca o viene un guardia del centro de visitantes que hay detrás con una porra en la mano. Lo sé porque yo lo intenté la última vez que estuve. Escribí mi nombre con un bolígrafo y acabé en la cárcel.

Agachó la cabeza y se llevó la mano a la ceja a modo de saludo al sol y se dio la vuelta para examinarla piedra, metió los brazos por los huecos de la verja como queriendo tocarla, moviendo los dedos en el aire. El viento se estaba levantando. El sol se enterró en el pedregal. Se aclaró la garganta y dio varios pasos hacia atrás, luego extendió los brazos como si fuese a abrazar la escena antes de volver a hablar. Se agarró los hombros y se puso en marcha; a su izquierda, la señora de la señal de stop hizo Lo mismo.

No había nadie. El frío había vaciado el sitio de turistas. Con voz firme, dura, le habló directamente al monumento de la urgente necesidad de redención que tenía su país; habló de los

pájaros que surcan cielos negros, profundos, intentando encontrar en la penumbra la lejana fuerza de la gravedad, volando ala con ala en formaciones en V; habló de tribus abandonadas que chupan sal de sus heridas y van caminando con sigilo de un lugar sagrado a otro, intentando recuperar algún eslabón perdido de su historia; habló de cocinas portátiles del estado de Washington, escondidas en remotos parajes agrestes, produciendo a destajo sal sacramental de primera. Varios metros más allá del sendero, ella oía sus palabras chocar contra la roca, plana y sólida, empujadas hacia lo que parecía ser un vórtice denso, inevitable; entonces, él se dio la vuelta, incisivo, y comenzó a contar una vez más la historia de ella:

—Nunca soñaste que verías un lugar como éste. Nunca imaginaste que vendrías aquí. Ni se te pasó por la cabeza. ¿Cómo ibas a concebir algo así? En las calles de Los Ángeles no queda espacio para este tipo de monumentos al pasado. Cuando ibas por Sunset Boulevard, en medio de aquella vorágine, tu capacidad de imaginar un lugar como éste simplemente no existía. Hizo falta que un hombre como yo te sacara de allí y te trajera hasta aquí —dijo— Y ahora hace falta que un hombre como yo te ayude a verlo en todo su esplendor. No lo digo por fanfarronear. Sólo digo las cosas como las veo. En aquellas calles, tu sueño era tener una casita acogedora, con perros y gatos— Pero nunca soñaste con nada como esto —dijo, y su voz se suavizó y dijo algo entre susurros a la señora de la señal de stop, Luego se giró y siguió diciendo—: Éste es un buen lugar para poner fin a Lo nuestro.

* * *

Tras el mostrador del centro de visitantes, el guardabosques —se llamaba Russell— vigilaba a los visitantes en los monitores, analizando la forma en que se movían, Una mujer con una mata de pelo rubio se encogió de hombros y empezó a mecerse sobre sus talones— Junto a ella, un hombre alto con piernas como tubos estaba cogiendo puñados de gravilla y arrojándolos a La maleza, andaba con esa inquietud e impaciencia típicas de los vándalos que venían a destrozar el parque, chavales blancos que habían perdido el respeto —tal vez no lo habían llegado a tener nunca— por su lugar en el mundo—Aunque más que por su lugar en el mundo, no tenían respeto por el propio mundo como realidad— Le gustaba la imagen que aparecía en aquellas pantallas — en blanco y negro, de baja calidad—: en ellas, la gente parecía todavía más espectral e ingenua— Un elemento de profanación fue capturado por estas cuatro cámaras: una ofrecía una perspectiva desde el centro de visitantes, otra estaba instalada en un poste del aparcamiento— (Campistas— Traficantes de droga arrimándose mucho entre ellos mientras hacían la entrega, ramillas con el cuerpo agarrotado de tanta carretera, estirando las extremidades, rotando la cabeza y flexionando el tronco hacia delante para tocarse los dedos de los pies— Una o dos veces al año, varias monjas con sus hábitos— Una vez, dos monjes de Vietnam ataviados con túnicas naranjas. Los zuñi, siempre reconocibles por algo —la forma de flexionar las piernas, esas zancadas tan grandes al andar, los viejos con la espalda un poco jorobada, ese aire confuso entre veneración y agotamiento)— Otra cámara estaba en un árbol— al final del sendero, y en ella aparecía la gente deteniéndose para observar el monumento antes de que éste estuviese demasiado cerca— La última cámara estaba en la propia roca, una pequeña unidad insertada en una hendidura, con un objetivo ojo de pez que ampliaba la imagen. Gracias a los años delante de los monitores (cuando no estaba fuera patrullando a pie) había desarrollado la habilidad nada desdeñable de extraer conclusiones especulativas mientras observaba a la gente deambular por el aparcamiento,

desaparecer del campo de visión para luego aparecer de nuevo, un momento después, en el sendero. Era capaz de identificara un vándalo por el modo en que apagaba el cigarrillo, dejándolo caer en la acera, triturándolo— (Los vándalos fumaban. Todos).

Había observado a estos dos pasear por el sendero. El vándalo había extendido los brazos, los había abierto por completo y Los había mantenido así antes de dejar que cayesen de nuevo a cada lado del cuerpo— Ese gesto fue el que le dio la clave sobre la naturaleza de la situación, reflexionó más adelante— Esa forma despreocupada con que el vándalo dejó caer los brazos tras haberlos abierto para abrazar la escena. Los blancos hacían eso. Parecían incapaces de procurar en sus movimientos una calma sostenida. Entretanto, en el monitor del aparcamiento— una tercera figura, una chica, salió de un coche, sola, y miró a su alrededor con cautela, intentando ubicarse— la caló nada más verla: paliducha. abatida, con las caderas huesudas. Era la tercera en discordia, el viento le había despeinado, enredado los cabellos. Había un aire de deliberación —¿o era simple agotamiento?— en el modo en que se acercó a tocar los Letreros mientras caminaba por el sendero, en cómo acarició las ramas de los árboles con los dedos y en la forma en que se detuvo un minuto para alzar la mirada y contemplar el promontorio.

Tiempo después, Russell, habría devolver la vista atrás para examinar de nuevo la manera en que las cosas habían acontecido, poniendo a prueba sus habilidades intuitivas, recordando a los tres, allí, de pie: el tío hablando, agitando las manos, sin parar; la mujer, la rubia, inclinándose hacia delante y escuchando con atención. La chica, la tercera en discordia, apartada, esperando a acercarse— El tío siguió hablando como cinco minutos, tal vez más, luego fue a la verja y señaló una de las marcas. (Un vándalo tentando sus propios instintos. El apremio por destrozar algo parecía evidente en sus gestos). Finalmente el tipo se dio media vuelta y se dirigió a la tercera en discordia, le dijo lo que fuese mientras ella negaba levemente con la cabeza, llevándose las manos a la cara para limpiarse una lágrima o quitarse algo del ojo, y entonces él y la otra mujer echaron a andar juntos por el sendero hasta llegar al aparcamiento, donde los vio meterse en el coche, arrancar y salir flechados, dejando tras de sí una nube de polvo y humo.

Cuando alcanzó a la chica, ésta estaba inclinada sobre la verja, su tripa descansando en el pasamanos de madera, usando su cuerpo como palanca para alcanzar la roca con un trozo de baldosa, tratando de tallar una única línea, todo lo fuerte que podía, soltando un leve gruñido mientras sus pies se levantaban a cada golpe. Otra criatura que intentaba dejar una marca en la piedra. Al menos quince personas entraban cada año con latas de espray y rotuladores indelebles y hacían lo posible por competir con las elegantes delineaciones del pasado. Él lo había visto todo. Pero, al doblar la esquina y encontrarla allí, pudo observar la delicadeza de su acción y cómo sus pies se Levantaban en un movimiento de ballet, y vio algo en ella que no supo determinar con seguridad, así que expresó su orden un poco más suave de lo habitual y mantuvo la porra abajo, junto al cuerpo, mientras se acercaba. Cuando ella se dio la vuelta, vio la cara de una chica que había perdido prácticamente todo, hasta la facultad del habla, Se quedó callada, guardando el silencio de un profeta. Lo vio al momento. No era el silencio que anhela la culpa. Sus labios estaban relajados, sin tensión. Sus ojos no trataban de retener ninguna palabra. Sus cejas rehuían el movimiento, «Casi ningún blanco entendía a los chamanes», pensó al verla. (Éste no era uno de los típicos pensamientos irrelevantes que acudían a su mente cuando veía a turistas que iban por ahí con cara de bobos, sin un ápice de respeto, no sólo por el lugar en el que se encontraban, sino por ellos mismos, por el modo en que andaban, dando tumbos, hablando más fuerte de la cuenta, mirándolo todo sin tomarse el debido tiempo). «En realidad, nadie elegía ser

chamán por vocación. Era un destino que te venía dado, que te obligaba a renunciar a ciertos placeres mundanos», pensó él, «para convertirte en alguien que conoce bien la realidad, demasiado bien quizá».

* * *

—Ella era todo lo blanca que puede ser una persona —le dijo él a su esposa—Vaya, que parecía un fantasma, o una yonqui, casi no tenía sangre, y por eso me costó echarle la culpa, acusarla del delito, como quien dice. Y de todas formas, sus colegas la habían dejado sola. No parecía borracha ni drogada, parecía que necesitaba ayuda, sólo eso.

Él Le estaba contando la historia en la cama, de noche, era bastante tarde. Sabía que se estaba ganando el corazón de su mujer al contarle una historia sobre buenas acciones. A ella le gustaba cuando él le contaba historias que sacaban a relucir su Lado bondadoso. Russell llevó a la chica en coche a Grants y allí la puso en contacto con una trabajadora social que le prometió que le proporcionaría toda la ayuda que fuese posible y una cama «en un correccional para vagabundos o como cono se llamen Los sitios esos», explicó él mientras suspiraba suavemente. Se tumbó y dejó que su mujer le diese un beso y evocó una imagen clara de lo que veía todos los días en el trabajo, había formado parte de su mundo de una forma tan perseverante, durante tanto tiempo, que sólo conseguía verlo —de verdad— cuando estaba en casa, en la cama, soñoliento. Entonces se elevó, en todo su esplendor— una imagen majestuosa y esperanzadora, con la cascada —en primavera— derramando agua a borbotones sobre la pared de la roca, llenando la poza, plantándole cara a la sequedad y el polvo.

Justo antes de quedarse dormido tuvo un último pensamiento. Lo mismo se callaba y dejaba la marca que hizo la chica en la roca hasta que los arqueólogos de Santa Te, que iban una o dos veces al año, se diesen cuenta. Entonces podría intentar convencerlos de que llevaba años allí y que no merecía la pena arreglarlo, porque el material para repararlo —un compuesto de color caliza que se usaba en estos casos— sería más cantoso, desagradable a la vista, otra distracción moderna para quienes venían a visitarlo. «Es un arañacito de nada», diría él. Varios años de viento y lluvia harán que desaparezca junto con todos Los demás. «Mentir por ella iba en contra de sus propios valores, de las normas de su trabajo y del propio parque», pensó. Y así se quedó dormido— cargando sobre sus hombros con el peso del monumento, de las tierras tribales donde éste se hallaba y del resto del mundo.

EL LAMENTO DEL MAYORDOMO

Se le podía, ver deambular frente al edificio principal, derecho como una vela, con un brazo extendido, sujetando una bandeja imaginaria sobre la palma de la mano, dando vueltas por los terrenos del hospital, con pasos delicados, murmurando para sí. («No le juzgo, mi querido señor, ni un ápice, por forzar a las señoras del pueblo, señor»). En aquellos momentos, de pie, solo, exhibía una formalidad rigurosa, otra criatura más desgajada de su vida anterior, intentado establecer su presencia bajo los árboles cimbreantes; otro paciente más, uno de tantos, que iba de aquí para allá haciendo gala de un benigno refinamiento que desorientaba al personal, y a mí también, Por lo general, ignorábamos sus extensos soliloquios acerca de la burda desesperación de la carne en contraposición con la elegancia del trabajo preciso. Igual que había pasado con muchos pacientes, los enfermeros le pusieron un mote: el Mayordomo. Como profesional, me resistía a usar motes, pero al final también yo empecé a llamarlo el Mayordomo debido a la convicción con que habitaba ese delirio: afirmaba que había sido mayordomo de Lord Leitrim o de Lord Byron; dudaba entre los dos en la fase inicial de su trastorno delirante y en ocasiones sufría ataques que daban al traste con su habitual decoro y tranquilidad, provocándole gestos de mayordomo convulsivamente amplificadas. Se llevaba la mano al abdomen y hacía una reverencia tan violenta que la cabeza casi le rozaba el suelo, («¡A su servicio, señor! Le prepararé un té, señor, si es usted tan amable de liberarme de las restricciones de este atuendo»).

Entretanto —presumiblemente— se acordaba aún de sus días como montador en Detroit.

Lina mañana, detrás del edificio principal, cerca del área de carga, me habló con su voz normal, en la que un ligero deje irlandés se mezclaba con el acento típico de Detroit.

—Usted es el jefe, doctor —dijo.

—Sí, supongo que se podría decir así. Soy el director del hospital —respondí yo.

—Usted es quien nos mete en vereda cuando nos ponemos a dar vueltas por ahí —dijo.

—Supongo que, cuando creo que debo hacerlo, le digo a un enfermero que vaya.

—El jefe que está siempre encima —dijo.

Esperé varios segundos —estábamos a mediados de verano y la brisa cepillaba las ramas de los sauces con un sonido como de escoba— y luego dije:

—Supongo que tiene razón, aunque yo intento no estar encima de nadie.

—Bueno, siendo jefe, no se puede evitar —respondió.

Entonces, durante un instante, pensé que iba a sufrir otro de sus trastornos delirantes, (Tenía la cabeza apoyada en la verja metálica, sacando los brazos por fuera mientras miraba al desfiladero).

—Yo ya he tenido unos cuantos jefes así —dijo.

—Pues, si le apetece, me gustaría que me contase más sobre ese tema —respondí.

—Llegué a este país con diez años. Me educaron con mano dura, Mi padre fue mi primer jefe. Siempre encima de mí, siempre vigilándome, Luego he tenido más —dijo mientras agarraba la verja— Sí, he tenido unos cuantos, doctor. Había una máquina en la fábrica que cogía las puertas y las alineaba, manteniéndolas en esa posición mientras una boquilla se insertaba en un agujero que había sido taladrado previamente e inyectaba espuma. La espuma servía para insonorizar las puertas y reforzarlas. Eran puertas muy resistentes, para colegios y estadios deportivos. Entonces, resulta que un día la boquilla no entró bien en el agujero de la puerta y se estaba poniendo todo perdido de espuma, fui a echar una mano al puesto de inyección de espuma y empecé a trastear el mecanismo por si podía hacer algún apaño. Como montador, tu cometido es hacer mediciones precisas, pero cuando estás ahí intentando que el ritmo de producción no se detenga, acabas haciendo apaños. Es una cosa curiosa que tiene este trabajo, si eres montador se supone que has recibido formación para fabricar máquinas precisas.

Cuando eres aprendiz, te dicen: «Mira, chaval, de ahora en adelante la precisión va a ser algo fundamental en tu vida». Pero entonces, después de un tiempo recortando planchas al milímetro con un troquel, te asignan más responsabilidades, y eso significa encargarte de reparar maquinaria en la planta de montaje, y eso significa, como he dicho antes, hacer apaños. (Pero, mira tú por dónde, siguen llamándote «el montador». Sigues cargando con el título). En cualquier caso, cuando llegué allí, la boquilla estaba suelta, espasmódica, en busca del agujero. Dándose golpes contra la parte superior de la puerta y soltando espuma sin parar. Hay cuatro rayos láser que escanean la puerta y envían información al ordenador; entonces, unos brazos acolchados salen para sujetar la puerta con suavidad, mientras otro rayo láser localiza el agujero, en la parte superior de la puerta, y otro ordenador, más pequeño, se encarga de guiar la boquilla hacia el agujero. Pero, como he dicho, la boquilla se volvió loca y empezó a rociar espuma por todos lados y para cuando yo llegué, ya estaba empezando a cuajarse. Total, que mientras Intentaba encontrar el cuadro de mandos, que estaba sepultado bajo la espuma, sentí al jefe detrás de mí. (En la cadena de producción, te acabas acostumbrando a sentir la presencia del jefe por detrás). Sentir al jefe detrás de mí, al acecho, no me suponía por lo general un gran problema, pero esta vez lo sentí (no sabría cómo decirlo, doctor, ni siquiera sé si tengo palabras para expresarlo) acechando de una forma nueva (tal vez «nueva» no sea la palabra adecuada), de una forma pesada (sí, quizá ésa es la palabra correcta, «pesada») y me di la vuelta y me lo encontré allí. Se llamaba Jenson y era un tipo grandullón, con ojos fríos y la cara tensa, con facciones como apretujadas. Y le gustaba empujar el codo de lo lindo. Casi siempre tenía una botella de aguardiente en el trabajo. Hasta la fecha había conseguido salir del paso, pero su final se estaba acercando. Así es como funcionan las cosas: te hacen jefe y le pegas al bebercio para soportar la presión, y entonces usas tu posición (como jefe) para ocultar tu adicción hasta que te conviertes en su subordinado (de la bebida),y finalmente tu nuevo jefe (el alcohol) te despide y acabas tirado en la calle, un bala perdida, esperando a que alguien o algo esté encima de ti, acechándote por detrás del hombro, porque siendo sinceros, doctor, un hombre necesita sentir eso de vez en cuando para no perder el norte, la cuestión es que ese día sentí a mi jefe encima, acechante, pero fue distinto. Me di la vuelta y lo miré, y él dijo: «Tú, imbécil, ya has estropeado la máquina», y yo respondí: «No, señor, yo no he tenido nada que ver con eso», y seguí trasteando en el cuadro de mandos, observándolo con atención, destornillador en ristre, ajustando esto y aquello, haciendo lo posible

por parecer eficiente y preciso, con cuidado de no tocar ningún fusible. En el fondo tenía la certeza de que la desalineación de la puerta no se debía a una cuestión mecánica, sino que estaba relacionada con el envío de información y con «Los pensadores» (como me gusta llamar a veces a los ordenadores). Adía de hoy sé que pese a ser montador, no habría sido capaz de reparar la máquina porque el problema no era la máquina en sí. Era la parte pensante la que no iba bien. Ahora me doy cuenta de que Jenson, seguramente, también se percató de este hecho, lo que podría explicar no sólo la forma en que me acechó, sino también el modo en que yo, al mismo tiempo, sentí deseos de acecharlo a él, como quien dice, a pesar de que no levanté la cabeza del cuadro de mandos y de que seguí dale que te pego con el destornillador, diciendo en voz alta, por encima del ruido de la máquina: «Vamos a ver, si llevo esto a una gradación de dos punto cinco» o «voy a ajustar esto una décima». Por supuesto, parte de cualquier trabajo consiste en parecer que estás haciendo tu trabajo, fingir que la exactitud está presente en todo lo que haces cuando la realidad es que jamás vas a acercarte al nivel óptimo de precisión. Durante la formación uno aprende bastante rápido que los micrómetros son simples objetos de exhibición. Un montador que se precie seguramente contará entre sus recursos con una serie de dotes teatrales que le permitan fingir precisión para, de este modo, compensar las deficiencias del ser humano, y ése es exactamente el tipo de espectáculo que yo estaba ofreciendo cuando la boquilla se salió de esa forma tan fantasmal (con un aire extraño y robótico de humanidad, decidida y lúcida por un momento, dudosa y contemplativa un instante después), se alineó con la cara de Jenson, quedándose ahí suspendida durante uno o dos segundos, como si le estuviese apuntando, mientras Jenson le devolvía esa mirada acusatoria de jefe. Y entonces, la boquilla le disparó en la cara: un enorme borbotón de espuma que provocó que Jason se tambalease hacia atrás, farfullando y quejándose igual que hacía cuando se acercaba el final de la jornada laboral y andaba ya borracho perdido. Huelga decir que me despidió al instante. Me dijo: «Estás despedido. Ve a por tu finiquito y deja tu taquilla vacía. ¡Se acabó lo que se daba! Finito! Ya estoy harto de ti». Él estaba seguro de que a mí las máquinas ya me daban igual, que lo que me preocupaba en ese momento era quién estaba encima de quién, quién acechaba a quién. Él era consciente de que yo estaba allí haciendo el papelón, fingiendo que podía arreglar aquel desaguisado, pero sabía de sobra que yo no tenía la culpa de que la boquilla se hubiese salido y le hubiese apuntado a la cara de esa forma tan humana. Ahora estoy seguro de que él sabía que fue culpa de la máquina y que yo no tuve nada que ver, y que los dos mundos, el mecánico y el humano, se intercambiaron de algún modo y que la máquina le hizo a Jenson exactamente lo mismo que yo le habría hecho de haber sido la boquilla. Él se percató de este hecho y respondió en consecuencia, asegurándose de que, como jefe, mantenía el orden del mundo y, a tal efecto, decidió despedirme a cuenta de mi flagrante imprecisión. Quiso asegurarse de que yo seguía siendo humano (un trabajador rechazado, despedido, que dejaba de ser montador) y que la máquina seguía siendo una máquina, libre de toda culpa. Por si no me había quedado claro, lo repitió una vez más, una voz tensa e irritada atravesó la espuma de su rostro: «Vacía tu taquilla, ficha por última vez y lárgate, no quiero verte más en mi puta vida, No quiero volver a verte el careto», dijo y entonces me empezó a atacar y dijo que yo era un inepto y que nunca más iba a trabajar en esta ciudad porque mi flagrante imprecisión, mi incapacidad de hacer las cosas en condiciones y mis errores como montador pronto estarían en boca de todos. Todavía seguía gritándome cuando fui a mi puesto a recoger mis cosas. Su voz se fundió con el ruido de la maquinaria, haciendo eco en las vigas del alto techo, en la cavernosa sala donde todos los sonidos se unían en un único e intenso clamor, ¡Toda esa precisión! Toda esa inexactitud convergiendo en una tormenta absurda de ineficiencia para, de

algún modo, me atrevería a decir, milagrosamente, sacar a la luz productos acabados, Aquella tarde, mientras abandonaba la planta de montaje para zambullirme en el sol radiante, la cadena de producción se detuvo, pero yo sabía que pronto reanudaría su actividad para seguir fabricando, una tras otra, sólidas puertas rellenas de espuma, corroborando la gloria de nuestras pretensiones de control.

* * *

Varios días después volví a encontrarme con el paciente. Se había detenido en mitad de un sendero y estaba haciendo una reverencia, mantuvo la cabeza agachada varios segundos y luego la enderezó y se dirigió a su señor, Lord Byron, o tal vez Lord Leitrim, el cual —supuse— estaría pidiéndole algo de una forma caballerosa, esperando atención aciertas necesidades corporales, una disponibilidad absoluta, una confianza originada a partir de innumerables momentos compartidos: mañanas en dormitorios acogedores, tardes en salones llenos de humo, noches en el cuarto de servicio. Tras varios minutos, se giró sobre sus talones, se dirigió con rapidez al porche y dijo:

—He venido a informarme sobre el estado de salud de Lord Byron, Me temo que tiene tuberculosis. Está tosiendo sangre —añadió, moviendo suavemente la cabeza.

Lejos, más allá de los terrenos el hospital, los coches avanzaban por la carretera. Estábamos en el punto muerto de una calurosa tarde del Medio Oeste, El aire, despiadadamente quieto. Puse las manos sobre los hombros del Mayordomo, me acerqué a su oreja y dije:

—Lord Byron está bien. Goza de buena salud, No tiene nada de qué preocuparse. Nada en absoluto. Seguirá a su servicio durante mucho tiempo.

Entonces vi cómo sufrió una convulsión tónico—clónica de proporciones épicas; se echó hacia delante y empezó a golpearse la cabeza contra la barandilla del porche hasta que los celadores, siguiendo mis órdenes, salieron corriendo para sujetarlo.

—Éste ya no nos va a dar más el coñazo con Detroit y sus historias de que si era montador y todo ese rollo —dijo uno de los hombres.

—Tal vez tengas razón. Ahora inmovilízalo y llévalo a su habitación.

* * *

—No sabría decir por qué, pero sentí, y todavía siento, que su historia de la fábrica de puertas era una forma de denunciar mis métodos —le dije a Anna varios años después durante una de nuestras agradables tertulias.

Ola se reclinó un momento, se tocó la barbilla, miró por la ventana y dijo:

—Bueno, supongo que te sentiste traicionado —usó esa palabra si no me equivoco— por el hecho de que las dos variantes de su trastorno delirante (servir a Lord Byron un día, y a Lord Leitrim al día siguiente), de alguna manera reflejaron tu propio puesto aquí, en el hospital. Estabas cansado y no tenías mucho tiempo y simplemente decidiste ayudarlo con su delirio principal. «Lord Byron está muerto», es posible que dijeras. Estabas luchando con el tema de la servidumbre que su trastorno generó en relación con tus propias funciones como médico y, a su vez, con la historia que te había contado sobre la fábrica.

Siguió hablando en estos términos durante un rato. Yo casi no la escuchaba. Tenía una voz preciosa y delicada de contralto. Sus dientes, impolutos y derechos. El pelo, rubio y luminoso. Fuera, la otra ala del hospital se alzaba en mitad de un frío cielo de invierno. Sólo conseguía discernir el borde superior de la torre de agua. Su tejado de cobre salpicaba los ladrillos de lenguas azules. Anna se tocó el pelo y se calló un momento y me preguntó si yo estaba de acuerdo y yo le dije que sí. Y entonces, poco a poco, fue repitiendo los hechos del caso, ayudándome a que yo los digiriese mientras observaba su boca amplia y suave. Teniendo en cuenta su infancia irlandesa, el paciente había visitado la finca de Lord Leitrim, que no estaba lejos de su casa, en Garrick. Su madre tenía devoción por Lord Byron. Eso explicaba la naturaleza dual de su delirio que, de otra forma, habría sido monotemático. Un tono como de ensoñación se había introducido en la voz de Anna. Éramos cómplices de una gran conspiración. El enigma del caso brillaba entre los dos como un cálido fuego mientras ella seguía hablando sobre el Mayordomo, que un día, durante uno de sus paseos por los terrenos del hospital, recorrió con su elegante porte el sendero que Lleva hacia la carretera, tras los grandes olmos enfermos, y Luego se giró a la derecha o a la izquierda, según su voluntad o el azar tal vez, y regresó sobre sus pasos mientras yo lo observaba desde el porche y me acordé de la historia que me había contado en la parte de atrás del edificio, o tal vez sólo reflexioné sobre su conducta en relación con su rostro rubicundo, su barba gris incipiente y las profundas cuencas de sus ojos. Incluso entonces había amenazado con perderse en la vasta espiral de casos pasados, cada uno de los cuales —el Ejecutivo, el Corredor de Bolsa, el Conserje— pareció ser en su momento tremendamente urgente y demandó mi energía, tiempo y conocimientos durante un período relativamente corto para luego caer poco a poco en el olvido, desplazado por otro paciente, Y de este modo, el caso del hombre conocido como el Mayordomo — que absorbió gran parte de mi atención durante un verano— fue disolviéndose gradualmente, convirtiéndose primero en una especie de arrebato de servidumbre hacia un patrono imaginario que le pedía que le trajese cosas de la cocina y que necesitaba su ayuda por la mañana para vestirse, y luego —tras la convulsión tónicoclónica— sólo quedaron los gestos residuales de la profesión, su modo de inclinar la cabeza, las reverencias, y tiempo después sólo la reverencias, hasta que finalmente eso también desapareció y acabó siendo otro ser impasible y medicado, cumpliendo dócilmente las normas estatales, desterrado a La soledad del porche, pasando los pocos días que Le quedaban allí sentado, en un silencio relativo, golpeando la deformada tarima con la silla mecedora o sentado en absoluta quietud mientras la brisa se levantaba —o amainaba — haciendo que los tableros de corcho del puesto de enfermería, repletos de notas y horarios y gráficas, temblasen débilmente en sus alcayatas.

EL COMITÉ DEL HIELO

Era tarde. Pronto anochecería.

—Creo que nunca te he contado la historia del capitán Hopewell —dijo el hombre llamado Kurt.

—No empieces, por el amor de Dios, seguro que nos traes el gafe —dijo el hombre llamado Merle— Como me ponga a pensar en esa historia, seguro que nos trae el gafe.

—Esta historia no va a gafar nada. Si conocieras la historia, lo sabrías —respondió Kurt.

Entonces, durante varios minutos, ambos hombres se quedaron en silencio y reflexionaron sobre todo lo que habían hablado acerca de la naturaleza de la suerte a lo largo de los últimos meses, mientras iban por Superior Street con una taza en la mano pidiendo monedillas, buscando cualquier curro, lo que hiciese falta para conseguir algo de bebercio y un boleto de rasca y gana. Habían llegado a la conclusión de que hablar demasiado sobre la buena suerte justo antes de rascar un boleto reducía las posibilidades de ganar, porque la suerte tenía que girar en torno al espacio y al tiempo en que se rascaba el boleto, creando una relación con el estado anímico que tenías en ese momento concreto, O bien lo rascabas en un momento deliberadamente tranquilo y sosegado, o en uno de gran intensidad emocional. Rascar un boleto en frente del centro de caridad Hope Mission, o aún peor, dentro del salón, con todo ese desconsuelo tan manido: ni de coña. En la tumba de tu madre un prístino día de invierno, después de haber rezado y mostrado los respetos pertinentes y de poner varias flores: cincuenta— cincuenta. En el lago Superior, en la cubierta de un buen barco bajo un cielo gloriosamente cristalino: sesentacuarenta. En la cubierta del mismo barco, en mitad de una tormenta interminable, con el lago empezando a congelarse, justo después de enterarte de que tu viejo ha muerto: noventadiez. Otra vez en la tumba de tu madre, en otoño, al anochecer, tras haber sobrevivido a la tormenta interminable: fijo que sí. Lo suyo es quitarse cualquier tipo de expectativa de la cabeza y entraren un estado de indiferencia mientras miras al lago con un anhelo mudo y dichoso.

—Esta historia no te la he contado, así que nuestras posibilidades de ganar no van a reducirse si la cuento —dijo Kurt mientras se reclinaba en el banco—. Nuestras posibilidades siguen siendo las mismas, es como si empezara a hablar del sueño ese que tuve en el queme compraba un barco desmantelado, no sé si era aquí o en Cleveland. Y lo llevaba a dique seco y le ponía un jacuzzi, una mesa de billar, un bar... todo eso —dijo.

Entonces, el hombre de mayor edad, que estaba sentado muy formalmente con las manos sobre las rodillas, levantó los brazos y se puso bien la solapa del abrigo.

—Acabas de plantar una semilla en mi mente y ahora te veo comprando un barco desarmado; basta con que yo haya pensado eso para que ya nos hayas gafado.

—¿Entonces qué pasa, que no puedo hablar? —preguntó Kurt.

Trente a ellos, el lago estaba inusualmente tranquilo para la época del año en la que se encontraban, una reluciente masa de agua que se extendía hasta una embarcación solitaria y lejana que se dirigía al horizonte. Detrás de ellos, a la derecha, se hallaba el puente, con sus contrapesos de cien toneladas arriba y la plataforma abajo, esperando con tesón a ser liberada de su carga. El puerto de Duluth estaba muerto, los aliviaderos y transportadores, vacíos. A excepción de ese Lejano barco, nada parecía moverse.

—Lo hemos discutido ad infinitum, sabes que debes controlarte y no hablar tanto sobre la fortuna (buena o mala) hasta que rasquemos el boleto —dijo Merle agitando las manos bajo las mangas y doblando los puños hacia fuera, Tenía un rostro alargado, demacrado y triste; los ojos, inmóviles y de color azul lavanda.

—Bueno, el capital Hopewell era un capullo sin remedio —dijo Kurt—. ¿Puedo decir eso por lo menos?

«*Lo barcos y Vietnam, Vietnam y los barcos, de ahí no hay quien saque a este chaval*», pensó Merle.

—Lo que tú digas, profesor —dijo Kurt.

—Si no he dicho nada —respondió Merle.

—Pero lo estabas pensando y yo sé el qué —dijo Kurt y se puso de pie y caminó por la orilla para examinar, por segunda vez aquella tarde, las moscas muertas y la mugre que indicaban el punto hasta el cual el nivel del agua (no la marea, no era una marca de marea) había retrocedido a Lo largo del caluroso y seco verano.

El barco había desaparecido en el horizonte, parecía que rumbo al norte, seguramente bordearía el sur del faro de Split Rock y la isla Royale, después cambiaría de rumbo y se dirigiría a las esclusas Soo («*probablemente pasará por la esclusa Poe*», pensó Kurt, «*sí, la Poe es la única por la que puede pasar un barco tan largo*»); después seguiría hasta el Lago Hurón, el lago Saint Clair, el río Detroit, el lago Erie, pasando por el canal Welland, atravesando el Lago Ontario y, Analmente, el canal de San Lorenzo —seiscientos cincuenta agotadores kilómetros— hasta llegar al mar. Era fácil imaginar la urgencia con la que obraría un barco en esta época del año mientras atravesaba las esclusas, buscando la repentina serenidad del canal, con tierra Arme y cercana a ambos lados, para dejarlo atrás y adentrarse en el golfo de San Lorenzo y, por último, al Atlántico, al mar abierto. Así es como funcionaba. Embarcabas en primavera, te colgaban de los costados y pintabas el casco, fregabas la cubierta y trabajabas como un cabrón quitando y poniendo los pernos a las escotillas, sin apenas prestar atención al agua, hasta que un día, mientras te fumabas un cigarrillo en cubierta, la inmensidad del mar abierto se mostró ante tus ojos y te quedaste mudo, como cuando el viento le levanta la falda a un chavala y deja al descubierto un hermoso secreto, y luego regresaste al tedio habitual: Las escotillas, la cubierta, el polvo de la bodega. Se abrió para ti y se volvió a cerrar, eso es Lo que hizo el mar.

—Venga ya, Hopewell, no me toques la pelotas —gritó Kurt—Menudo carcamal estoico de Nueva Escocia.

—Debo repetirte que ya he oído todo Lo que quería oír sobre Hopewell —dijo Merle examinando a su amigo.

Kurt era un fideo, llevaba una vieja camisa de franela y una chaqueta de arpillera que Le colgaba holgadamente de sus anchos hombros. Todas las drogas que se había metido Le habían impreso una especie de demacración sagrada, como si hubiese estado ayunando por una causa

elevada; y sus ojos, cuando no los entrecerraba, oscilaban de un modo que le hacía aparentar menos de cincuenta y tres años, que era la edad que tenía.

—Venga, pues di me de qué iba la historia, un par de palabras solamente para confirmar que la conoces —dijo Kurt golpeándose los costados y dando saltitos, Levantando los dedos de Los pies — Creo que dijimos que podíamos hablar de buena suerte siempre que la historia fuera nueva.

—Bueno, si insistes —dijo Merle— Me contaste que estuviste trabajando en un barco que era un montón de chatarra. «Estaba listo para el desguace», dijiste. Llevaba una bandera portuguesa y había un capitán llamado Hopewell. Entonces me preguntaste si conocía otra palabra para «tipo duro», y yo te sugerí «estoico». Tú dijiste: «Eso es, “estoico”, ésa es la palabra». Dijiste que Hopewell era un «carcamal estoico de Nueva Escocia», tal y como has hecho hace un minuto, y luego me contaste la historia.

—Te he podido contar cientos de historias del puto Hopewell Tengo historias de él a puñados —dijo Kurt—. Y ya conocía la palabra «estoico» antes de que tú me la enseñaras.

—Vietnam salía en la historia —dijo Merle.

—Hombre, es que Vietnam sale en la mitad de las historias que cuento. Eso no prueba que conozcas ésta.

—Bueno, salía el capitán Hopewell, Vietnam, y había un barco que estaba para el desguace.

—¿Salía un tío llamado Billy-T, un colega mío, el que se alistó conmigo en Benton Harbor?

—¿No habíamos dicho que no contaríamos historias que tuvieran algo que ver con la suerte? ¿No habíamos llegado a ese acuerdo en algún momento? —preguntó Merle, golpeando su bastón en la tierra.

—Anda, sígueme la corriente. Si me dices que ya te la he contado, me callo; pero si no, creo que es mejor que la cuente porque tengo ganas de hablar, y ya sabes que si no hablo cuando quiero hablar es posible que se cree una tensión que nos gafe más que si cuento alguna historia que incluya el tipo equivocado de suerte. ¿Salía un tío llamado Billy-T? Si salía Billy-T en la historia, entonces es que ya te la he contado y, en ese caso, te dejaré en paz.

Merle levantó la mano, se pellizó el surco del nudo de la corbata, curvó la palma de la mano y la apoyó sobre un extremo del bastón y, entre fuertes temblores, intentó ponerse en pie.

—Por Dios bendito, chaval. Luego no me echas la culpa sino ganamos nada. A mi también me apetece contar cosas, pero sé cuando hay que cerrar el pico.

Al Anal Merle, dándose por vencido, se volvió a sentar y observó cómo Kurt le daba un trago a su cerveza, se limpiaba la boca, se encendía un cigarrillo y arrastraba los pies mientras se preparaba para contarle la historia, repasándola mentalmente (presumiblemente), intentando recordar si le había largado a Merle todo el rollo de principio a fin o si sólo le había contado la versión abreviada, omitiendo el final.

—Yo era el pringado de mantenimiento de ese montón de chatarra que iba quemando carbón por la costa de Cleveland con la bandera portuguesa, Supongo que te conté eso y a lo mejor te conté también que íbamos al norte y que hacía muy mal tiempo. Nada más que por los vaivenes del barco se sabía que a alguien le iba a pasar algo malo —dijo» y entonces esperó a que Merle lo interrumpiese para advertirle de nuevo que iba a gafar el boleto, pero el viejo tenía la cabeza apoyada hacia atrás y los ojos cerrados, asintiendo suavemente, así que Kurt siguió diciendo—: Supongo que te conté la sensación que tuve, Era como si el agua quisiera arrastrar a alguien al fondo. Y quizá te conté que a veces intentaba pegar la hebra con Hopewell y contarle mis mierdas

de Vietnam para escaquearme del trabajo en cubierta y que casi siempre me escuchaba y al momento me decía que volviera al trabajo. Pero aquella vez fue distinto. En primer lugar, el muy capullo se saltó el protocolo y comió con nosotros, en nuestra mesa. El capitán y sus coleguitas normalmente comían en otra cocina, pero supongo que se había dado cuenta de que había cierta tensión y descontento entre la tripulación, No es que fuéramos a amotinarnos ni nada, Verás, que era un curro en el que pagaban bien. Los motines eran cosa del pasado, Total, que yo, cuando le contaba mis historias, intentaba meter toda la jerga que podía, pero también un poco de imprecisión, no sé si me entiendes, buscaba un equilibrio; en una historia sobre la guerra de Vietnam tiene que haber verdad y locura a partes iguales, Y aquel día, entre las sacudidas provocadas por la tormenta, supe que tenía que tocar la fibra sensible del capitán Hopewell, una fibra oculta, así que empecé allanando el terreno con algunos detalles aleatorios: el extraño polvo de color rosa que te dejaba la *flechette* en los dedos, los helicópteros en operaciones psicológicas emitiendo el sonido de bebés llorando para que los amarillos se volvieran locos y se rindieran. Me curré todos estos detalles hasta que a Hopewell se le puso la cara tensa y se le torció la boca y el palo que tenía metido en el culo pareció llegarle hasta las cejas. Entonces supe que me estaba escuchando de verdad.

»Le conté que cuando cumplí dieciocho años estaba convencido de que me iba a tocar ir a la guerra y que como prefería ser yo quien decidiera a qué servicio unirme, me alisté voluntariamente con mi mejor amigo, Billy-T: fuimos a la oficina de reclutamiento de Benton Harbor y nos alistamos juntos. Entonces vi que a Hopewell se le estaban yendo los ojos a la portilla y noté que tenía que ir al grano, así que eso es lo que hice y le hablé de cuando Billy-T y yo estábamos en Hué, en mitad de aquel calor pesado, recorriendo las calles, cara a cara con los horrores de la guerra, y que entonces Billy-T —que ceceaba mucho— comunicó las coordenadas de un ataque aéreo por la red radiofónica. Se oían ráfagas de mortero por todas partes y esos teléfonos de campaña eran lo puto peor... “Joder, es que como empiece a hablar de eso...” le dije a Hopewell. “Como me ponga a hablar de las armas que teníamos allí... Nadie me cree cuando se lo digo, pero durante un tiempo estuvimos usando rifles Remington de mierda. Te lo juro, con la culata de madera, de cartucho único y con piedra de fusil. Cuando abres uno de esos, luego no hay cojones de cerrarlo otra vez por culpa del puto resorte de la recámara”. Metí mierdas de ese estilo, todas las que pude, para mantener los ojos de Hopewell apartados de la portilla, y luego di un salto atrás y volví a la historia principal, asegurándome de que entendiera que no estábamos acostumbrados a luchar en la calle. Estábamos acostumbrados a un tío en primera línea de fuego sin campo de visión. Hué era todo campo de visión, si es que te atrevías a mirar. Sabes lo que hay que hacer: pones un casco en La bayoneta y lo sacas por encima del muro, lo cosen a tiros y cuando lo bajas tiene agujeros por todos Lados. (Entonces, algún novato de Wisconsin cogerá y hará Lo mismo). Le dije a Hopewell: “¿Ves, tío? A Billy-T le faltaba poco para cumplir sus dos meses de servicio, en cuestión de pocos días iba a volverá casa. Las calles tienen esquinas, ¿entiendes?, ángulos, puertas, cementerios, ventanas y muros, es en la calle donde el puto rollo de la suerte y el azar cobra sentido. La cuestión es que Billy-T comunicó las coordenadas y esperó a que llegara el apoyo aéreo para que solucionara el problema. Así es como se hacía. Nos llenábamos de mierda hasta las cejas y esperábamos a que llegara el apoyo aéreo, y entonces nos escondíamos y esperábamos el calor del napalm. Lo odiábamos como se odia a cualquier salvador. Te salvaban la vida y te la quitaban al mismo tiempo, no sé si me entiendes”.

—Bueno, la verdad es que no sé si te entiendo —dijo Merle y golpeó el bastón—. Pero creo

que deberías parar ahora mismo. Incluso diría que en este caso la redundancia podría anular de algún modo el gafe, EL hecho de haber oído esta historia tantas veces, y de que la encuentre aburrida, incoherente incluso, y de que no haya prestado atención a nada de lo que has dicho, podría poner la suerte de nuestro lado.

Rebuscó entre sus recuerdos tratando de dar con la versión original de la historia de Kurt, que había oído durante una de sus primeras tardes juntos —todavía en la fase de Luna de miel, comerciando vidas con un deseo febril, como amantes en la cama—, sentados cerca del puerto, en el que habría de ser su futuro rincón, fumando y bebiendo hasta perder la conciencia, escuchando el rugido de los aliviaderos, la mar de a gusto, mientras el puerto —cuya actividad había quedado reducida a un leve goteo en los últimos años— les pareció grandioso e importante con la repentina llegada de un barco. Kurt le había explicado que las tripulaciones de esos barcos todavía se dirigían al norte, rumbo a Fort William/Port Arthur, sus palos y jarcias gritando al viento, el clamor de la plancha y el enramado desafiando al aguanieve que arrastraba el viento del este; le contó que sus capitanes aún tenían que lidiar con las máximas del Comité del Hielo de la Asociación de Transportadores del Lago, un puñado de tíos enchaquetados en una oficina pija del edificio Rockefeller, en Cleveland, que cogían unos cuantos informes meteorológicos de mierda, otros tantos mapas y cartas de navegación, y cada temporada predecían —como el culo— cuándo sería posible romper el hielo de los lagos del norte.

Como Merle conocía ya —de aquellos primeros días— la historia que Kurt estaba contando, una parte docente enterrada en él emergió a la superficie mientras intentaba establecer conexiones intelectuales entre esos recuerdos maltrechos y su propia vida. Allí sentado con aquel hombre más joven que él, se acordó de la sensación de impartir una clase sobre esas criaturas que —armadas de fe y de una enorme fortaleza para plantarle cara a las fuerzas naturales— lo habían arriesgado todo con el fin de ganarse unas perras, abriéndose paso a lo largo de la orilla a golpe de regateo y explotando a los nativos de una u otra manera, accediendo a los grandes flujos de capital entre las afueras y las ciudades. Un conocimiento profundo de eventos secuenciales, un entendimiento glorioso y completo que en su día le permitió hablar con absoluta autoridad y que se había hecho añicos desde entonces: Carlomagno y los algonquinos; los pueblos del lago Hurón, lúgubres y descuidados según los estándares franceses; el padre Jamet; el hermano Duplessis, San Gabriel Lalemant; Énemond Massé. Conocimientos que se amontonaban y adherían a los de su propia historia personal: su mujer, Emma; su suegra, Grade; su hijo, Ronnie; y dos docenas de hombres del Orden Sacerdotal para el Pueblo de Mission Edge, que se pasaron sus vidas ante la enorme presencia visual del lago a medida que éste luchaba con la yerma ciudad, la cual fue prosperando —no sin grandes altibajos—, con sus antiguos casones encaramados a los altos bancales con un sorprendente optimismo, pareciendo hacer la vista gorda a lo inclemente de un paisaje donde predominaban la piedra y el hielo.

Y otra vez que iban borrachos dando tumbos por Superior Street, sujetándose el uno al otro, con los brazos sobre los hombros, Kurt admitió que no lo vio como una cuestión de mala suerte por parte de Billy-T, sino más bien como mala suerte convertida en buena suerte porque gracias a la muerte de Billy-T él había conseguido librarse de sus tareas en cubierta, y no eran tareas fáciles precisamente, porque cuando se acercaron a Taconite Harbor hubo que quitar los pernos a las escotillas, diez pernos por escotilla, y luego lo bajaron en una cosa de esas que se llama «guindola», que no es más que una tabla de madera sobre la que pones el culo y tiene un barra de hierro que te sube por la inglete. Se detuvieron en mitad de la calle, cara a cara, y Kurt admitió que

seguramente Billy-T no pronunció bien las coordenadas y que el operador de radio que estaba al mando del control aéreo no debía de ser muy espabilado o entendió mal algún número, la cuestión es que lanzó la bomba demasiado cerca y varios hombres saltaron por los aires, incluido nuestro querido Billy-T. El hecho de que Kurt fuese capaz de usar la historia para escaquearse de sus tareas le había salvado la vida porque a un «pobre desgraciado de cubierta» —ésas fueron las palabras que pronunció entre tímidas lágrimas— le tocó morir aquella noche —«En mi lugar», dijo, «en mi lugar. El muelle de Taconite tiene poco más de un metro de ancho y un borde de madera para evitar que te resbales, pero estaba cubierto de hielo cuando llegamos, y el chaval que me sustituyó hizo lo que se suponía que había que hacer: mantener la vista en la cuerda todo el tiempo, tirando de ella, hasta que se cayó por el borde».

Tiempo después —hace varias semanas—, mientras paseaban en dirección a Indian Point Park, echando un rato juntos sin nada que hacer ni dinero que gastar, Kurt admitió que el capitán Hopewell en ningún momento se tragó la historia que él Le había contado de Billy-T, y que simplemente había estado sopesando las consecuencias de mandar a la cubierta superior a un hombre que se encontraba en un estado mental tan lamentable.

—El cabrón era un viejo zorro y estaba pensando en todo el papeleo que tendría que hacer si ese estúpido marinero de cubierta, ese chavalillo tan endeble se cayera por la borda. Tendrían que soltarlas cadenas y esperar a que se hiciera una búsqueda oficial lo que llevaría varios días, y tener que quitar varios días de la puta lista de embarque Le costaría una fortuna a la empresa —dijo Kurt de nuevo entre lágrimas—. El capitán Hopewell vio que yo no era más que otro tarado de Vietnam, demasiado complicado para él en lo que respectaba a sus responsabilidades.

* * *

En el banco, al abrir los ojos, Merle vio a Kurt bajar a la orilla una tercera vez y mojar el zapato en el agua. «Tal vez no importe lo que ninguno de los dos acababa de decir», pensó el hombre de mayor edad. En todos los puertos grandes como éste hay algún tipo igual que Kurt, un tipo que echa de menos el mar cuando está en tierra firme y la tierra firme cuando se hace a la mar, un tipo cuya vida acabó en Vietnam, en el Altiplano Central, o en Khe Sanh, o en Hué, o en Saigón, como miembro de la Tiger Torce, o como artillero en un helicóptero Chinook, según la versión que le diese por contar ese día. Y siempre había un vejestorio cuya vida había terminado al llegar a la mediana edad, empezando con una pelea —de cuyo motivo era incapaz de acordarse— que tuvo como resultado un jarrón roto (un regalo de boda) y otra pelea y una silla Hitchcock rota (otro regalo de boda), y otra pelea más y una mandíbula rota («¡Emma, ay, mi Emma, corazón mío!»). Sintió la honda vergüenza del recuerdo: sus largos y elegantes dedos alrededor de la barbilla, sus profundos ojos marrones, preciosos y tristes, cuando miró atrás y La vio por última vez, antes de ponerse en marcha, un pie tras otro, día tras día, hasta que pareció alcanzar (y la alcanzó, Dios mío de mi vida, vaya si la alcanzó) la orilla norte del lago Superior, al otro lado de la frontera con Canadá, para luego bajar de nuevo y llegar, por fin, al centro de caridad Hope Mission.

Cuando salió de aquel recuerdo, Merle estaba de pie, temblando otra vez violentamente, apoyando todo el peso sobre el mango del bastón.

—¿Crees que se congelará pronto? —preguntó.

—Dios —dijo Kurt—, ahora sí que vasa gafar el puto boleto. No empieces que ésa ya me la sé. Hielo, una apuesta, y un ganador, Por el amor de Dios.

—Pero si no he dicho nada —dijo Merle.

—Ya has dicho bastante preguntándome cuándo se iba a congelar el lago. Ésa es la pregunta que siempre te sacas de la manga cada vez que juntamos algo de pasta para comprar boletos. La habré escuchado un millón de veces.

—No he dicho nada —insistió Merle.

Pero no estaba seguro porque el recuerdo tenía muchísima fuerza. La calidez del salón del centro de caridad cuando aún conservaba algo de su buena fe docente. El humo de los puros blanqueando el aire, atrapando trozos de luz a medida que se filtraban por la habitación, espesando la tarde mientras fuera, en la calle, Los coches siseaban entre el aguanieve. Dentro, Jimmy Klein estaba sentado en un gran sillón de cuero cuyas costuras atravesaban los reposabrazos. Uno de los veteranos —en aquella época— del centro, sus labios se cuartearon y secaron tras cinco años sobrio. Cinco años sin alcohol que Le habían conferido un aspecto arrugado, afilado que incomodaba muchísimo al resto de los hombres.

Su voz era fuerte, de autor. (Todos los demás hombres que estaban en el salón aquella tarde habían muerto, Red Jason, guardagujas del ferrocarril Iron Range: muerto. Slappy Jack, montador con un absceso en el cuello: muerto hacía tiempo. Jimmy Klein: muerto hacía mucho, mucho, mucho tiempo). Los hombres adoptaron sin darse cuenta poses estudiantiles, inclinándose hacia delante con una atención inusual.

—Siempre que tenía ocasión, un tipo llamado Frank Lashway, que Le daba con ganas a la bebida, tanto como vosotros o más, decía que sabía con seguridad cuándo se iba a romper el hielo. Apostó por el tercer día de marzo y llegó a precisar incluso que se rompería a las tres de la tarde. La gente le preguntó: «Lashway, ¿tú estás seguro?», y él respondió, y cito literalmente: «Estoy seguro. No es que Lo suponga, es que he tenido una visión», y ellos respondieron, y cito Literalmente: «Visión de borracho es lo que tienes tú», y él dijo: «Bueno, una visión al fin y al cabo», Y, por favor, no perdáis de vista que es una historia real; la podéis encontrar en Los archivos del Kitchi Gammi Club. Celebraron La apuesta, al menos para la gente de clase alta, los dueños de los barcos, los operadores de la fábrica de acero y gente del estilo, Y un hombre llamado Lashway apostó al tercer día de marzo.

»«¿De dónde sacó el dinero para apostar?», preguntó Jimmy Klein. Y Luego, Slappy Jack, entre gruñidos y gemidos dijo: “¿Y qué carajo importa de dónde sacara el dinero para apostar? Lo importante es que apostó, so imbécil, porque la clave de la historia que ha contado el profesor no es la cantidad de la apuesta, joder, como si apostó La camisa que llevaba puesta, eso es lo de menos”. Y entonces Klein se picó y dijo: “Cojones, pues claro que importa la cantidad porque si no fue una apuesta grande la historia pierde toda la gracia. Si no, él habría pasado desapercibido como todos los demás. Lo que quiero decir es que la cantidad de la apuesta tiene que significar algo, se trataba de una apuesta grande: su casa, la casa de su mujer en Wisconsin, algo de ese palo, entonces la historia trasciende, va más allá de un tipo con un golpe de suerte, se convierte en algo más”.

Siguió hablando en estos términos hasta que, finalmente, Merle se aclaró la garganta, se acarició la barbilla y, mirando a través del humo, dijo:

—Diremos que apostó su casa, un a que no había visto en años pero que sabía que seguía existiendo, en una granja de cuarenta hectáreas de Creen Bay; apostó también un caballo de tiro, un arado y un nuevo artilugio para desvainar el maíz. Digo esto sólo por el bien de la historia, por si sirve de algo, porque la apuesta (y estoy de acuerdo con tu argumento, Jimmy) debería

importaren teoría; en fin, que si os sirve para valorar mi historia, pongamos que la apuesta fue elevada. En cualquier caso, el 3 de marzo llegó, hacía frío, un frío de cojones, y el puerto seguía congelado, nada hacía pensar que fuera a romperse el hielo ni nada de eso. Según los registros, al menos Los que yo encontré, Lashway empezó a andar por el hielo. Casi toda la ciudad de Duluth se dio cita para observarlo caminar por la orilla y adentrarse después por la lisa superficie congelada. Tras andar unos cuatrocientos metros, se detuvo y empezó a darle hachazos al hielo, su codo iba arriba y abajo, hasta que apareció una grieta. No fue un bum, sino un único golpe fuerte y eléctrico (¿podéis imaginarlo, no?), y el hielo empezó a romperse, y por supuesto Lashway fue absorbido por las aguas y, por tanto, liberado de la carga de la apuesta, como quien dice, se quedó sin saber si ganó o perdió. Y ganó, ¿os dais cuenta?, pero no lo supo, por lo que, quizá, teóricamente, no ganó.

Los hombres murmuraron y refunfuñaron, exhalaban humo, miraron con solemnidad al televisor. Habían oído a menudo este tipo de historias: absurdamente fuera de sintonía con la realidad, y al mismo tiempo ciertas como la vida misma, un reflejo de su propia desesperación, («Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo», dijo Slappy Jack. «¿A que sí?»). No fue la imagen de alguien andando por el hielo Lo que había conseguido el golpe de efecto. Tampoco el hielo rompiéndose alrededor de sus botas, Todos ellos habían sentido esas fuerzas asombrosas. Lo que realmente les tocó la fibra —mientras esperaban, hacían una pausa, escupían en La escupidera, fumaban, veían látele, cambiaban de postura, se ponían bien los puños de La camisa, apretaban pelotas, daban capirotaos a uñas roídas, escuchaban el reloj vibrar junto al mostrador de recepción— fue el dinero que el tipo no podría embolsarse jamás. Finalmente Klein dijo: «Arregla la puta tele» y se levantó para girar y manipular la antena, desplegándola al máximo; y cuando fue por detrás para girar el botón de control, la imagen se convirtió en una formación de espirales más apretadas si cabe, y las mismas caras —una tras otra—giraban sin parar hasta el filo de la pantalla, introduciéndose en la eternidad.

* * *

—Si gano algo de dinero voy a volver a Dentón Harbor para ver qué tal ha ido todo durante mi ausencia —estaba diciendo Kurt—, Y no me refiero a este boleto de pacotilla, sino a uno con un reembolso en condiciones. Si ganamos éste, lo que tenemos que hacer es comprar unos cuantos boletos, de los que traen un premio gordo. Porque si este boleto tiene premio, quiere decir que hemos hecho algo bien, y si no hacemos uso de ese hecho, entonces todo seguirá igual.

Estaba en cuclillas, hablando y gesticulando hada el lago, que se había vuelto brillante y plateado oscuro bajo la débil luz del atardecer, del color del mercurio.

—Creo que deberíamos esperar unos minutos más —dijo Merle desde el banco, EL frío le estaba calando los pantalones y había alcanzado sus doloridas rodillas—. Creo que acordamos que queríamos ver aparecer al menos una estrella, o la luna. Alguna indicación de que hay algo más allá del cielo. Creo que eso fue lo que dijimos.

—Hace un frío que pela, no quiero esperar más —dijo Kurt.

Después se puso a hablar de una chica que había conocido en Chicago, poco después de volver de la guerra. La había llevado a dar una vuelta por la carretera que bordeaba el Lago, llegaron al antiguo parque de atracciones, y allí encontró un sitio para aparcar. Entonces aparecieron unos vándalos, rodearon el coche y rompieron una botella en el guardabarros, y Kurt

salió del coche con un palo en la mano.

Él seguía hablando pero Merle había dejado de escucharlo; se trataba de otra de esas historias raídas que Kurt se contaba a sí mismo, día tras día, para calmar una rabia posbélica tan tremenda que parecía hipnotizarlo.

—¿Volverás, verdad? —preguntó Merle.

Estaba intentando ponerse de pie otra vez. Quería estar de pie cuando el chaval rascara el boleto.

—¿Cómo?

—Si vas a Dentón Harbor, ¿volverás luego aquí?

Se oyó una alarma de advertencia en el puente; los enormes engranajes empezaron a moverse, los contrapesos iban descendiendo a medida que el puente se levantaba para que pasase un último barco. Escucharon el borboteo de la hélice girando y el rugido del motor y, entonces, un minuto después, la bocina de la embarcación emitió dos señales, largas y aciagas, para anunciar su partida.

Kurt arrugó la cara, cogió a Merle de la mano y dijo:

—Volveré, créeme, sabes que sí. Y de todas formas, no traería buena suerte decir que no, ¿verdad? Al menos, no en este momento ni en este lugar.

El barco apareció en el canal, alzándose sobre el muro, un superpetrolero gigante —de color gris y blanco— del tamaño de un campo de fútbol, Oyeron las bofetadas del agua a su paso y el gluglú de los gases subiendo desde la hélice.

—Me da a mí que éste va a ser el último de la temporada —dijo Merle.

—Tú y tu obsesión con el hielo —respondió Kurt— Ese barco debe de tener más de trescientos metros, no entra en las esclusas de Saint Lawrence, es demasiado Largo. Está atrapado en Los Lagos —dijo mientras se daba ansiosos palmetazos en el bolsillo del abrigo.

—Creo que éste es el momento —dijo Merle— Según San Juan de Brébeuf o Lalemant, no estoy seguro, los hurones jugaban a Los platillos (creo que se llamaba así), cogían cinco o seis huesos de frutas pintados de negro por un lado y de blanco por el otro y repetían la palabra «tet» para tener buena suerte en el juego. A lo mejor tendrías que decir «tet» mientras rascas el boleto. —Vio cómo el barco los dejaba atrás—. Jugaban para que los enfermos se recuperaran, creo. El juego lo prescribía un médico, pero era más efectivo si lo pedía el enfermo.

—Ay, madre mía, si así consigo librarme de tus lecciones de historia, rasco la mierda esta ahora mismo —respondió Kurt.

Seguidamente sacó el boleto —brillante y plateado bajo la luz crepuscular— del bolsillo del abrigo y se lo puso en la palma de la mano. Del otro bolsillo cogió una moneda y luego dijo:

—Tet,

tet,

tet,

tet,

tet,

Caminó en dirección al agua y vio cómo los números iban apareciendo uno tras otro a medida que rascaba. Entretanto, el cielo oscuro —un púrpura que zozobraba hacia el negro— parecía

endurecer la superficie del lago, mientras la ciudad, tras ellos, hervía en el profundo silencio de la pérdida, otro día que quedaba calcinado por la furia de la decadencia. Rascó como si el corazón Le hubiese dicho (y se lo dijo, sí, se Lo dijo) que en cuestión de horas una masa de aire frío descendería de las llanuras de Manitoba y Saskatchewan, atravesaría el río Knife, barrería el lago a lo Largo y ancho con una intensidad que supondría una afrenta personal para ambos, que, tumbados en sus camas, estarían haciendo balance de la tarde, revisándola de todos los ángulos posibles, preguntándose qué es lo que habían hecho mal y cómo podrían evitar el gafe la próxima vez.

Meses después, en pleno invierno, volvieron a revisar y examinar el momento en que rascaron el boleto. Revisaban el pasado por pura diversión. Después de todo, ambos hombres se habían deshecho hacía mucho del concepto lineal del tiempo; estaba extinguido, enterrado bajo las pérdidas acumuladas. Pero en ocasiones, en momentos de borrachera o alentados por un sople de esperanza, intentaban establecer el orden de las cosas y hacían declaraciones tan desproporcionadas con las realidades de sus vidas que se provocaban ataques de risa mutuos. A Merle le daba por decir que quería volverá la enseñanza, que echaba de menos el estar delante de una clase, con todos esos chavales ansiosos por aprender, escribiendo en sus cuadernos, tomando nota de cada puta palabra que él decía. Y luego Kurt decía que iba a olvidarse del puto Vietnam y que iba a vivir el momento, el presente, el aquí y el ahora, que iba a dejar toda esa mierda atrás, entonces Merle hacía una pausa larga, muy larga —a veces horas, a veces días— y, en un tono de voz alto y pontificio, con el dedo sobre la barbilla, decía:

—La probabilidad de que olvides lo que te ocurrió en Vietnam y de que aproveches el momento presente es igual de alta que la probabilidad de que el pueblo hurón se alce de los polvorientos pasillos de la historia y reclame su legítimo lugar en la evolución de la civilización.

Y entonces les entraba una risa espasmódica, golpeaban la acera con los talones y Merle hacía un baile loco, artrítico, que le hacía parecer ligero de pies. Estos eran sus momentos de gloria, cuando la carga de sus respectivos arrepentimientos parecía emerger y hundirse de nuevo, y gracias a estas purificaciones seguían viéndose y haciendo cosas juntos.

La nieve estaba cayendo a su alrededor. El silencio jorró la ciudad. El lago era un paño blanco bajo un cuenco de estrellas, puro y clara Kurt rodeaba al hombre mayor con sus brazos, ayudándolo a andar y, entonces, de forma impulsiva, lo acercó hacia él y pudo sentir su fragilidad, los huesos chocando contra la piel y, de repente, ambos fueron conscientes de la triste imagen que habían debido de proyectar, arrastrando los pies entre la nieve amontonada, abrazándose para mantenerse calientes.

—Si ganamos el siguiente boleto —dijo Merle, su voz vaporosa y seca—, iré en busca de Emma. Esta vez será la definitiva, le pediré disculpas y le diré que soy un hombre nuevo y recuperare los terrenos que tenía cerca de Au Sable, donde iba a construir una cabaña de pesca.

Y Kurt, sin mediar pausa alguna, dijo:

—Y yo voy a buscar a la hermana de Billy-T, a la que siempre he querido, y le voy a poner una casa y todo lo que ella quiera, a ver si nos va bien y pasamos el resto de nuestra vida juntos.

Entonces dejaron atrás la nieve amontonada y se dirigieron al centro de la carretera donde

una maquina quitanieves había apartado un trozo liso de hielo, y empezaron a reírse, cayeron de nuevo en la rutina. Se trataba de un estado de gracia, limpio y abierto, que aparecía y desaparecía con la regularidad justa para mantenerlos unidos, y que acabara cuando el mundo acabe, o tal vez no.

LA LINDE DEL BOSQUE, KANSAS, 1934

Cinco días pasándonos los prismáticos al uno al otro y haciendo turnos para adentrarnos en el bosque y echar un cigarrillo sin que nadie nos viese. Cinco días vigilando la casa de su tío por si a Carson le daba por volver allí. Cinco días escuchando al joven agente llamado Barnes recitar el expediente palabra por palabra: «Carson suele hacer disparos de advertencia; se especula que la visión limitada de Carson en el ojo izquierdo es la causante de que sus disparos se desvíen a la derecha de sus objetivos; control de impulsos un poco limitado». Cinco días escuchando a Barnes repasar el patrón que siguieron los atracos, los cuales comenzaron en el Mango de Texas, siguieron hasta el norte, hasta Wisconsin, y regresaron al sur, a Kansas, hasta que el rastro se perdió en la ineptitud de los federales, Cinco días estuvo Barnes sin parar de hablar mientras Lee, de mayor edad, un tipo curtido, asentía y dejaba que el chaval desarrollase sus teorías. Cinco días reducidos a una única conversación.

Años más tarde, ya jubilado, sentado en el porche mirando el lago mientras de la cocina llegaba el ruido metálico de cazos acompañado por el apacible silbido ensimismado de su mujer, supo —o creyó saber— que incluso en aquel momento en Kansas, al girarse para hablar con Barnes, tuvo la sensación de que un día, estando ya jubilado, habría de reflexionar sobre aquel momento —cerca de la linde del bosque—, porque eso era lo que ocurría en esta profesión después de pasar tanto tiempo intentado anticiparte a lo que otros podían pensar. «Cuando te jubilaste, volviste a ser tú mismo e intentaste no pensar en qué pensarían los demás. Pusiste los pies en alto y te dedicaste a matar el tiempo analizando situaciones de las que habías salido indemne mientras que otros murieron, te aprovechaste del hecho de que seguías con vida y los demás no y, en cierto modo, te recreaste —con una suerte de gloria religiosa— en el hecho de que sigues teniendo la capacidad de observar el lago en un día despejado y sereno de verano, mientras el viento riza las aguas lejanas y una solitaria barca de remos avanza tranquila arrastrando una caña de pescar».

* * *

Cinco días estuvo escuchando a Barnes, sin decir ni mu, absteniéndose de hablar, hasta que el último día Barnes se giró y dijo:

—Mira, Lee, lo único que estamos haciendo aquí es perder el tiempo, Carson no va a venir. Joder, tenemos que asumirlo, no es nada probable que aparezca por esa carretera.

Y entonces, por fin, Lee dijo:

—Bueno, si Carson viene será porque ha sopesado que la cantidad de dinero que obtendrá es

mayor que el riesgo de que nosotros estemos aquí. Como has dicho, no es el tipo de persona que visita a un familiar porque sí. No es la clase de hombre (y mira que hemos visto unos cuantos, Dios mío) que se arriesgaría a visitar a un tío que vive en una granja en ruinas. Si viene será porque hay pasta de por medio, Y por nada más. Es lo único que quieren los tipos como él. Si hay dinero, asumirá el riesgo. Así de simple, Y Ahora voy a echarme un cigarrillo en los árboles y con eso descanso un rato.

Y sin esperar respuesta se adentró en la maleza hasta llegar a los árboles, donde, liberado de sus obligaciones para con el agente más joven, estiró sus agarrotadas piernas, se encendió un cigarrillo y sintió, por primera vez, un intenso hormigueo en las vísceras mientras éstas se ponían en funcionamiento y se centraban —de la forma en que sólo las vísceras pueden centrarse— en los siguientes pormenores:

1. La imperceptible lentitud del cambio de luz durante los últimos días a medida que los terrones de sombras iban extendiéndose por el campo para luego acortarse gradualmente hasta que el sol llegaba a su cénit y, a partir de ese momento, se volvían a hacer más largos hasta que el cielo dejaba escapar al sol y una marga violeta y rojiza ruborizaba el horizonte.

2. El modo en que la carretera se iba alejando del punto de fuga hasta desembocar en la granja al tiempo que las ondas de calor hacían que se estrechase de una forma que resultaba difícil, imposible a veces, mirarla.

3. La visión del tío de Carson, Vern, saliendo el lunes, y luego el jueves otra vez, cojeando Levemente, encorvado, bordeando la casa y desapareciendo de la vista durante varios minutos (causando un repunte de intranquilidad en ambos hombres mientras esperaban su regreso) para reaparecer después con el tractor, arando la tierra; parecía que trabajaba por trabajar porque era obvio que aquella tierra estaba muerta, baldía. El jueves aró el mismo trozo que había arado el lunes, formando una nube de polvo que se quedó flotando en el aire.

4. Los indecorosos —teniendo en cuenta que es agente del TBI— y ocasionales exabruptos de Barnes («¡Joder, vaya pérdida de tiempo!»), Siempre comentando el sinsentido del encargo en relación con el aprovechamiento del tiempo y las cosas que podría estar haciendo en lugar de eso; por ejemplo, buscar a ese mañoso del sindicato — John Bradfield—, cuyo expediente, lleno de anotaciones, estaba metido en el cajón de su escritorio, en la oficina central.

5. El gradual aumento de su propia conciencia de la granja y su conexión con la red de caminos de abastecimiento —así se Llamaban—, tanto al noroeste como al sureste, y con carreteras más pequeñas incluso cuyo propósito se había diluido en el tiempo; antiguas rutas de carromatos y senderos indios que configuraban itinerarios potenciales hacia los alrededores de los corrales de Chicago, (Las carreteras que no figuraban en los mapas eran la cruz de los federales), Estos caminos de abastecimiento habían empezado a dejar su impronta en la conciencia de Lee durante sus paseos en coche a la ciudad, emergiendo

de entre la hierba en Los huecos de acceso a la línea de cercado. El lunes, Barnes dijo: «Que yo sepa, esto sólo tiene una vía de entrada y otra de salida. Carson sería más imbécil si cabe si viniera aquí a hacerle una visita a su tío», EL martes dijo: «Esto es una ratonera. Un camino de entrada y otro de salida, Él no es el tipo de tío que se metería en una ratonera». (En fin, lo de siempre: un agente joven e inexperto que se reafirma diciendo en voz alta lo que a sus ojos es obvio, repitiendo una y otra vez detalles ya manidos como queriendo asegurarse de que todo está donde tiene que estar, que lo que habían imaginado en la oficina de Chicago —mediante mapas y dibujos lineales— se correspondía con la realidad de Kansas).

6. Un error inherente a la dinámica de los dos compañeros mientras, estando uno junto al otro, todo lo quietos que podían, la maleza —en su mayoría avena fatua y algunas zanahorias silvestres— transformaba lánguidamente la brisa del miércoles (el único día con viento) en movimiento, como si el mundo, desplegándose con una elegancia asombrosa, se estuviese preparando para la Llegada inminente de Dios, o de una pistola, eso fue lo que sus vísceras le dijeron, con esas mismas palabras. «Algo gordo iba a ocurrir», le dijo el viento. Se trataba de una señal inequívoca, Cualquier agente del orden público con algo de experiencia sabía que un viento que se levantaba de esa manera tenía que significar algo. Pero Lee había estado algo distraído por culpa del chaval. Después de todo, uno Lee el paisaje en busca de señales: el modo en que una carretera se queda tranquila durante una determinada cantidad de tiempo; un páramo solitario en la región de las Cuatro Esquinas⁵ que, después de tres días de calma relativa, se oscurece repentinamente por una de esas extrañas formaciones nubosas —no un cumulonimbo, sino una nube que parece no querer alcanzar su máxima expansión— dándote, mientras estás sentado en el coche mascando un mondadientes, la sensación de que algo va mal.

7. No era sólo lo que decía Barnes, o su molesta incapacidad de establecer ningún tipo de silencio que denotara madurez, sino también la resonancia labial de sus palabras, el modo en que Les sacaba brillo, creando un estilo de elocución que chocaba frontalmente con el paisaje. Hablaba con la típica verborrea pedante de quien carece de autoridad real en la materia: «Es muy improbable, Lee, teniendo en cuenta el patrón de sus movimientos previos, que se aventure, para nuestra desgracia, como ya he dicho anteriormente en varias ocasiones, que se arriesgue a aparecer en una ubicación previsible según sus movimientos anteriores». Al separarse de sus dientes blancos y limpios, su voz arrojaba una juventud asombrosa hasta que, al cristalizarse, cambiaba su cualidad para adaptarse a la miseria de Los alrededores. Entonces estiraba las frases y hacía todo lo posible por sonar hastiado del mundo (nunca miraba a Lee en esos momentos; apartaba la mirada de él, de los ojos con motitas grises de Lee, arrugados, profundamente insertados en los pliegues de su rostro, al viejo estilo de un agente de la ley tejano), decía: «Señor, tal y como yo lo veo, Carson no era más que un farsante. Otro chaval de tantos que intenta hacerse un nombre como atracador a mano armada. Sin agallas de verdad. Intentó hacerse el Robín Hood y le dio dinero a algún que otro cliente papanatas del banco. Pero cuando llegó al norte se sintió desbordado por la situación. Ahora su estilo es más de disparar primero, que es Lo que pasa cuando sabes la verdad. Si sabes la verdad, disparas primero». En ese momento,

la voz de Barnes volvió a cambiar, deslizándose de forma natural por el surco de sus pensamientos, abriéndose aun tono más profundo y especulativo mientras hablaba y hablaba (o eso le pareció a Lee, que no apartó la mirada de la granja), diciendo que Carson era un hombre con sentido de identidad, que sabía quién era, cosa que no solía ocurrir con ladrones de poca monta. Carson operaba a partir de una psicología mucho más profunda, le sacaba el máximo partido a lo que él sabía que Los demás pensaban, anticipándose no sólo a Los patrones de la ley, que por lo general eran bastante previsibles, sino también al modo de conjeturar y teorizar de ésta; digamos, por tanto, que era improbable que él volviese por aquí —incluso si había dinero de por medio— a desenterrar algo en la granja de su tío, pues debía de saber de forma instintiva que nosotros la tendríamos vigilada...(Lee Lo escuchaba a medias, intentaba bloquear la voz del chaval Llevando la atención a la casa y a la carretera, la cual provenía directamente del horizonte. El horizonte, según su modo de ver, era un enemigo más. El horizonte alteraba las probabilidades. El horizonte —siempre hipnótico si se miraba en exceso— podía absorberte, A Lee ya le había subyugado una vez el horizonte, en Waco, cuando trabajaba por cuenta propia para el gobernador, siguiendo a un asesino Llamado Newfield. Dos días vigilando una choza hasta que sus ojos se posaron más tiempo de la cuenta en el horizonte —durante el crepúsculo— y se quedaron allí, atrapados, mientras su presa se aprovechaba y, antes de que a Lee le diese tiempo a reaccionar, pisó el acelerador y se largó de allí dejando una estela de polvo tras él, Barnes siguió hablando: «Este tipo sabe que estamos buscando patrones, y hasta habrá considerado, me atrevería a decir, la idea de que nosotros esperaríamos que él no volviese aquí, y al esperar que él esperase que nosotros esperaríamos que no vendría aquí, él esperaría que nosotros habríamos tenido eso en cuenta —el patrón potencial— y estaríamos, por tanto, vigilando la granja de su tío, ¿Ves, Lee? Creo que tiene una conciencia de sí mismo que un hombre como Hoover no tiene», («Y tú sí», pensó Lee, levantando la cabeza, asintiendo, sintiendo —de nuevo— un intenso deseo de fumarse un cigarrillo).

Años más tarde, en Wisconsin, en su cabaña de verano, sentado en el porche y mirando el agua mientras escuchaba a Emma —que estaba dentro, cocinando o viendo la tele—, habría de rescatar aquella conversación, examinarla, preguntándose si en ese punto había dicho lo correcto: «Cierra el pico», es posible que dijese, «Cállate ya, hombre, Por mucho que hables, no va a cambiar nada, da igual lo que digas o pienses, el hecho de que exista una posibilidad de que Carson venga es Lo único que importa». Incluso después, Lee se dio cuenta de que al callarse su visión de la controversia había dado pie a una distracción mucho más peligrosa, una vibración paternal, («Ese chaval era como un hijo para mí», le contó a su mujer, «Me sacaba de quicio del mismo modo que yo a mi viejo. Sólo que mi viejo me habría partido la cara de un guantazo»).

Aquella tarde, mientras volvía adonde estaba Barnes, la sensación visceral le subió a la garganta y le llegó hasta la cabeza. Nota: Una sensación visceral se convierte en corazonada cuando finalmente adquiere la forma de declaraciones verbales claras y precisas expresadas en alto aun oyente receptivo —interno o externo—, el cual, a su vez, emite una respuesta. Una corazonada se retuerce dentro de los tendones y huesos, integrándose en la cualidad física del momento, mientras que una sensación visceral sólo puede luchar por convertirse en corazonada y, una vez que lo consigue, es reconocida retrospectivamente como sensación visceral. Antes de que Lee pudiese expresar su corazonada, Barnes se Limpió la ceja con el pañuelo y dijo:

—Dios, Lee, ¿dónde te has metido? ¿Has ido a la ciudad a comer algo?

—No, he estado fumándome un cigarrillo. ¿Ha pasado algo? —respondió Lee.

Barnes subió los prismáticos, los bajó, frunció los labios como si estuviese dándole vueltas a la cabeza y entonces dijo en un tono sarcástico de reciente creación:

—Joder, te lo has perdido todo, Lee. Carson ha llegado con toda la banda. Creo que Pretty Boy Floyd estaba también. Las mujeres y todo. Han hecho un picnic junto al molino de viento (pollo frito, sandía, tarta de manzana, lo típico). Han disparado varias veces al aire a modo de celebración, han desenterrado el dinero (en eso tenías razón), y se han ido. He dejado que se fueran en vista de que no estabas aquí. Me he dicho a mí mismo: «El agente Lee debe de estar echándose un cigarrillo ahí detrás y no quiero molestarlo». Ahora, si no te importa, voy a fumarme uno yo.

Entonces se abrió paso entre la maleza y desapareció tras los árboles, dejando a Lee solo vigilando la granja.

* * *

El destino funciona de forma retroactiva. Al turnarse para fumar, Los dos hombres habían intentado romper el tedio en la medida de sus posibilidades, fragmentando los días, manteniendo la atención en el campo y la casa según los principios de su formación, a sabiendas de que al menos uno de ellos había de tener la mirada clavada en La granja, porque si ambos miraban hacia otro lado, aunque fuera un minuto tan sólo, estarían, en teoría, traicionado al agente Jones y al agente Tate, que habían hecho el turno de noche, tomando café de un termo, dándose codazos el uno al otro para mantenerse despiertos, saliendo a la carretera por la mañana, hechos polvo, diciendo:

—No se ha movido nada, ni siquiera la oscuridad. Nada de nada. Cero. Buena suerte, chicos.

* * *

Años más tarde, al volver a reproducir de forma reduccionista y ralentizada los recuerdos, el sedán Buick —recién robado en un aparcamiento de Topeka— apareció de repente de un camino de abastecimiento que llevaba al oeste y convergía con la carretera principal a cuatrocientos metros de la granja de Carson, Lo bastante adentrada en el trémulo calor como para procurar un elemento de sorpresa. Primeramente, un atisbo de radiador cromado, una chispa de luz donde la carretera se desangraba hasta convertirse en campo arado. Entonces, en cuestión de segundos, el centelleo se convirtió en un automóvil entero acercándose a la casa, rugiendo hasta detenerse y expeler a tres hombres entre pesados vaivenes. (Lee usó esa palabra en el informe, puso: «El coche expelió a tres hombres, que se dispersaron para hacer un reconocimiento de la finca»). Carson apareció un momento después, salió del coche con las manos abiertas, cojeando ligeramente (La herida de Michigan City, supurando), mirando a su alrededor nerviosamente mientras guiaba a Los hombres y, entretanto, Lee, que estaba oculto en la hierba, comprendió al instante lo siguiente:

A. Cuatro años de atracos y encuentros con las fuerzas de la ley habían brindado a los hombres de Carson un conocimiento innato de que ante determinadas contingencias —una

casa vigilada por dos o tres hombres a Lo sumo— era mejor actuar de una manera rápida, imprudente, usando su apabullante superioridad armamentística contra hombres exhaustos de la Oficina Federal de Investigación, los cuales, seguramente, llevaban días vigilando el lugar, ocultándose en la hierba o detrás de los árboles. («Sabían que estábamos allí», dijo Lee tiempo después. «Supusieron que habría un hombre o dos como mucho. Andábamos escasos de persona) y lo sabían. Me bloqueé. Mi juicio en relación con el espacio existente entre mi posición y la casa estaba distorsionado. Estaba solo. Y ellos tenían más armas»).

B. A medida que los hombres de Carson avanzaban, sintieron con intensidad, pero de forma intuitiva, el modo en que el hecho de vigilar un sitio comprimía el tiempo, lo aplastaba —días de inacción aderezados tan sólo por descansos para cagar, descansos para mear, descansos para fumar, descansos para beber, descansos para comer, descansos para estirarse, interrumpidos únicamente por la observación de pequeñas acciones periféricas, sin trascendencia. («Los hombres de ciudad irrumpían en este contexto de granja rural como fuego atravesando el hielo», pensó Lee más adelante. «Tenían ese toque urbano, mientras que nosotros habíamos olvidado el modo en que el tiempo funcionaba fuera de los confines de la granja»).

C. Los hombres de Carson iban dando zancadas, como si estuviesen andando por las calles de Chicago, sus chaquetas negras parecían incluso más negras bajo aquella luz brumosa. Exhibían una elegante indiferencia con respecto al paisaje que los rodeaba debido al hecho de que la mayoría había nacido y se había criado en granjas o en pequeños pueblos polvorientos, habían dejado atrás esa parte de sus vidas, habían aprendido a desenvolverse en la ciudad, poniéndose bien los puños de la camisa, dándose golpecitos en el ala del sombrero, reajustándose el nudo de la corbata mientras cubrían sus verdaderas intenciones con comentarios ocurrentes, moviéndose continuamente para ocultar el silencio estático de la escena en cuestión. Mientras los hombres se acercaban a la posición de Lee, Carson avanzó lentamente hacia la derecha del granero, mirándose los pies, moviéndose —a pesar de la leve cojera— con una tranquilidad que delataba su deseo, incluso en un contexto como éste, de querer ofrecer una imagen despreocupada, levantando la cabeza para oler el aire antes de seguir bordeando la casa. («Empezó en el extremo sur de la casa, fue poniendo un pie delante de otro, del talón a los dedos, con cuidado, intentando localizar el lugar donde estaba enterrado el dinero», escribió Lee en su informe).

* * *

En la linde del bosque, Barnes se fumó dos cigarrillos mientras contemplaba la vista: un pequeño valle formado por un arroyo bordeado por una estrecha orilla de helechos verdes. El horizonte estaba compasivamente oculto entre los árboles, de modo que desde esta posición —teniendo en cuenta su firme creencia de que vigilar la casa era inútil—, es probable que experimentase una relajación profunda, un sentido omnisciente de calma originada por el hedió de ser joven e inexperto, y fue esto probablemente unido al placer de fumar lo que lo llevó a pensar que aquel

momento era, en cierto modo, un reflejo del estado general del mundo. (Lejos, el sonido de un motor devorado por la tierra. Lejos, el portazo amortiguado de un coche). Lo que sea que hubiera estado rondándole en las vísceras a Barnes durante los últimos días de vigilancia, unido a la muda belleza del lugar, amplificadas por la aridez de la granja en relación con la humillación (sí, vigilar era un acto de humildad y, de no efectuarse adecuadamente, podía convertirse fácilmente en humillación) se había combinado, a su vez, con un deseo natural del joven agente que le provocó que se olvidase de los procedimientos operativos estándar y echase a andar de forma natural. Fue así como el chaval atravesó la linde del bosque, erguido, moviéndose con seguridad, confiando en su instinto, luchando más allá de su propia conciencia (nublada, imaginó Lee más adelante, por el tedio persistente de una escena que se había perpetuado —con la excepción del viejo arando el lunes y el jueves, y el viento del miércoles— durante lo que a sus jóvenes ojos había parecido una eternidad). Dio un paso adelante en un instante único y feroz. Dio un paso adelante entre un furor de disparos mientras su mente —joven e ingenua, pero hermosa a pesar de todo— permaneció en parte en el bosque, absorbiendo la soledad, sopesando el modo en que se percibía el futuro cuando se estaba enraizado a un lugar, a la espera de un resultado improbable, un resultado que, con toda seguridad, no llegaría nunca jamás.

CARVER Y COBAIN

Hace algunos años escribí dos relatos interconectados, uno sobre Kurt Cobain y otro sobre Raymond Carver, Ambos se criaron en la costa noroccidental del Pacífico. Los padres de ambos habían trabajado en un aserradero. Ambos eran, de una u otra manera, chavales de clase trabajadora. Había otra coincidencia que intente mostrar, pero era mucho mas profunda y tenía que ver con el hecho de que los dos lucharon contra la adicción: la de Carver era la bebida; la de Cobain, la heroína. Cobain en una habitación de hotel que parecía sacada de uno de los relatos de Carver, al menos en teoría, aun había que perfilar ciertos detalles. Los relatos estaban en una carpeta a la espera de ser revisados, y mi intención era volver a ellos, juntos, unidos. Conocí a Carver una vez, en una lectura que dio en la asociación de escritores PCW, en el Upper West Side de Manhattan. Le dije lo mucho que su obra significaba para mí y el me dio las gracias y asintió con la cabeza y me miró de reojo. Estaba fumando, creo, y se sacó el cigarrillo de la boca y lo sacudió en el cenicero y luego miró mas allá de mí, por encima de mi hombro, y yo me aparté y dejé pasar al siguiente admirador. Cobain vendría a tener unos diecinueve años cuando aquello tuvo lugar, en torno a ¿1986? Me imagino a Cobain, solitario en el buen sentido, el olor a savia de pino en el aire, escuchando discos y haciendo bocetos en su cuaderno, inconsciente de que el y su madre estaban viviendo dentro de un relato de Carver. Quizá eso es pasarse un poco, Le habría explicado a Carver, de haber podido, que cuando compre su libro de relatos De qué hablamos cuando hablamos de amor, empecé a leerlo y me quede a cuadros cuando reconocí el paisaje, cuando me di cuenta de que el mundo que yo conocía podía existir en el mundo de la ficción. En Michigan, mi vecino —el señor Bycroff actualmente fallecido— trabajaba en la fábrica de papel Bryant Mill, justo al pie de la colina, al este de mi casa. Él era electricista en la fábrica, y regresaba a casa con sus monos —la insignia con el nombre, el cinturón de herramientas, el cesto negro para meter el almuerzo, lo típico— y se ponía a beber él solo en el porche, y luego, bien entrada la noche, lo oía canturrear desde mi ventana, siempre la misma melodía, y entonces, en ocasiones, soltaba una especie de aullido, o empezaba a gritarle a su mujer, y yo escuchaba aquello pero no sabía que era algo que escucharía, años más tarde, en la voz de Cobain, en algún lugar en los márgenes de su canto, en el límite de un grito y, no obstante, de alguna manera, para mí al menos, definido y brutalmente claro y bien construido.

CARVER

Años más tarde todavía recordaba el modo en que su padre dijo «tiro de gracia» mientras agitaba un cigarrillo durante una discusión; él intentó desgajar aquel momento, acordarse de la furia que se apoderó de él y lo sacó fuera de casa aquel día, siguiendo la carretera por el lado del paso elevado que lleva al sendero y al río, donde las aguas se hacían más profundas a medida que penetraban en el canal de cemento, proporcionando un fresco rincón de descanso para los peces durante las corrientes vespertinas.

Otro chico más que buscaba consuelo en el acto de pescar mientras los coches pasaban, polvorientos y rápidos, por la carretera de arriba.

Años más tarde, cuando estuvo viviendo en Port Ángeles, habría de recordar ese momento y consideraría su inminente muerte —un hecho que se agazapaba tras el horizonte—, mientras de arriba, de la ventana, el aire traía el sonido de una máquina de escribir junto con un ruido como de cremallera cada vez que ella, su amante, Tess, empujaba la palanca del rodillo para cambiar de línea. Se trataba de un sonido que revelaba que Tess estaba escribiendo un poema, cortando las líneas bruscamente antes de llegar al filo blanco de la página. Era un sonido tranquilizador y extrañamente reconfortante que confirmaba el hecho de que habían encontrado, pensó él, un acuerdo mutuo, cómodo, en el que trabajar. Con esto en mente, regresó al recuerdo de aquella tarde, e intentó de nuevo encontrar algo en ella, localizar lo que necesitaba: una conciencia clara, concisa, de lo que había ocurrido en aquel momento. Lejano en el tiempo, y dentro de esa conciencia, alguna imagen elemental que pudiese servirle: el modo en que el anzuelo se enganchó a su faldón cuando lo subió para ponerle el cebo. Las ondas del agua alrededor de una rama sumergida, El sonido de los neumáticos rodando por el paso elevado de cemento, El sol introduciéndose en el agua, llegando a las profundidades, volviéndose más oscuro a medida que se acercaba al fondo. La suavidad de la orilla —una materia formada por helechos, musgos y hojas — bajo sus pies, según se acercaba todo lo que podía sin meterse en el río, porque en ese rincón la orilla daba paso al agua de una forma repentina. O, quizá, volver a la pelea: las manos gruesas y callosas de su padre, ¿cortadas y vendadas de trabajar con la sierra en la fábrica? Lo estuvo intentando un rato y entonces soltó el bolígrafo y miró al cielo, blanquecino sobre los pinos afilados, y recordó el modo en que, una noche, tal vez cuando tenía dieciséis años, salió a observar las estrellas y sopesó la diáfana y dura claridad de la eternidad... y entonces, en la terraza, pensó, no en otra historia de pesca, no en otra historia sobre un chico y su padre que recurre a los vaivenes del destino hasta alcanzar el clímax, y entonces dejó de pensar y escuchó, de nuevo, el sonido de las teclas de la máquina de escribir proveniente de arriba, donde ella —a juzgar por el sonido— seguía escribiendo un poema, partiendo las líneas. Miró arriba, a la ventana, y luego otra vez a los árboles, y pensó: «Estoy harto de cuentos, lo más probable es que éste sea el último, el de Chéjov, porque cada uno requiere un peaje, un determinada energía que era limitada desde el principio, incluso cuando tenía el brío de la juventud, y cada cuento —los que funcionaron— me daba algo de mecha para escribir el siguiente, pero ahora lo único que obtengo son pequeños chispazos que apenas me dan para un poema. Hubo un tiempo en que era capaz de crear cuentos a partir del caos y del vacío del mismo modo en que una vez metí la mano bajo el colchón, estando en aquel antro de rehabilitación de borrachos, y saqué mis cigarrillos clandestinos, el paquete arrugado y blando y, contraviniéndolas normas, me puse a fumar en la ventana, mirando al cielo, sintiendo el alivio y el subidón de la nicotina. Mucho después usé algo de eso en un relato, lo ordené y le di cierto sentido, cuando, en realidad, no es que tuviera mucho en el momento en que ocurrió, aunque yo sabía, de algún modo, de la forma en que todos los

escritores probablemente sepan, que algún día podría ver la luz, cuando mi vida encontrase la estabilidad necesaria para continuar con el trabajo». Arriba, en la ventana, oyó otro pequeño torbellino de pulsaciones de teclas y pensó, al oírlo, que si hallase la energía suficiente, podría escribir el cuento del tiro de gracia, fuera cual fuese, como último guiño a la eternidad, y podría incluir en él el olor dulce y resinoso del pinar y la sensación de vadear descalzo el arroyo por la parte más blanda, antes de llegar al canal oscuro que discurre bajo la carretera, y el riesgo de cortarse con algún cristal porque la gente tiraba botellas desde los coches; también podría describir detalladamente las capturas de aquella tarde, con las prisas se había olvidado la red al salir de casa y tuvo que sacar cada pez con mucho cuidado para que no se escapase. Pero entonces, en la terraza, al salir de la ensoñación, supo que se trataba de un mero deseo y que no sería capaz en su débil estado de hallar las fuerzas para terminar un cuento más, y que su obra tendría que quedarse tal y como estaba, y que daba lo mismo porque era imposible saber que te depararía el futuro porque no hay forma de responder a esa pregunta imponderable que estaba delante de ti cada día de tu vida, una pregunta que había Llegado incluso antes de que escribiese ficción. Sabía que era imposible porque necesitaba un tipo de energía paradójicamente ligera para alcanzar ese Lugar. Era necesario un tipo de energía que ya no residía en sus extremidades. No tenía que pensar en cómo sería valorada su obra dentro de unos años en el orden del universo, ni en si su obra iba a ser leída. Ésa era la gran cuestión imponderable. Lo había acompañado todos Los días de su vida. Incluso antes de que empezase a escribir ya se había preguntado: «¿Qué haré o dejaré de hacer para dejar mi huella en el mundo?». Aquello le trajo a mientes el cuento de Jack London. Jack va vagabundeando por las carreteras y para en una casa a pedir comida, intenta camelarse a la mujer para colarse en la cocina. (Esto estaba en sus memorias desconocidas, Cn ruto. Había leído un ejemplar antiguo y apergaminado en la biblioteca, cuando tenía dieciséis años, una tarde que hizo novillos en el instituto. Metió la cabeza bajo el abrigo, como un vagabundo durmiendo, para evitar que lo vieses). Londou fue a la cocina y consiguió un plato de comida a cambio de un relato sobre su vida. Se inventó una historia para llegar al corazón de la mujer. Su padre tenía la enfermedad de las caídas, le contó. «Estábamos cruzando la calle y de buenas a primeras se cayó». Entonces siguió adornando el relato y se inventó que su madre había fallecido y que su padre y él intentaron ganarse la vida como pudieron, trabajando en un rancho de Texas, vendiendo libros de puerta en puerta, hasta acabaren San francisco. Entonces London añadió varias desgracias más. Le contó al detalle todos los aprietos por los que había pasado hasta acabar en las calles de San francisco, con sus interminables noches de viento. Entretanto. La mujer le iba poniendo panecillos, panceta y huevos. La clave de la historia, pensó Carver (entonces la había vuelto a leer), residía en el hecho de que sentado a la mesa estaba el hijo de la mujer, que estaba herido, tenía la cabeza vendada y lo había estado observando con los ojos abiertos de par en par. Al final, la mujer metió el almuerzo en una bolsa para que London se lo llevase: huevos duros cocidos, una manzana y hasta un par de calcetines de lana nuevos. En el libro, London escribió: «Espero que la mujer de Reno Lea estas líneas y perdone mi descortesía y mi insinceridad. No me estoy disculpando, pues no me avergüenzo de lo que hice. Lo que me llevó hasta su puerta fue la juventud, la pasión por la vida, el afán de experiencia. Me hizo bien. Descubrí la bondad intrínseca de la naturaleza humana. Espero que le hiciera bien a ella».⁶ Entonces, se preguntó si él también sería capaz de llegar a la mente de alguna criatura de esa forma, aprender el ilusionismo de contar historias. Había fotos en el libro —recordó ahora— de un hombre saltando a un tren de mercancías, apoyado en un vagón, dando cuenta de la técnica

necesaria para hacerlo. Una parte del libro trataba sobre cómo colarse en los trenes y las diferentes técnicas para escaparse de la policía. Pensó en eso mientras miraba los árboles, a lo lejos, y el cielo azul brillante que, en cuestión de minutos, se había vuelto especialmente vivido, y se acordó de su propio padre, el cual se había colado en trenes de mercancías para ir a Texas en busca de trabajo. No para alcanzar la gloria ni la fama, simplemente para buscar un trabajo estable, un buen trabajo con el que ganarse la vida. Su padre no se inventaba historias de sí mismo, no era capaz de verse bajo esa Luz. Era harina de otro costal. Aunque podría estar equivocado en este respecto. ¿Qué podía saber un hombre sobre el interior de otro sin inventarse algo? Arriba, desde la ventana, llegaba el sonido de la máquina de escribir, las teclas golpeando el rodillo. Un repiqueteo y silencio, otro repiqueteo y silencio de nuevo. Sí. su amante estaba escribiendo un poema, fragmentándolo, rompiendo sus líneas. Cuando se dio la vuelta para contemplar las vistas, tuvo un presentimiento, claro y sólido, del cuento que escribiría si tuviese la energía suficiente, así como la voluntad y el buen juicio de no pensar demasiado. Le había rondado la mente durante años, algo secreto, parte de la historia familiar. El momento en que su anterior mujer — como a veces pensaba en ella ahora— dio a Luz a su hija en un hospital de Yakima. Casualmente su padre estaba en esa misma planta luchando con sus propios demonios, demacrado y flaco y apenas vivo, un hombre del que había sido succionado todo tipo de vida. Salió fuera, al vestíbulo, a fumarse un cigarrillo, a tomarse un respiro lejos de la recién nacida y, estando allí, se acordó de algo: su padre y él en el tren North Coast Limited. Estaban pasando por la cordillera de las Cascadas; iban de Yakima a Seattle, donde pensaban quedarse en el Vanee Hotel y comer en el Dinner Bell Café. Su padre se había tomado un par de días Libres en la fábrica para poder irse de viaje. Miró por la ventana y señaló las vistas usando el cigarrillo como puntero. Tal vez fue en ese viaje cuando oyó por primera vez la expresión «tiro de gracia». No estaba seguro. Pero sí estaba seguro de que se quedó un rato en el vestíbulo del hospital pensando en el viaje y en su padre y en las dificultades por las que el viejo hombre había pasado, una tras otra, en su lucha por ganarse la vida y sacar a su familia adelante. En esta imagen había material para algún cuento, una semilla que debía ser creada todavía. El rostro brillante y exaltado de una esposa y el bebé envuelto en una manta blanca de algodón, echándose el primer sueñecito de su vida mientras, no muy lejos, en los pasillos blancos — antisépticos y limpios—, el abuelo del bebé, antiguo afilador de serruchos, con las manos deformadas y llenas de cicatrices a causa del trabajo, luchaba enérgicamente por separar el mundo demoníaco del mundo real, por poner las cosas en orden.

Fuera del hospital, tal y como imaginaba, caía una suave llovizna, del tipo que suele caer en la costa noroeste del Pacífico. Caía —en su cuento— con una leve persistencia, como si no quisiese parar nunca, mientras tras las nubes lejanas del oeste se distinguía un sol mate que intentaba abrirse paso a través de la niebla. Se quedó mirando y pensó: «Si tuviera tiempo, escribiría ese cuento. Sería el último, sin duda», pensó, intentando no toser, sintiendo dolor en las costillas y el pecho. Si tosía ahora no pararía jamás y su amante tendría que interrumpir su trabajo y bajar a ayudarlo. «¿Estás bien?», diría, y él respondería: «Estoy bien», y recuperaría el aliento, aliviado por su contacto, Y ella diría: «¿En qué estabas pensando aquí fuera, Ray?». Y él tendría que simplificar las cosas. Tendría que decir: «Estaba pensando en Chéjov. Estaba pensando en el maestro».

COBAIN

Solo, en una cama, Inmerso en la triste atmósfera del Crest Motel, o el Marco Polo, el que más os guste, una última parada en la carretera... No, él no pensó en nada de eso porque su mente es impenetrable, es imposible seguir su rastro, paso a paso, a través de esos últimos movimientos, que mucho más tarde se convertirían en leyenda, en parte porque sólo él supo adonde fue aquellos últimos días, antes de regresar a su casa a por la pistola. Otro tipo que se registra en el hotel, loco por chutarse, que ya ha perdido el antiguo miedo a las agujas. Su contacto se llama Hobert, o Rudy, o Blake, está en el aparcamiento, apoyado sobre su coche, pendiente por si viene algún poli; mientras, dentro de la habitación, Cobain abre las cortinas y mira por la ventana y Luego se sienta en la cama, temblando ligeramente. La habitación da grima, con esos paneles de madera y ese tufo (*¡El cielo un excremento bajo nuestros pies!*), treinta años atendiendo encuentros amorosos: amantes que se hunden en el centro de la cama por culpa de los muelles. (Una vez, en Las Vegas, aquel fin de semana de mierda, cuando el brillo y la purpurina del futuro se pusieron justo delante y todo quedó reducido a un bello impulso artístico, o eso parecía, y en ese momento todo abrazó a la realidad, la realidad del tiempo doblándose sobre sí mismo. En aquel momento todavía vivía cerca de Aberdeen, rodeado de desechos de explotación forestal, no sólo los árboles, también las antiguas fábricas, los ruinosos vestigios de la época maderera, madera sentenciada a la incisión del hacha, cortada por la mitad una y otra vez hasta formar tablones). En la cama estuvo pensando quizá en las veces en que su padre lo llevó a la fábrica. En la vez en que su madre y su padre se pelearon y su madre acabó sola en el sofá, con las manos en la cara, diciendo «se ha acabado, se ha acabado», y él la dejó allí y se fue a pasear solo, atravesando la fría noche y los pinos y el olor a savia y el humo de lena, y entonces se detuvo a mirar las estrellas por entre las ramas de los árboles, a lo lejos, un firmamento en el enorme cuenco del cosmos y entonces —y aquí es cuando él lo admite (secretamente), evidente sólo en la reducción al absurdo de la introspección— sintió el destino por primera vez: una intensa conciencia de que algún día, de algún modo, él vencería y obtendría, casi contra su propia voluntad, la fama y el estrellato que lo condujeron —le gusta pensar, aunque sabe que es un puto pensamiento simplista — hasta el Crest, o el Quest Hotel quizá, para satisfacer esa necesidad que sentía en lo más hondo de su ser.

Va a la ventana y abre la cortina y enciende un cigarro y le da una calada profunda mientras observa a su contacto en el aparcamiento, el cual, a su vez, lo observa a él y asiente levemente con la cabeza.

Hubo un momento, lugar, conector o culmen probatorios en el que su deseo de crear y ser oído y conocido chocó con algo más (inseguridad, desprecio a sí mismo, lo que más os guste) y se encerró en sí mismo de tal manera que, para sobrevivir a él, tuvo que regresar y reclamar la pérdida y, de este modo, recordó el pasado.

(¿Cómo se crea una historia a partir de la enigmática inmaterialidad de la autoinmolación, del impulso de morir? ¿En qué momento el deseo de vivir —una vida pequeña y compacta, un bebé alzado en brazos que se ríe alegremente, que suelta su primera carcajada, joder— da paso a la necesidad de evitar la procreación, de encontrar un punto terminal? Por Dios bendito, lo único que se puede hacer es una mera conjetura).

De vuelta en la cama, observando las cortinas agitándose, sabe que esto es lo que se formará alrededor de él, al final.

(Tal vez ésa sea una parte del trato. Desea una representación no narrativa y difusa sobre lo que sea que haya dejado de su propia historia. Aunque igual no. Tal vez sólo se trate de reducir lo mental a lo físico. Cualquiera que haya tenido una adicción sabe de qué va la cosa, y cualquiera que haya sufrido un dolor crónico puede entender el momento en cuestión).

En la cama está tarareando bajito. En teoría, tiene otra canción que escribir, otro fragmento más que grabar. Lo único que tiene es un fragmento de melodía y unas cuantas palabras (Hamlet/puto/zoquete) y poco más, pero está canturreándolo cuando se acuerda de una vez en que su madre lo llevó a Seattle, atravesando el bosque estatal Capitol, y él apoyó su mejilla en la ventana fría del coche mientras ella señalaba la montaña y le explicaba cómo se formaba la linde del bosque, en las partes más altas, donde hay menos oxígeno y está nevado todo el año, y él siguió su dedo hasta los picos y experimentó una sensación clara —tal vez por primera vez— de ser capaz de ver, ver de verdad, de un modo sigiloso, el interior del mundo, y en el coche, aquel día, pensó para sí «Recordaré este momento, incluso cuando sea un puto viejo» y, entonces, miró a su madre, que llevaba unos pantalones pirata, una blusa blanca, sus gafas Ray-Ban y un pañuelo en el pelo, se puso derecho y se imaginó a sí mismo como un hombre, como un padre, y entonces gritó «jeeeeeeoooo!» todo lo fuerte que pudo.

DOS REFLEXIONES SOBRE UN HERMANO VAGABUNDO

SVIATOSLAV RICHTER

Hay un viejo que camina a lo largo de la verja que hay junto al hospital o, bueno, cerca de la ciudad, tambaleándose porque Los zapatos Le quedan grandes, tienen las suelas despegadas, se pone a rebuscar en el bidón de basura de la esquina mientras se fuma un cigarrillo que sujeta con sus maltrechos dedos, o camina sin más, alerta, como sabiendo que es carne de cañón de especulaciones, porque por lo visto su rutina como vagabundo está muy enraizada, se mantiene fiel a un mismo patrón, primero va al sur por Midland Avenue durante ochocientos metros hasta Franklin Place, luego gira a la izquierda por Franklin y sigue hasta River Road, recorre River Road hasta llegar a Front Street, gira a la izquierda y sube por Tront, vuelve a Midland y, Luego, presumiblemente, vuelta a empezar. En virtud de esta regularidad, se ha granjeado un rincón en la conciencia de casi todo el mundo que ha pasado en coche más de una vez por Midland Avenue, Tront Street o, en menor medida, por Franklin Place.

Llueva o haga sol, lleva un año y medio, más o menos, dando vueltas con la misma cojera, el mismo balanceo de brazos, el mismo cigarrillo consumiéndose entre Los dedos, rebuscando en los mismos bidones de basura, el de la esquina de Midland con Franklin, o el de la esquina de River con Front En invierno, cuando se agacha, enseña los calzoncillos, de un amarillo claro, imaginaos, y en verano Lleva los pantalones demasiado subidos por encima de la camisa, va en contra de los hechos elementales de un modo tan desconcertante que aquellos que se cruzan con él no pueden evitar encogerse de hombros y preguntarse por un instante cuál podría ser su historia antes de volver a sus vidas; en parte les Importa y en parte no; su historia acaba eclipsada por las responsabilidades del momento, como quien dice; también hay quien se preocupa con más intensidad, un destello de honda tristeza y asombro, y se decide a colaborar en el centro de acogida de la ciudad, el «Sopa y Cama» o como quiera que se llame; otros no se preocupan lo más mínimo y se enfadan al pensar en la facilidad con que un hombre puede pasarse la vida en un placentero vórtice atemporal, como consecuencia de seguir un sendero establecido, día tras día, loco o al borde de la locura, una vía de escape de sus responsabilidades, eludiéndolas y adoptando a cambio la actitud poética que supone ser ese extraño señor vagabundo, inexplicablemente formal en la delicadeza con que curioseas en la basura con un palo, su rostro de

viejo lobo de mar o de trabajador agrícola de algún tipo; de hecho, algunos imaginan que en su día trabajó en un barco, haciendo de guía en el río, uno de esos trabajadores que ocasionalmente pisa tierra firme en el muelle, coge un taxi para ir al Bronx y allí se pone a hablar de la altura de los puentes y de cómo se calculan las mareas para que los barcos puedan navegar contracorriente, detallando todo el proceso: un hombre capitanea el barco desde el puerto hasta la desembocadura del río, otro lo lleva contracorriente, «Está curtido por las inclemencias del tiempo», piensan algunos al cruzárselo un día de viento, observando el modo en que se inclina, con los brazos en los costados, como alas, los bajos de la camisa revoloteando tras él a medida que anda.

El modo en que examina Los bidones de basura bajo la nieve del invierno y en el calor del verano, con una admirable perseverancia, sirve como piedra de toque, respaldada por el concepto de enfermedad mental que flotaba sobre la tierra, incluso, y ya es decir, para los observadores menos cultos que nada más verlo pensaban: «Valiente vagabundo de mierda, ¿es que no se cansa de dar vueltas el viejo este o qué?». La expresión «enfermedad mental» le cubre el cuerpo mientras camina y lo guía, inoculando las fantasías que pueblan las mentes de Los transeúntes, alejándolos de la idea de que él es, en cierto modo, por así decirlo, un reflejo de una parte de ellos que podría, algún día, en las condiciones adecuadas —una pérdida financiera que los Llevara a la ruina, algún tipo de trastorno neurológico, un fallo en las conexiones nerviosas, la difusa neblina de un tumor no detectado o un trauma tan abrupto que rompiera su equilibrio general— podría conducirlos irrevocablemente a las mismas circunstancias, a deambular por las calles día tras día, siguiendo el mismo patrón general, parándose en los bidones de basura públicos en busca de botellas desechadas o sobras de comida o periódicos para leer.

Aquellos que se cruzan con él tienen la sensación de que quizá, al menos teóricamente, al menos como cierto tipo de potencial innato, sería posible —aunque es poco probable, muy poco probable— que se encontrasen algún día en las mismas circunstancias, aunque con variaciones, por supuesto, podrían sentir algo que no es solamente vergüenza, sino algo más profundo, una especie de inconsciencia que podría llevarte a andar sin rumbo en mitad del aire helado con la camisa totalmente abierta; una carencia de fuerza vital, o de agallas, o de voluntad, que podría llevarte a arrastrar los pies a través de un espacio limitado, por así decirlo, manteniéndote en todo momento cerca de la seguridad o del cobijo, si es que hay alguno, o de la casa de unos padres mayores que, asombrados por el estado de tu vida, te acogerán y te darán una cama y te cuidarán lo mejor que puedan, diciéndote que te quedes dentro cuando hace frío, preparándote la chimenea, escuchándote, esperando a que hables con coherencia, a que des señales de que, de algún modo, vas a salir de ese trance y vas a recuperar tu vida, por así decirlo, o el equilibrio al menos, que vas a encontrar un punto de apoyo desde el que impulsarte hacia la realidad, al sentido común aunque sea, habiéndote conocido —tus padres— cuando eras un adulto hecho y derecho y funcional dentro del mundo, cerrando tratos, estableciendo relaciones con los demás, aseándote y vistiéndote de acuerdo con las condiciones climáticas, disfrutando de Los días buenos y de los días malos, recreándote en la belleza del mundo, por ejemplo, un increíble partido de fútbol en el que el receptor alza el brazo sin mirar para coger el balón de un modo que parece desafiar no sólo las leyes de la física sino algo más, el potencial de la propia acción, o, mejor aún, el modo en que un niño, tu hijo o tu hija, si es que tienes alguno, te mira, radiante tras haber finalizado una nueva tarea (como meter una pieza redonda en un agujero redondo en vez de en uno cuadrado), o mejor aún, el modo en que el pianista Sviatoslav Richter dejaba a veces de tocar mientras el público esperaba y se impacientaba, haciendo ruido al principio, murmurando y hablando, ansioso y

expectante, mientras él seguía sentado en su banco, con los dedos listos para tocar, dejando que el sonido del Moscow Music Hall reverberase con todas las toses y risas de tensión y susurros, y luego esperaba y esperaba hasta que caía un profundo silencio, un silencio que anticipaba las primeras notas y que luego, por lo visto, se hacía aún más profundo hasta que no se oía nada salvo el crujido de los asientos y el suave y mudo golpe de las suelas de los zapatos contra la tarima de madera y, entonces reinaba un silencio aún más profundo y perplejo que parecía, en toda su austeridad, acusatorio y franco, juzgando la ineptitud de aquellos que, en cuestión de varios minutos —o tal vez nunca— escucharían la hermosa música que producirían sus dedos en caso de recibir las instrucciones adecuadas del cerebro de un virtuoso, que era temperamental y elegante y extrañamente mudo al mismo tiempo, un hombre que mantiene sus dedos enganchados a las teclas y arroja al mundo un sentido innato de lo que reside entre la carne y el alma, obligando a la audiencia a aceptarlo con su inusual —aunque habitual entre genios creativos— comportamiento.

¡OH, ROCKLAND!

No es sólo que fueras a visitarlo cuando estaba en Rockland, ahora llamado «Unidad de Tratamiento de Adicciones de Blaisdell», parando en el camino para hacerte con algunos caramelos y un *bagel* y un café doble, cómo él había pedido, y que fuiste y dejaste tus datos a la recepcionista y firmaste el registro e ignoraste (en la medida de lo posible) su mirada roma y aburrida desde el otro lado del cristal, la rejilla del agujero para hablar, muda y silenciosa; y, entonces atravesaste lo que parecía ser una serie de puertas herméticas que conducían a un ascensor y te quedaste al lado de uno o de dos visitantes que también llevaban bolsas de comida, y fuiste arriba para asistir a la clase obligatoria y escuchaste a la misma enfermera dar el mismo discurso sobre LIBERTAD («Céntrate en el pensamiento; recuerda adonde te lleva; elimina el error; explora otras opciones; no reacciones, responde; organiza los pensamientos; motívate a mejorar»), su rostro relajado y dulce pero también aburrido, todo el mundo incómodo en esas sillas tan duras de acero, con la sensación de que tras la puerta estaban todos los pacientes, esperando.

No es sólo que fueras hasta allí en coche y aparcases y sintieses la desolación del pabellón cerrado —un edificio relativamente nuevo situado en los terrenos del antiguo hospital; varios edificios que parecían barracones; otros, elegantes y góticos, con las ventanas cegadas con láminas blancas de madera contrachapada y moho gris con visos de expansión— sabiendo que ibas a entrar en el edificio donde estaba tu hermano y pasar por todo el protocolo mencionado anteriormente, y consciente también, mientras permaneciste sentado en el coche durante un minuto, de que este hospital aparece mencionado en un poema de Ginsberg, una y otra vez («Estoy contigo en Rockland»),⁷ Lo que te hizo sentir parte de la historia de la literatura y también hizo que te preguntases si, tal vez, podrías usarlo en un relato, aprovecharte del hecho de que estabas en una situación real con tu hermano real, que había vuelto a Rockland una vez más para recibir el que podría ser el tratamiento terminal de su enfermedad.

No es sólo que la tercera vez que lo visitaste te sentases en el coche y revivieras el modo en que iba a ocurrir, al menos hasta que entraste y te sentaste frente a él, escuchando lo que fuera que quisiera decirte, compartiendo la comida, acomodándote en la silla, observando la sala:

chiquillos que vana vera sus padres, viejos visitando a pacientes jóvenes, el festivo júbilo de quienes regresaban al hogar impregnando el aire con una dulce vibración. Sentado en el coche reviviste al modo en que ibas a entrar, a enfrentarte a La recepcionista muda, a pasar por el dispositivo hermético, a sentarte y escuchar una vez más La charla sobre LIBERTAD después de que el oficial de guardia hubiese registrado la bolsa que llevabas con comida. No es sólo que la tercera vez que fuiste a visitarlo, un día otoñal con las hojas brillando bajo la incisiva luz de la mañana, pasaste por todo el protocolo y sentiste de nuevo, mientras hablabas, intentando que tuviese una visión positiva de lo que podría Llegar a convertirse, el ciclo de toda la historia hasta ese punto rodando en círculos, girando alrededor de los dos, y te desentendiste de todo y te quedaste mirando cómo tu hermano quitaba la tapa del vaso, soplabla y daba un sorbo y luego otro y luego echó la cabeza hacia atrás y se puso a tragar, flexionando su nervudo cuello, exponiendo su demacrado esternón, que parecía cubierto de papel tisú y, entonces, cuando su cabeza bajó de nuevo, tu mirada se encontró con sus profundos ojos marrones y, entre vosotros, en el tranquilo silencio tácito que de pronto se abrió, tuvo lugar un intercambio tan denso de información que a Los dos se os saltaron las lágrimas y os aclarasteis la garganta y entonces sacaste la bolsa y dijiste: «Te he traído un *bagel*, como pediste, y algunos caramelos», y él te miró con tanto agradecimiento, de una forma tan absurdamente desproporcionada a tu acto de bondad que supiste allí mismo —entre el clamor de las intercambios de afecto entre visitantes y pacientes— que el tono con el que dijo «gracias» regresaría y te perseguiría tiempo después, independientemente de Lo que pasase.

No es sólo que en el coche, antes de subir y hacer la que sería tu tercera visita, te ofrecieras a ti mismo una suerte de amargo consuelo por no ser tú, sino él, quien estaba encerrado allí, y porque tú fuiste capaz de encontrar palabras para situarte en la vida, y él, en aquel momento, por lo visto, no; una suerte de determinación pura (en el coche) que se aposentó detrás de tus párpados cuando cerraste los ojos y dejaste que la Luz del sol penetrase creando una explosión de sangre rojo cálido. No es sólo que alcanzaras a comprender la realidad pura y dura, en el coche, unos hechos tan manidos y obsoletos que prácticamente cualquiera podría haberlos enumerado, empezando por el uso de químicos que estimularon la producción de dopamina, se incrustaron en compuestos orgánicos denominados «receptores» y, a partir de ese momento, se apoderaron de lo que originariamente había sido una historia única y singular (la casa en el río Hudson, las obras de arte, sus rostros tallados en piedra en el porche, las vistas al río desde el jardín de atrás, su nombre, Frank, todas las cuestiones triviales), convirtiéndola en un relato cliché que sólo cambió en los términos usados para describirlo, de modo que aquellos que en su día fueron catalogados como locos, vagabundos borrachos, pordioseros y yonquis, ahora eran víctimas de una enfermedad que podía ser tratada.

No es sólo el hecho de que en el coche, o varios minutos más tarde, subiendo en el ascensor con una pareja mayor del Bronx —según te contaron, ambos trabajadores—, fueras consciente de que parte de la tragedia de la situación residía en la pérdida de una narrativa inherente a las paredes del hospital, las puertas selladas, la hoja de registro y las sillas plegables, elementos estándar en este tipo de lugares, además del trabajador social, que tenía un marcado acento tahitiano y te dijo al acabar la visita que estaría muy pendiente de tu hermano en respuesta a lo educado que fuiste (más de lo habitual), su rostro ancho, como una Luna, y sus ojos acuosos tras el mostrador de enfermería, fuera de la sala de reuniones. No es sólo el modo en que te dijo que tu hermano era un paciente especialmente vivaz y que, abro comillas, pronto encontraría su camino,

le gusta pintar y todo el mundo sabe que es un artista, cierro comillas.

No es sólo que volvieras a casa y te pusieras a leer a Thomas Merton y releyeras una línea que habías subrayado de su libro *Nuevas semillas de contemplación* —que afirmaba de forma muy rotunda que la humildad era el único antídoto contra la desesperación—; que la leyeras varias veces y te sumergieras en una profunda reflexión en el jardín de atrás, donde te fumaste un puro y te preguntaste si habría alguna forma de volverse humilde ante la humillación predeterminada de una adicción química, si la narrativa vertida sobre tu hermano resultaría igual de absurda cuando la gente del futuro descubriese que no tuvo nada que ver con el modo en que los compuestos químicos bloquearon sus receptores, sino que se originó a partir de otra cosa que estaba, en ese momento, fuera, en el jardín, en el mundo, algo tan misterioso para ti como para Los demás.

No es sólo que tu hermano fuera de un centro de acogida llamado *Open Arms* —una casita limpia y ordenada escondida entre las calles del pueblo fluvial de *Haverstraw*, con vistas al río: un destello azul entre Los árboles en verano; una visión más desnuda y abierta en invierno— a la unidad de rehabilitación del hospital, y luego a *Rockland* por primera vez y, después, de nuevo y por segunda vez, al *Open Arms*, para volver después a la sala de urgencias de la unidad de rehabilitación, y luego, de nuevo, a *Rockland* (y como pensaste en ello parte del tiempo), y luego del *Resplandor* (como empezaste a llamarlo después) al *Open Arms* otra vez, y luego al *Resplandor* por tercera y última vez, cosa que pareció tener mucha importancia la tercera vez que fuiste a visitarlo, sentado en el coche, mirando la lluvia caer, el olor del *bagel* y del café en el aire, reflexionando sobre el modo en que los nombres de las instituciones parecían diseñarlo todo con concisión y armonía, poner en orden lo que no estaba ordenado, como si el propio lenguaje tratase de mostrar en términos claros la estructura de la historia que se estaba gestando a su alrededor, del mismo modo en que el nombre de su esposa coincidía con el nombre de su primer compañero de habitación en la casa de acogida, sintiendo de este modo la ironía del destino, te dijo: «Dios, ¿qué probabilidades hay de que mi compañero de habitación tenga un nombre ligeramente femenino y mi esposa un nombre ligeramente masculino, que me pongan con un chaval que tiene la mitad de mi edad, que está pasando por esto por primera vez, que tiene toda la vida por delante, por amor de Dios, mientras que a mí, aquí donde me ves, me queda nada y menos, porque incluso si me mantengo limpio sólo tendría, qué, una docena de años?».

No es sólo que pareciera, en la tercera visita, cuando firmaste en la hoja de registro, que eras signatario de cierto sentido temporal indisoluble, y que La duración de tu visita supondría una parálisis de tiempo que habría de reproducirse eternamente al pensar de nuevo en la situación desde un punto temporal determinado en relación con lo que pasó después, y que eso sería, a posteriori, marcado, de algún modo, en relación con la forma en que el pabellón del hospital, incluso mientras te registrabas, se erigió como refugio momentáneo y fugaz de los crueles tormentos del mundo exterior, de los indelebles Lugares reales —la antigua casa del río que había estado vacía desde el divorcio de tu hermano, el antiguo taller de arte en la fábrica rehabilitada donde había trabajado con sus pinturas, y el propio río, la orilla cerca del parque estatal por donde había paseado con su hijo— que prenderían, al volver a pensar en ellos, una necesidad, un deseo de reanudar su relación con Los químicos que calmaban el dolor que producían. No es sólo que estés constantemente avergonzado de la circularidad de la historia cuando piensas en ella. No es sólo que dé igual lo mucho que te esfuerces por considerar su historia en simples términos trágicos, como un proceso aristotélico, al final te sientes girando dentro del ciclo que podría finalmente devorarlo, perdiendo contacto con los elementos catárticos que podrían estar ocultos

en la estructura de su historia en relación con la tuya propia, en cierto modo porque tú eres aún parte de la historia y ésta tiene que llegar todavía a la parada final y, por tanto, el arco global, su significado, aún no ha sido alcanzado, o al menos eso es lo que parece.

No es sólo que fueras al parque estatal a pasear una tarde y te encontraste sus botas al filo del acantilado, ese abrupto tajo que descendía hasta la orilla del río. No es sólo que por mucho que intentes ordenar y rebuscar dentro de la historia, junto con tus padres y tu hermana y todos los demás, no pudieras evitar, en contra de la mejor versión de ti mismo, sentir el vaivén y el vértigo del cosmos, esa oscura y eterna materia de la que están hechas las estrellas, que, por muy isotrópica y equilibrada que esté, parece, cuando piensas en ella, que se esté moviendo de acuerdo con un patrón circular que te recuerda a lo que dijo una y otra vez la enfermera durante la charla de orientación previa a la visita acerca de que parte del proceso de sanación consistía en salirse del tiovivo y no volver a montarse en él nunca más.

No es sólo que muchos de los compuestos orgánicos, asediados por sus enlaces restrictivos, todas esas difusas órbitas cuánticas, tiendan hacia formaciones galantemente circulares. No es sólo que se quitase las botas y saltase del acantilado y levantase las manos y volase sobre las aguas del río y se sintiese redimido de su enfermedad y totalmente libre durante varios segundos, con el agua debajo. No es sólo que te imaginaste esto mientras estabas sentado en el coche, en el aparcamiento, tras La tercera visita, la cuarta quizá, con el olor de la bolsa de papel grasienta y del café humeante y, especialmente, el olor del jugoso *bagel*. No es sólo que las botas fuesen fruto de tu imaginación y entonces la imagen hiciera que te sintieses extraño y te acordaras de cuando ibas andando por el sendero, siguiendo las vías del tren hasta la carretera y te paraste un momento para observar su casa, ahora en manos de un nuevo propietario, a cuatrocientos metros de la cantera de piedra, la que usaste en uno de tus relatos, años atrás, cuando estabas empezando a localizar la fuente sobria de tu propia visión.

* * *

No, es el hecho de que él nunca tuviera ocasión de volar y de que tú nunca encontraras en realidad aquellas botas y de que cada vez que lo visitabas parecía estar sólo un poquito mejor. Es el hecho de que cuando lo dejaste allí y pisaste el acelerador y te alejaste de los antiguos edificios Rockland, sellados y fuera de uso ahora que casi todos los locos son pacientes externos y están medicados y vagan por las calles y van a centros de acogida, sintieras una intensa euforia. Es el hecho de que, una vez más, te enfrentarás alegremente a las severas Limitaciones de la realidad, admitiendo que ésta debía ser aprovechada y convertida en algún tipo de relato. De lo contrario, acabaría siendo otra expresión más de insatisfacción precisa, Y las expresiones de insatisfacción —piensas mientras estás sentado en el coche, ahora delante de tu propia casa—, independientemente de su belleza, nunca resuelven los misterios del mundo, ni llevan la banalidad de la realidad secuencial un lugar de mayor gracia.

NOTAS

¹ «La mayoría de los hombres viven una vida de tranquila desesperación». Henry David Thoreau, *Walden, la vida en los bosques*, traducción de Jorge Lobato, Longseller, Buenos Aires, 2004. [N. del T.]

² Automóviles de tamaño mediano-grande («muscle cars», en inglés) con elementos de coches deportivos, pero a precios más asequibles. Gozaron de una gran popularidad en EE. UU, durante los años sesenta. [N. del T.]

³ En español en el original. [N. del T.]

⁴ El Monumento Nacional del Morro se encuentra en Nuevo México y está formado por un promontorio de piedra y un enorme charco de agua a sus pies, El monumento es conocido por sus inscripciones —algunas datan del siglo XVII— de viajeros que, a lo largo de los años, fueron dejando allí sus firmas, nombres y fechas. En la actualidad, está prohibido por ley realizar ningún tipo de inscripción sobre la roca. [N. del T.]

⁵ Punto de intersección cuádruple de los estados de Atizona, Colorado, Nuevo México y Utah. [N. del T.]

⁶ Jack London, *En ruta*, traducción de Socorro Giménez y Ramón Vila, Marbot Ediciones, Barcelona, 2012. [N. del T.]

⁷ Allen Ginsberg, *Aullido*. traducción de Rodrigo Olavarría, Sexto Piso, Ciudad de México-Madrid, 2011. [N. del T.]